GERMAN ARCINIEGAS

ENTRE
EL MAR ROJO
Y EL MAR MUERTO

GUIA DE ISRAEL

FUNDACION SIMON Y LOLA GUBEREK
BOGOTA, 1989

GERMAN ARCINIEGAS. Nació en Bogotá en 1900. Ensayista, académico, historiador y crítico literario. Su proyección cultural es notoria. Fundó la Revista de Indias y Ediciones Colombia. Obras suyas son: *América mágica, El pensamiento vivo de Andrés Bello, Genio y -figura de Jorge Isaacs, Entre la libertad y el miedo, Los comuneros,* y un acervo de libros de corte americanista.

Su importancia básica se concentra en rastrear la conciencia del pueblo mestizo a través de su historia, con sus derrotas y sus colonialismos, con sus masacres y sus dorados, con su cultura y sus ancestros: Pluma hábil, prosa limpia. Germán Arciniegas ha sido un embajador cultural de Colombia en el mundo.

Fernando Ayala Poveda

ENTRE EL MAR ROJO Y EL MAR MUERTO

Germán Arciniegas

ENTRE
EL MAR ROJO
Y EL MAR MUERTO

GUIA DE ISRAEL

COLECCION LITERARIA, VOLUMEN 31
FUNDACION SIMON Y LOLA GUBEREK
BOGOTA, 1989

Fundación Simón y Lola Guberek Colección Literaria.

Primera serie. Volumen 31.

Comité Editorial: Darío Jaramillo Agudelo. Juan Luis

Mejía. Pedro Gómez Valderrama. Germán Vargas. Daniel Samper. Lía Guberek de Ganitsky.

Primera edición: EDHASA, Barcelona, 1964
Segunda edición: mayo de 1989

Diseño: Carmenza Hincapié

© Fundación Simón y Lola Guberek.

A. A. 80037, Bogotá, Colombia.

Impreso y hecho en Editorial LEALON por Ernesto López Arismendi. Medellín, 1989

A Gabriela

París, 1963

Latinoamericanos y palestinos

Una intervención en Kuwait en un encuentro organizado por las Naciones Unidas.

Dedico estas notas al subsecretario de las Naciones Unidas Ysushi Akashi —joven e inexperto diplomático japonés—- que perdió la paciencia y me suspendió en el uso de la palabra cuando iba a terminar en Kuwait la presentación de estas notas e ignoró en la sesión de clausura mi solicitud para decir cuatro palabras. Reconstruyo lo que dije en la hermosa capital del desierto por la utilidad que pueda sacar de su lectura Ysushi Akashi. Gracias.

G. A

Es posible dudar —y me lo explico— de la autoridad que tenga un latinoamericano para hablar sobre el problema palestino. ¿Qué podemos saber de ese Cercano Oriente si en realidad nos es casi tan lejano como el Japón? ¿Por qué nos interesa —y a veces apasiona— algo al parecer tan extraño para quienes nacimos en una sociedad católica americana? ¿Por

qué he venido a Kuwait a este diálogo sobre enfrentamientos entre árabes y judíos?... Y, sin embargo, cuando el embajador del Senegal Massamba Sarre señalaba la necesidad de bus- car tolerancia y comprensión, y lo hacía bajo la mirada escrutadora de nuestro presidente Ysushi Akashi, trayendo el uno la experiencia del África Ecuatorial y el otro la de las islas del sol que nace en el Pacífico, pensé que nuestra calidad hispanoamericana era la más indicada para

llegar a la raíz de estos asuntos. Las profundas raíces religiosas de los dos adversarios son bien conocidas de nosotros. No sólo han llegado a nuestras repúblicas en los últimos tiempos muchedumbres de emigrantes árabes y judíos, sino que venimos ellos y nosotros, de una historia común española. A quien pueda interesar el tema, les recuerdo la formación del estado hispanomusulmán. que duró siete siglos. Fue la primera gran demostración de las expansiones islámicas fuera de Asia o de África. En aquel remoto entonces quedó cubierto el mapa de la península de califatos. El de Córdoba llegó por siglos hasta la raya de Salamanca. Taris avanzó en el año 712 hasta Amaya, y Muza, al año siguiente, hasta Lugo, quedando para los cristianos apenas una fajita asturiana y aragonesa sobre el Cantábrico. En el siglo X los cristianos de la reconquista apenas llegaron a Salamanca y la cara de España en la geografía tenía el aspecto de un vasto imperio árabe. Hasta el día de la toma de Granada, el mismo año que partió Colón hacia Japón, -—pensando que América era Asia— por más de siete siglos hubo en los reinos que fue liberando la reconquista casi tantas sinagogas y mezquitas como templos cristianos. Antes que los del Corán habían llegado a esas comarcas los de la Tora, y así alternaban en todas partes las plegarias de los de Jesús con las de moros y judíos. Siete siglos gastaron los cristianos empujando la frontera hacia el Mediterráneo, sin que la guerra fuera constante. Había descansos de decenas de años, y en cuanto se estacionaba la raya se vivía en acomodos fronterizos. Esto generó una especie de derecho común y tolerancia, en que hubo amores y costumbres muy humanas cuyas consecuencias estaban patentes en los niños nacidos entre el Corán y la Biblia. Hoy, lo más bello que tiene España para mostrar son las albercas, patios, jardines, mezquitas, alhambras, artesonados mudéjares, caligrafías doradas en los muros, que siguen siendo testimonio de unos tiempos como para sentarse en la alfombra y contemplarlos. Los surtidores todavía cantan la misma música en Granada y Sevilla golpeando en los panderos del agua que no cambia. Las palabras mejores de nuestra propia lengua, a partir del "ojalá" que todos quisiéramos, vienen de vocabulario moro. Es decir: que España conoció a los de Mahoma en la guerra y en la paz y en esto tuvo la más larga experiencia que recuerda Europa. Si se quiere, más larga que la del Asia Menor.

Lo mismo con los judíos. Con ellos la idea de sacarlos fue tardía, y el día de la salida tuvo la fuerza dramática de un desgarramiento. Después. . . ha sido siempre difícil distinguir entre cristianos viejos y conversos. Hasta en las mejores familias corre por las mismas venas sangre de las dos razas. Los profesionales en genealogías se pierden en la maraña de los apellidos y existen millares de españoles que por llamarse como se llaman dejan ver sus orígenes judíos. En los hogares de la España amorosa son infinitos los casos de una Santa Teresa o un Luis Vives que de milagro no se pusieron a asar en la parrilla. Además, judíos y cristianos participan de la misma historia en el Antiguo Testamento, y la comparten yo diría mejor que los mahometanos. Siempre hay un más atrás en que nos damos la mano. Sinagoga y templo cristiano alternaban en Toledo como en cualquiera otra ciudad de España en el cuatrocientos. Antes del edicto de la expulsión, los judíos tenían trato permanente con los cristianos todos, comenzando por los Reyes. Irán quienes podían prestar dinero por ser únicos en el arte de contar monedas y manejarías. Maimónides, llamado el Santo Tomás de los hebreos, enseñó en España la medicina y la cábala. Cuando se echó al fuego esa amistad sin fronteras, la nueva justicia se manchó con excesos deplorables. Millares salieron para el Nuevo Mundo con disimulo, pero llegaron. Allá con ellos hemos convivido desde el descubrimiento y la conquista y la colonia, y hoy somos buenos amigos. . . y parientes.

Los derechos inalienables

Para nosotros no es fácil entender los derechos inalienables de los árabes mahometanos al suelo de Palestina, como dice Arafat el guerrillero. Simplemente, porque tenemos como libro de cabecera la Biblia, donde el mapa de la "Tierra Santa'', es decir: de Palestina, es el escenario de la vida de Jesús, quien predicó el Evangelio mil años después de Moisés. Así, estamos acostumbrados a una Palestina judía y cristiana. El último personaje que aparece en esas comarcas es Mahoma, seis siglos después de Cristo. Alguna vez dijo Arafat que el territorio palestino lo ocupaban sus pueblos desde que hay memoria. No. Hay un récord de dos mil novecientos años registrado

en la Biblia, y cuando entraron los árabes el año 637 a Jerusalén, eran una secta nueva, impetuosa, bélica. Aquel primer invasor aprovechó los destrozos de los romanos que arrasaron templos judíos y cristianos y alzaron sobre las ruinas del de Salomón la mezquita de Al Aqsa, sello de su invasión. No fue nunca Jerusalén la ciudad santa de los mahometanos. Lo fueron y lo son La Meca y Medina. En Arabia eran y siguen siendo esas dos ciudades los puntos sagrados de referencia para los del culto de Mahoma. Jerusalén jamás fue para ellos lo que para judíos o cristianos. Lo de judíos y mahometanos lo saben todos. Lo que no suele recordarse en estos encuentros es lo de los cristianos. Nosotros lo conocemos, dándole además el fondo judío que le corresponde. La vida toda de Jesús, desde el día de su nacimiento en Nazareth, hasta su crucifixión en Jerusalén, discurre en esos que llamamos Santos Lugares. Desde niños oímos en la escuela la historia de Moisés, que a su regreso de Egipto recorrió palmo a palmo esa tierra para instalar en ella a su pueblo, el judío. El rey David entró a Jerusalén danzando y cantando y fundó la ciudad donde luego construyó el templo Salomón, su hijo. María, madre de Jesús, descendía del rey David. Esto lo vemos esculpido en las puertas de las catedrales góticas de Europa. Lo extraño en este cruce de tres religiones es no ver a los cristianos reclamando cosa distinta del acceso libre que hoy tienen para recorrer la Vía Dolorosa y visitar el Santo Sepulcro o ir de Nazareth al lago de Galilea.

Como es natural, entendemos el anhelo de los judíos de volver a la tierra de donde fueron expulsados por los romanos. Es la comarca única de su historia. La retuvieron hasta cuando fueron arrojados a una Europa que no buscaban sino que les fue impuesta por paganos y cristianos. Unos y otros se empeñaron en humillarlos lo mismo con la esclavitud, desde tiempos de Tito, que con la inquisición, de tristes recuerdos cristianos. Culminó la persecución con el Holocausto de Hitler, que conmovió al mundo, y las brutalidades soviéticas, que no han sido menores. Al cabo de veinte siglos Inglaterra, Estados Unidos, y por último las Naciones Unidas atendieron a un reclamo que llevaba ese tiempo de ser una sola lamentación no oída. Esto lo hemos visto en Roma cuantos llegando al Arco del Triunfo de Tito miramos esculpida en sus flancos la escena brutal de los conquistadores cuando llegaba de arrasarlo todo.

Ahí se ven los judíos amarrados como esclavos y en carretas los despojos del saqueo. Aparecen entre los trastos del botín los tesoros del Templo, bamboleándose en lo alto los candelabros del culto. Lo único que fue quedando en pie en la ciudad de David fue ese muro del templo de Salomón a donde por siglos han llegado a llorar los peregrinos para testimonio de sus derechos perdidos.

Los cristianos dejaron a Jerusalem por Roma

or qué dejaron los cristianos a Jerusalem por Roma, al comenzar la era que iba a u nombre? Sólo hay una explicación política verosímil. Llegar con la nueva fe a la del imperio pagano bajo cuyo signo ocurrió la Crucifixión era una demostración ca del triunfo cristiano. Pero hay algo más complejo. Llevar a Europa una religión mamente ligada a Palestina asiática parece tan extraño como que acabara ose romana una iglesia que recibió de Roma los golpes más brutales. Pedro fue a que lo crucificaran y Pablo a que le bajaran la cabeza. . . El Evangelio que había do en arameo el hijo de Nazareth, que Pablo había recordado en griego, en Roma ñó en latín. La iglesia lo explica por el poder que Jesús dio a sus discípulos para lifundieran de una punta a otra del mundo en todas las lenguas. Pero no olvidemos Jerusalem sólo se hablaba latín en las casas de Heredes o Pilatos o en el cuartel de anos. . .

o tuvieron los cristianos acceso a su Palestina de tantas recordaciones después del , cuando se dividió el imperio romano y Constantino fundó su capital en Bizancio. ompió esta posibilidad en el año 632, al irrumpir los árabes de Mahoma, con el Otomano, contra el cual cuatro siglos después se sublevó la cristiandad. Entonces, cruzadas, se quiso rescatar, y se rescató por un siglo, el Jerusalem de los Santos . Pero tampoco bajo el imperio Otomano se pensó que Jerusalem fuera la capital etana. Se le quitó el nombre a Constantinopla, se la llamó Estambul, y ahí se ió el gobierno. El símbolo religioso se colocaba, como las cosas sagradas, a a, en Arabia, en La Meca, en Medina. Fue algo como lo de los cristianos, que con o en Roma, miraban a Jerusalem remoto para evocar la vida de Jesús. Los de a, desde Estambul, y desde cualquier lugar de la tierra, tendían en el suelo la alfombra en la dirección de La Meca y de rodillas evocaban a su profeta. La erdad es esta: Jerusalem para los judíos, Roma para los cristianos, La Meca para ometanos.

nuevo imperio otomano, el de hoy, idealmente se proyecta como una vasta ración de estados mahometanos que se inició con Egipto, Iraq, Jordania, Líbano,

Saudita, (donde están La Meca y Medina), Siria, Yemen y luego se ha ensanchado geria, Bahrain, Djibouti, Kuwait, Libia, Mauretania, Marruecos, Ornan, Qutar, , Yemen del Sur, Sudán, Túnez y los Emiratos Árabes Unidos. Dentro de esta formación de Estados Unidos Mahometanos, los 20-000 kilómetros cuadrados mundo ofreció a Israel para que estableciera su hogar forman un estado más que El Salvador de Centroamérica, llamado por Gabriela Mistral el Pulgarcito. . .

En su discurso ante las Naciones Unidas, Arafat el guerrillero pidió a las naciones poyaran su sueño de devolver "la tierra sagrada de Palestina" a su secta religiosa que todos los judíos que viven ahora en Palestina o que decidan vivir con os, lo hagan allí en paz y sin discriminaciones". Lo dijo enfrentándose a las nes Unidas por cuanto "nuestro pueblo perdió su fe en la comunidad internacional, ersistió en desconocer sus derechos". Y terminó diciendo: "He traído una rama dé y un fusil de combatiente por la libertad. No permitan que la rama de olivo caiga mano. . .

No soy sino un curioso de la historia, un cristiano que mira estos combates tan de como está Jerusalem de Bogotá. Pero fatalmente relaciono estas cosas con la sión del nuevo imperio otomano, y me pregunto si sacar a los judíos del estado e les entregó por las naciones del mundo, para que lo administre un gobierno no, y reducir a la misma suerte a los cristianos que quieran visitar sus Lugares como simples peregrinos, ¿es la fórmula de entendimiento y paz que soñamos este simple sudamericano como el embajador del Senegal?

Si la historia pudiera repetirse, sería el caso de añorar los tiempos de España antes e echaran de la península árabes y judíos. Me atrevo a pedir se mire a América , hasta el momento, cristianos, árabes y judíos viven en santa paz. Es duro pensar z alta para un historiador. Pero más duro sería callar cuando las llamas están tan de nosotros.

Los hispanoamericanos han vivido
la solución justa

El Antiguo Testamento que aceptamos judíos, cristianos y mahometanos es la fuente original de todo sentimiento religioso que domina el medio mundo de la civilización occidental. La gran repartición religiosa nos contrapone a lo oriental que dominan los de Buda. Nosotros miramos a los judíos con el respeto natural que merecen quienes siguen viviendo —históricamente— en la tienda original de donde cristianos o mahometanos han salido en busca de

nuevos horizontes. Todos seguimos hablando de Moisés, David o Salomón, encantados con las travesuras y amores de Rut, cantando el Cantar de los Cantares con Sulamita al fondo, y tomando parte en las guerras de licencias, pecados, venganzas e ilusiones que dan sabor de gesta bárbara a los tiempos primitivos de nuestro pasado religioso.

Al partirse en eras la cuenta de los tiempos, correspondió a Jesús marcar el primer año de la que vivimos. Desde entonces la Era Cristiana se ha impuesto para todas las naciones. El año 1 se actualizó con el Evangelio, lo que venía desenvolviéndose en torno a la Tora. Pasan seis siglos y dos profetas se reparten la opinión de los pueblos: Jesús y Mahoma. Jesús fundó su religión en el amor cristiano, henchido de piedad y perdón, y se inclinó *gozoso a* que lo crucificaran enseñando con su propio sacrificio el camino de la redención. Mahoma, que nace 570 años después de Cristo, profeta y caudillo, a la cabeza del pueblo que le sigue, libra la batalla que lo pone en posesión de La Meca. Así nació ese ímpetu que todavía vemos en el califa Arafat. La doctrina de apasionado idealismo iluminada por el Corán vuelve a mostrar en alto el puño, como antes la cimitarra, y por eso el caudillo palestino se presenta a las Naciones Unidas, con una rama de olivo en la izquierda y un fusil en la derecha. Tal como Europa vio entrar a los turcos por el Danubio y España y avanzar hasta el campo donde Carlos Martel ganó la batalla de los cristianos, seguida por la Reina Católica que empeñó hasta la camisa por ganar la suya en Granada.

El año de Granada, es el punto de partida para la historia de América. Los reyes derrotan entonces a los árabes, expulsan a los judíos y autorizan el viaje de Colón. Así nos encontramos en la convergencia de las tres vertientes de la historia que atañen al problema que estamos contemplando aquí, y que hoy mismo toma nuevas dimensiones. La herencia que nos dejaron sobre estas materias los Reyes Católicos fue de intransigencia y reacción inquisitorial. El nacimiento de la América española coincide con muchos ciegos prejuicios y aberraciones que disminuyen la altura en que solemos colocar el matrimonio de Castilla y Aragón. Quedó entonces rota para siempre la tradición de la frontera que no había sido tan brutal con los moros, se anticipó la persecución de Hitler a

los judíos y se echó la semilla del centralismo en los primeros grandes Estados Unidos de los tiempos modernos. Cerrando el paso a un federalismo comprensivo se eludió la que hubiera sido solución ideal lo mismo para la América española independizada, que para la España revolucionaria al instaurarse la república. Estas reservas a la memoria de los patrocinadores del Descubrimiento hay que hacerla con toda franqueza cuando estamos en vísperas del quinto centenario.

aso de América

n llegó a entrevistar a los Reyes cuando la caída de Granada. Le impresionó tanto oria que a lo primero que se refiere en su diario del descubrimiento es a ese niento. Lo registra también otro italiano que llega el mismo año a la península: Vespucci. Como al propio tiempo ocurre la expulsión de los judíos, el gran de la época, Bernáldez, relata en página inolvidable las escenas de aquel éxodo or. Todo eso toma resonancias en la vida nueva que empieza para Cristóbal Colón. l salir del puerto español: "Este presente año de 1492, después de Vuestras Altezas a la guerra de los moros que reinaban en Europa, y haber acabado la guerra en la de ciudad de Granada. . . a dos días del mes de enero, por fuerza de las armas vide banderas reales. . . en las torres de Alhambra, que es la fortaleza de la ciudad... y al rey moro a las puertas de la ciudad y besar las reales manos de Vuestras .".Tres meses después se publica el edicto echando a los judíos, y en seguida se l viaje de Colón.

imbólico que todo esto ocurra en menos de seis meses, y que sea el comienzo para el historiador de América. Los espectadores de estos dramas tuvieron una que no es difícil revivir leyendo las crónicas. De la salida del rey moro han poesías de plañidero romanticismo que nos hicieron derramar lágrimas de niños. os árabes enemigos mortales en las guerras, pero las guerras eran encuentros que nunca acababan borrando del mapa a los vencidos. No se pueden juzgar las s de los reyes sin colocarse dentro de las pasiones del momento, *y* la crítica a lo de será siempre falsa por el tiempo que nos separa. Juzgar lo ocurrido con los s que tenemos a nuestro alcance es errado, pero sí explica desviaciones que han angre en el viejo mundo y en el nuevo y cerrado caminos a los compromisos en ía fundarse la convivencia universal. Sólo hay un hecho evidente: que América mo una posibilidad de iniciar otra historia, y así ocurrió.

n, que muy posiblemente provenía de familia de judíos pasados al cristianismo, a su catolicismo con gestos excesivos de converso. En sus cartas es notorio que lo sabía era lo del Antiguo Testamento, común denominador de las dos comunidades. era poner las riquezas de América al servicio de la reconquista de Jerusalén, con raizada en la vieja escritura. Cuando habla sobre la posibilidad de destinar el oro ca a sacar de manos infieles —es decir: de mahometanos— la Santa Casa, se está o al templo de Salomón y muere pensando que tal ha de ser el destino de su fabulosa.. La carta al papa Alejandro VI de 1502 enternece por su ingenuidad: ' resa se tomó con el fin de gastar lo que d'ella se hubiese en presidio de la Casa a Santa Iglesia. Después que fui en ella y visto la tierra, escribí al Rey y a la Reina,

res, que desde a siete años yo les pagaría cincuenta mil de pie y cinco mil de
n la conquista d'ella, y desde a cinco años otros cincuenta mil a pie y otros cinco
ballo.. . ", El solo, el almirante del Mar Océano, el virrey de todas las Indias, haría
el oro americano que San Luis Rey de Francia en las Cruzadas. ..

rrieron los acontecimientos en forma distinta a como los imaginó Colón. Oro de
llegó a España en una abundancia que su misma imaginación febril no alcanzó a
ero no para gastarlo en la reconquista de la Santa Casa, sino en el robustecimiento
sia en Roma y España. Los judíos expulsados de España salieron en buen número,
de precisar, para el Nuevo Mundo, muchas veces haciéndose los reyes los que
aquello. Hoy en América nadie sabe la cantidad de sangre hebrea que corre por
s. Ni esperanza de investigarlo, cuando hasta los mismos inquisidores, o familias
ban el nombre de Santa María venían de hebreos. Se borraban con oraciones
los orígenes, a la vista de los del Santo Oficio. Con algo que ya en nuestros
epublicanos cualquiera tiene ante sus ojos, los judíos por disimulo y los árabes por
eduino o aventurero, descubrieron lo que Colón no pudo sospechar: que América
el mundo de la convivencia universal, de la libertad no conocida. Y así no hay
mericano donde no se encuentren árabes llamados libaneses, sirios, turcos,
s. . . que hallan en América el asilo que en España les negaron los Reyes
. Lo mismo judíos o gentes con su sangre, imposibles de enumerar, porque ya no
n pueda estar seguro de no quedar dentro de la cuenta imprevisible. Si se me
aclararlo todo en una frase diría que la solución humana no la han dado ni los
los judíos sino los americanos del norte y del sur que restablecen lo que fue la
e los años de convivencia. Cuando la guerra con los moros se apagaba en la
los judíos dialogaban en las antecámaras del rey.

stado judío se aprobó en las Naciones Unidas en buena parte por la contribución de
noamericanos, y no hubo oradores más elocuentes que los nuestros en apoyo de
Santa Casa del rey Salomón, de los de la estrella de David. Basta leer las
s de Moshé Tov en sus viajes por América, como embajador itinerante de Israel,
staba para votarse la aprobación del Estado. Ahí se ve patente el apoyo fervoroso
ntró en todas partes. Este judío tenía arranques de elocuencia aplaudidos en todas
estaba más calificado que ninguno otro para hablar en América Latina, porque
ido y pasado su juventud en Argentina, y no era el suyo el idioma castellano de la
sino el español de América, con todos sus recursos y colores. Pero la aprobación
uestros daban al cumplimiento de una esperanza de veinte siglos no iba contra la
cia con los descendientes de la Palestina bíblica agrupados bajo las banderas de
A tal punto se han incrustado en Latinoamérica los árabes de los emiratos y

idos en el Cercano Oriente, que casi no hay capital nuestra donde su colonia no s más numerosas y de las más patrióticas. Es gente que se apasiona por su patria y desde la universidad se pronuncia defendiéndola con elocuencia, como ade a su temperamento. Los seducen los principios de libertad que forman la esencial de nuestras repúblicas. Se imponen como los estudiantes mejores, y vadiendo, como colombianos, venezolanos, argentinos, mexicanos o peruanos las el parlamento y el gobierno. Están entre nosotros tan felices que no piensan volver de sus mayores, sin olvidarla ni perderla.

en la formación de nuestros estados algo que admiran unos y otros: la liberación perios europeos, la unión de blancos, negros, indios y mestizos en la guerra de encia y la acogida que se dispensa a todos los libres del mundo. Esto es lo que recer América como filosofía a todas las comarcas de la Tierra. Y más en foros e.

LA MANO DURA DEL JUDÍO

La mano dura del judío

Le dieron al judío pedregales en donde no crecían ni los cardos, y con su mano dura —la mano dura del judío de tantos siglos—, él fue ordenando los trozos de roca, clasificándolos por su tamaño, formando con ellos muros que marcaron las curvas de nivel de las colinas. Así, poco a poco, retuvieron la tierra. Con este nuevo traje de arandelas se vieron de otro modo los que fueron nidos de duras calvas peñas. Y con su mano dura fue plantando el judío olivares en las nuevas terrazas. Los vientos, al tornar, no reconocieron el paisaje. Se estremecieron de emoción acariciando domingos de ramos verde blanco, palmas de plata verde niño.

Eran los peñascales en esta tierra, donde una vez Moisés hizo saltar el agua, secos. Con su mano dura —con esa mano que había trabajado en sórdidas covachas—- el judío montó taladros y perforó la costra reseca hasta que las brocas comenzaron a girar en nidos de agua.

De cada hueco labrado por el barreno, saltó un surtidor que hizo reír aún al viejo duro sol que por siglos sólo golpeaba allí la aridez recalcinada. Nacieron así los pozos, y el judío, siempre con esas manos, fue tendiendo una red reverberante. Las mil bocas de labios resecos de la tierra se transformaron en sonrisas. De la garganta 'de los valles muertos brotó un canto líquido.

Como jorobas de camello, se movían en el desierto las dunas. En ellas, siempre con su mano dura, el judío fue plantando espinos. Comenzaron a verse detenidas las arenas peregrinas, y los espinos, como botones, las clavaban para que no siguieran caminando. Fue algo de maravilla ver a estos judíos que habían clavado por tantos

años suelas en los zapatos viejos, en el Getho de Varsovia, detener con un gesto gracioso, muy en silencio, aquellas colinas vagabundas, y llenarles el canto de duraznos, de naranjas, de limones.

Sólo una mano tan dura pudo con los picos romper tanta peña, y hacer a cada cinco pasos cuna para plantar un pino. El viento había desatado ahí, por miles de años, sus cabelleras sin olor, sucias de tierra. Ahora, el perfume de las ramas verdes trae una frescura deliciosa, un agudo aroma de resinas, que nunca antes nadie pudo soñar. Esta es la bella rapsodia del árbol joven. El canto de la rama que le dará sombra a las frentes que ayer no más eran pergaminos viejos, arrugados por un mundo sin aleros.

Este viejo que vemos ahora en el kibutz, con la cabeza blanca y la mirada joven, hace cincuenta años trabajaba en una mina, bajaba a los socavones, parecía una bestia de carga, una tenaza de carne viva, sometida al rigor de la servidumbre. Construyó una tapia en el desierto para defender de la arena unos pocos metros cuadrados de solar. Con su mano dura plantó detrás de la tapia un rosal. No se trataba de llegar al corazón del desierto para cultivar rosas. Se quería plantar huertos, reverdecer toda la tierra. Pero no está mal que, ante todo, se abra una rosa donde nunca por siglos se conoció esta flor. Y ahora se ven más rojos los pétalos que hacen nidos —¡nidos, nidos, siempre nidos!— contra la tapia levantada en el corazón del desierto. Parecen de la flor de los milagros.

La mano dura del judío corrió como una caricia sobre el desierto. Vino el agua a su llamada y se alzaron los tallos blandos de la cebada niña. Ahora el viento no hace sino doblar espigas. Se ve, se oye, un sonoro mar de ondulantes crines en donde el sol aplaca sus rigores. Se mueven los verdes de plata donde mañana serán los oros del grano maduro.

En fin, son todas estas cosas las cosas buenas que hacen esas manos duras donde parecía agazapado el tacto y muerta la caricia.

Los fanáticos

Llegamos a la función, en el Palacio de los Congresos de Jerusalem, con media hora de anticipación. Se presentaba el coro de los mormones de Salt Lake. Venían a cantar el Mesías" de Haendel, dirigidos por un músico genial, nacido en el Kibbutz Ein Mahoresh. La orquesta sería la de los Kibbutzim. El Palacio de los Congresos tiene el auditorio más grande de Israel, pero resultaba pequeño para la ocasión, y era prudente estar con tiempo. Cuando llegamos, la muchedumbre se agolpaba a las puertas. Pero hubo algo extraño: a unos veinte metros de la entrada, en cierto lugar de la plaza, una treintena de fanáticos, con gritos histéricos, lanzados en un idioma para nosotros incomprensible, pedía algo que no sabíamos.

El "Mesías" de Haendel es un puente de gracia que lleva a cristianos y judíos a un área común de la Biblia de donde unos y otros sacan idéntica inspiración, la eterna de la esperanza. Handel trabajó así en otros oratorios: José, Saúl, Israel en Egipto. . . Pero nunca fue más feliz que esta vez, con una música de resonancia universal. Se recuerda que el Mesías lo escribió en veintitrés días —serían noches— de inspiración febril. Y no se estrenó ni en Londres, ni en París o Roma, sino en Dublín. En el mes de abril, cuando ya son largos los días y es Irlanda más verde. De entonces a hoy, el Mesías no ha hecho sino volar de un inundo a otro, y nada más explicable sino este paso de la América de los mormones a Jerusalem de los judíos.

Amos Miller, el director, enorme, de frac, apareció en el escenario como desmesurada sombra chinesca. Al fondo, más de un centenar de mujeres vestidas de túnicas rojas como llamas, y otro centenar de cantores de corbata negra. Los de la orquesta, músicos de Kibbutz, en mangas de camisa. Los dos o tres mil de la platea, en riguroso traje de calle. Un espectador de comienzos del siglo no lo hubiera entendido. Miller levantó la batuta y se hubiera oído el zumbido de una mosca. Fueron sucediéndose los pasajes como en un rito. Confórtame. . . Cada Valle. . . Y la Gloria. . . Entonces dijo el

Señor. . . Son trozos de la Biblia, pero más que para cantados en un templo para que lleguen al cielo en un espacio abierto. Se ha registrado muchas veces que el coro ir difunda entre la audiencia. Y, en todo caso, cuando el Aleluya, los oyentes se ponen de pie. Así ocurrió esta vez en Jerusalem.

Pero esta vez irrumpieron en dos o tres momentos decisivos los fanáticos. Se habían colado entre la audiencia, y de pronto uno saltó de las butacas al pasillo. A su voz desaforada respondieron diez más. A viva fuerza -—más por los del auditorio que por los agentes— fueron sacados en vilo de la sala. El caso se repitió dos veces. La última, fue un histérico que saltó al escenario, arrojó del puesto de honor la bandera de Israel, y con las manos en bocina lanzó un grito en hebreo. En dos segundos fue echado a las tinieblas exteriores.

La violencia de los treinta fanáticos originó protestas de todas partes. Pero para ser exactos dio calor inesperado a la representación. No creo que ni Amos Miller ni los del coro mormónico hayan recibido ni vuelvan a recibir ovaciones tan prolongadas como las de esa noche. El puente no se quebró. Pasaron por él cantores cristianos y músicos judíos. Y el Aleluya quedó vibrando en los oídos como el canto de vida y esperanza que se oyó hace más de dos siglos en Dublín de Irlanda.

LA NUEVA JERUSALEN
LIBERTADA

Jerusalem reunida

de la ventana, en el King David, vi hace veinte años a Jerusalem desunida. Una orona de espinas de alambre separara las dos mitades. A la distancia, en la colina te, la esquina de la muralla, la Torre de David. Hacia la derecha, el Monte de los odavía con unos cuantos aceitunos de siglos que el viento mecía mostrando las or su lado verde grisoso o por su vuelta de plata. Al pie de la ventana, una manga de nadie, sin alma que la cruzara. Has- ta las casas rotas que habían quedado en la el día del cese de fuego, con un pedazo en Israel y otro en Jordania. Se había l acuerdo de cerrar los ojos, para que los visitantes que iban al Israel judío pasaran istos al otro Jerusalem. Sagrada y sucia y pobre era esta mitad: la de la Vía v el Calvario. De aquellos días a hoy sólo supe de Jerusalem reunido por unas de Chagal, judío ruso genial, que hace volar por el aire ángeles, burros, s y ciudades de piedra. Poner sobre la tierra el Jerusalem de Chagal tiene la de un milagro. Cómo se juntaron las piedras, cómo se borró la tierra de nadie, rehicieron y limpiaron las calles en la ciudad sagrada de los judíos, de los y de los musulmanes, es algo que sólo puede ocurrir en un lugar donde los forman parte de la historia natural.

a ciudad tan vieja como ésta puede existir en Europa, por cuanto la original fue por una granada diabólica llamada Tito. Pero ahora se destapan los muros más e dejó entre el basurero el emperador romano, y se ven salir de las excavaciones y templos que llegan a la época del Cantar de los Cantares. La piedra, más que los Salomón, forma parte tan íntima de Jerusalem, que por ley municipal en la ciudad hacerse construcción alguna que no esté revestida de piedra. Es la única ciudad o que no muestra en ninguna fachada ni la cara de un ladrillo ni una pulgada de Todo ha quedado al revés de la maldición que no dejó piedra sobre piedra. Y ha limpiado todo con amor y la piedra casi blanca está dorada por un polvo de oro editerráneo, la Jerusalem reconquistada es un huevo dorado de paloma en nido de Con tantos árboles y jardines y flores como piedras. De balcones y terrazas se mantos de flores, y en las calles crecen los árboles a tal punto que no hay casa sin i ventana sin su flor.

Aquí ocurrió la última cena

raza de mi habitación en el Hotel del Rey David queda frente a la muralla de Es la vieja muralla que levantó Solimán el Magnífico. Lo primero que veo es la el rey David. El hotel —fuera de la muralla— está en la nueva Jerusalén. Detrás de la ciudad sagrada, la vieja, es a un mismo tiempo inmediata y remota. Entre la salén y la vieja, hay algo más que el muro: está la cortina de alambres de espinas. a a Israel no puede pasar a los países árabes. Las calles de la nueva Jerusalén n un letrero que dice: *"¡Peligro! ¡Territorio enemigo!"* La alambrada. Cuando digo rusalén", expreso algo que es cierto, y es falso. Aquí también hay muros , y lugares que forman parte de la antigua historia sagrada. Pero esta Jerusalén erusalén reconquistada, es la nueva Jerusalén que ha vuelto a las manos de los

tarde, un paisaje lleno de misterio. Acariciado por un sol de trigo maduro, de eyenda, que besa las piedras, y tiembla. A la derecha, el campanario en la iglesia Sión. A la izquierda, una mancha de verde aceite: el monte de los Olivos. Luego, e la universidad hebrea, el hospital: quedaron como una isla judía dentro del rabe. Nadie puede llegar allí. Para que los guardianes de esos palacios vacíos no hambre, y se turnen cada quince días, los árabes permiten que vayan unos y les lleven alimentos. Los quinientos mil volúmenes de la biblioteca están as grandes instalaciones del hospital, perdidas. Abajo, en torno, hay enfermedades El hospital, con sus salas nuevas y relucientes, quedó parado en medio del camino e. ¡Y en medio del camino de la vida!

nte Sión sí está unido al territorio de Israel. Una mañana llegamos en automóvil al empinada escalera que sube a la tumba de David, al lugar en donde Jesús se sus discípulos en la última cena, al propio sitio donde se reunieron los apóstoles y Santo descendió sobre ellos, y les iluminó para que hablasen todas las lenguas. A s, donde hoy se levanta una iglesia, dice la tradición que vivió y se durmió la ría. Dentro de un círculo que no tiene cincuenta pasos de diámetro, el mágico las dos religiones que se juntan en las páginas de la Biblia. Sobre este círculo ha il veces el huracán de las guerras y no queda en pie sino el templo frágil e que levanta la imaginación de los creyentes. En tiempos de Constantino se alzó asílica. Vinieron los árabes y la abatieron. Llegaron los cruzados y alzaron de nonasterio. Volvieron los árabes y lo dejaron vacío. Insistieron los franciscanos y on con sus oraciones. Tornaron los árabes y las apagaron como cuando se sopla la cirio. En tiempos del kaiser Guillermo II se llegó a un acuerdo con Abdul Hamid.

había conquistado el afecto del turco, y logró que permitiesen a los franciscanos, al año, usar el templo de los cruzados. El permiso se canceló más tarde. Hoy, s del edificio son unos árabes: la familia Dajani. Pero está en tierras de Israel y los n renovado el permiso antiguo para que los franciscanos celebren allí sus oficios l año. El templo sigue siendo propiedad privada de la familia Dajani.

Edad Media la tradición indicaba como lugar de la tumba del rey David la cima Sión. Ahí funciona una sinagoga pobre, de paredes azules, mal tenida. Llegan los tan los salmos y se mueven como poseídos por el embrujo de una llama mística. an las barbas de carey y los bucles nazarenos. La vida del rey legendario gira en srael basta echarse a caminar, y la historia sale al paso. Se puede visitar el sitio en lugar el encuentro de David con Goliath, a pocos kilómetros de Jerusalén. Es un natural, y sin esfuerzo se recrea la escena. Sobre una colina estaba el pueblo de frente, los filisteos. Abajo, solos, el gigante y el adolescente; los dos jefes iban a adolescente, desnudo y hermoso, llevaba la piedra en la honda, como un pájaro en os de Israel eran de cuerpo pequeño, y los filisteos, que venían de los lados de os y fornidos; se veían, nos dicen, como gigantes. De ahí la historia del gigante. a moverse más libre, estaba desnudo. El filisteo llevaba sobre los hombros la pesaba menos que un manto de seda... Y así, la historia de los héroes del Viejo , la de David, fluye transparente y clara como un sencillo capítulo de la leyenda como un capítulo en la primera parte del libro de historia patria del país, historia e repite.

umba de David se llega a la iglesia levantada por los alemanes en el lugar donde la Virgen. Los cincuenta pasos que se han caminado cubren miles de años de historia. Están a la vista los orígenes de las fuerzas espirituales que han abierto hondos en la humanidad. El templo de los cruzados, donde Jesús celebró la última a pequeña sala gótica con ilustraciones moriscas, sin imágenes. No hay rastro de inal donde ocurrió esa íntima reunión de hace veinte siglos que sigue iluminando s del mundo cristiano. Pero se llega acá y es imposible no sentir la sencilla este milagro. En el lugar donde murió la Virgen, a pocos pasos, hay una cripta representada en una escultura de madera. En esa cripta hay un altar. Es el más lugar donde ocurrió, como dicen los evangelios, la llegada del Espíritu Santo en enguas de fuego sobre los apóstoles. Ahí, el mundo tomó una nueva dirección. El abrió paso para llegar con pechos de paloma al occidente. . . por el mismo camino el occidente había venido con corazas de hierro. Todo está recordado en la imagen er y en una lamparilla encendida delante de un altar. Jerusalén parece una ciudad y está amasada con estas luces. Sigue viviendo del milagro.

te Sión

doctor hebreo, de barba castaña y crespa, y ojos de agua clara, quien nos recibió en lo de piedras desnudas que está a la entrada de la tumba de David. camente es muy posible que, en realidad, el rey del arpa legendaria viniera a dejar en este lugar, y que el gigantesco sarcófago de piedra, sobrio, simple, imponente udez, sea su sepulcro. Si la arqueología —que todo lo puede— y la leyenda —que ana— sacan adelante esta historia, aquí tuvo David su reino, aquí cantó y dejó s de poesía las páginas de la Biblia, libro sagrado de los poetas, y aquí vino a uerto. Extraño caso el del rey músico y guerrero que desató la honda mejor de la historia: soltó el guijarro que le colocaría por encima de todos los reyes, mirar al campo de Goliath con ese aire de tranquilo dominador desnudo que mármol Miguel, ángel de las artes de Florencia.

or hebreo nos indica que no debemos acercarnos al sepulcro con la cabeza , y nos ofrece un bonete de seda negro. Nos cubrimos. El levanta la carpeta de que tapa la piedra. Nos indica los rollos de la Tora, en un gran estuche de plata. pergamino, los libros del Pentateuco. Trece coronas de plata marcan los trece

república. El recinto, que es una cueva, resulta pequeño si se piensa en la tumba de Sólo que en este caso toda napoleónica grandeza se derrumba y confunde ante la rey que duerme donde no hay una pintura, ningún lujo, ningún alarde ni bandera, mbre, no escrito, de ese rey que en letras de fuego aparece dominando ya desde el stamento.

en ir al convento?", nos pregunta el doctor hebreo. Vamos. Nos presenta a los nciscanos. Son amiguísimos suyos. El doctor hebreo torna a la tumba de David. canos —unos italianos— nos acompañan al templo que se alza donde la Virgen se mida, y subió a los cielos. Salimos de la iglesia, acompañados esta vez por unos manes. Llegamos al mismo vestíbulo que lleva a la tumba de David. Nos acoge de octor hebreo.

s a una torre por una escalera de caracol y de piedra. Desde este minarete vemos al eja Jerusalén, con la cúpula dorada de una mezquita. Vicente Gerbasi, el poeta que lleva años de conocer estos lugares, me ha regalado su libro "Olivos de Leo:

ngostas calles de Jerusalén,

de sus balcones de oscuridad y flores,

es que ocultan su rostro

os negros,

nticos de mi muerte, balidos de ovejas,

es como coronas de espinas.

edor de higos frescos

na flauta rodeada de avispas. . .

onozco en las estampas

Biblia vieja.

Las piedras de Jerusalén

cada sobre la roca, Jerusalén es toda de piedra. De piedra son las viejas murallas, los templos, de piedra las casas más humildes. Cortan aquí la piedra en bloques lmos de largo, y no les pulen la cara, como para que se recuerde que con hierro los n a la roca virgen. La piedra es rubia, de color de azúcar morena, con la entraña la bloque es una lámpara de piedra que tiene adentro encendida su luz. Así, su s o una rosa, o una herida, o una llama. Por esto Jerusalén no es ni fría, ni dura. La va, con su sangre bíblica, su reconditez florida. Vista de lejos, la ciudad es una e geometría sacada de las peñas. No alcanza el ojo a descubrir el rubor que va por ero ahí, en este rubor, está lo que encanta y no se ve. Cada piedra, en cada ciudad o, tiene su color, y hay ciudades definitivamente rosadas como Morelia en Méjico, s en Escocia. En Morelia o en Invernés hay que ver, cuando la aurora, cuando el o, al sol que lame, igual que la lengua de un perro, las torres de las iglesias, los los acueductos. En Jerusalén no. Las rosas están por dentro. Hay que acercarse a s soberbios, o a los humildes, para ver que la brasa está ahí, el rescoldo, candela za.

xplican los arrebatos líricos de David. De los muros del templo, él veía brotar el grado, como el agua de las peñas. David cantaba: "Yo me alegré con los que me la casa de Jehová iremos. Nuestros pies estuvieron a tus puertas, ¡oh Jerusalén! vieron las tribus, para alabar el nombre de Jehová. Allá están las sillas del juicio, de la casa de David. Pedid la paz de Jerusalén; sean en prosperidad los que te aya paz en tu antemuro, y descanso en tus palacios. . Veía David a Jerusalén en los montes verdes, y entrar por sus puertas el trigo de los campos vecinos, dorado grano de las piedras, y llegar el vino que le alegraba, rojo como la entraña de las edía por la seguridad de la ciudad: "Corred los cerrojos, y estad atentos".

con Jerusalén lo que con todas las ciudades, y más si están en el viejo mundo:

una y otra vez no quedó de ella piedra sobre piedra. Hasta los muros del templo, dos. Ahora mismo, de un tajo cortaron la ciudad en dos. La mitad quedó en la mitad en Israel. En la mitad de Jordania, "El vendedor de higos frescos —suena a— rodeada de avispas", como dice Vicente Gerbasi. En la mitad de Israel pasan de las nuevas generaciones con sus bandas de música, vestidos de "boyscouts", do una república moderna y desenvuelta. Al fondo, en un laberinto de callejones gicos, los religiosos ortodoxos, con sus barbas crespas de carey o sus barbas de

nado. En la Jerusalén jordana, en el mercado, en el bazar, pirámides de turrones, que chorrean miel, telas de colores, juguetes americanos de plástico, jabones e, dentífrico Pepsodent. En la Jerusalén israelí, buses que descargan mbres como en Nueva York, y que al llegar a la orilla callada del sábado, se El sábado, las turbulencias se aquietan y el trabajo se rinde a los pies de unas ocio inexorable.

ida es eso. Parece que se apaga, y torna. Está agazapada entre el hueco que ha el sol en los granos de la piedra. Por estos callejones pasó Jesús en un burrito, el de Ramos. Jesús -—menos impetuoso, menos caballero que San Jorge o que — no conoció caballo, y ahora mismo sentimos que llega del mismo modo. llegar, las piedras se ruborizan como niños. Hay un ámbito poético invencible entre minaretes, sinagogas y campanarios de católicos, romanos y griegos y rusos s. Jerusalén vuelve a vivir veinte, cuarenta siglos. Como cuando David cantaba torre: "Tú eres Jehová, el que envías las fuentes por los arroyos que van entre los En ellas abrevan todas las bestias del campo y quebrantan su sed los asnos es. Jehová riega los montes desde sus aposentos y del fruto de sus obras la tierra se hace producir el heno para las bestias, y la hierba para el servicio del hombre; El an de la tierra. Por El el vino alegra el corazón del hombre, y el aceite hace lucir el el pan sustenta el corazón del hombre. Llénanse de jugo los árboles de Jehová, y s del Líbano que El plantó. Allí anidan las aves y en las hayas hace su casa la Los montes altos para las cabras monteses; las peñas, madrigueras para los Hizo la luna para los tiempos: el sol conoce su ocaso. Pone las tinieblas, y es la ella corretean todas las bestias de la selva. Los leoncillos braman a la presa, y ar de Dios su comida. Sale el sol, recógense, y échanse en sus cuevas. Sale el su hacienda, y a la labranza hasta la tarde. . .”

os hoteles de los Estados Unidos ponen una Biblia en la mesita de noche. Se lee en e David, y parece una fábula remota. En el hotel de Jerusalén también está la leen los salmos, y Jerusalén se acerca a través de los siglos. Parece que renace y e una torre para que veamos las estrellas de su noche y el sol de sus amaneceres. Y dras, las rosas del poeta Salomón.

Torre de David

a mañana, al levantarme, vuelvo a mirar las mismas cosas.

de la muralla hace una esquina, hay una torre cuadrada. Es la Torre de David. ola, una torre cilíndrica: el minarete de una mezquita. A cierta distancia, la torre, de una iglesia: la iglesia católica levantada en el lugar donde se adormeció la aría. Al fondo, otra torre: la del huerto de los Olivos. A la izquierda del paisaje, al fondo, el monte Scopus, con los edificios cautivos de la universidad Hebrea. ndo, otra aguja, otro minarete. En toda gran ciudad están hoy, vecinos, templos de s opuestas. Pero casi siempre son religiones que se presentan al mismo tiempo o os años de diferencia, como si se tratara de dioses contemporáneos. Aquí, los han surgido donde hablaron los profetas, donde se encuadernaron una contra otra del Antiguo y del Nuevo Testamento, donde se reunieron en un solo credo las del oriente y del occidente, donde llegaron los judíos que venían de Egipto, donde emperador Romano Tito para destruir el templo hebreo, donde Solimán el o insurgió con su bandera de la media luna. Todo esto, tan cerca, que basta salir y unas cuantas cuadras para hallarse en el escenario de este gran teatro del mundo,

como centro la Torre de David. Quizás el mapa espiritual que se ofrece a la vista
so recuerda —si algo recuerda— al mapa de España en el siglo X o en el siglo
ndo cristianos, moros y judíos estaban tan cerca, como acá, los unos de los otros.

voy a ver, caminando, a pie, estos contornos.

ndo del hotel, doblo la esquina. Cien pasos, y llego a la tumba de la familia de
Herodes mismo fue a dormir su último sueño a otra parte. Pero aquí, los suyos
on, si la encontraron, la paz que ambicionaban, si la ambicionaban. Y es singular
te monumento único del mundo la entrada de la tumba: un disco de piedra, grande
rueda de un molino, servía, no como puerta, sino como tapa, al hoyo donde se
a los muertos. Caminando unas cuantas cuadras —las que van de la tumba de
a la tumba de David—, cada paso que se da es un siglo que se cuenta. La tierra
colinas peladas, las piedras, forman un paisaje en torno en donde se ve que las
que formarían arroyos, se han secado. Se baja al fondo de un riachuelo seco, por
rre arena. Se bordea una franja de tierra: tierra de nadie. Jugando al cactus,
le espinas. Se sube una cuesta y se está en la tumba de David.

s pedazos de tierra y reliquias quedaron en manos de los israelíes al constituirse la
en una noche de pesadilla y de azar. Del otro lado de la alambrada están las tierras
ia árabe, con el cementerio de los judíos en la falda de la colina más cercana, y la
l Santo Sepulcro en el "otro" Jerusalén.

extraño mundo de Mea Shearim

elen verse, con no mucha frecuencia, por las calles de Jerusalén, judíos de barbas
nicas, largas cabelleras nazarenas, túnicas o levitones negros. Llevan como
ro un rabo de zorro negro, enroscado a modo de corona. Son los habitantes del
e Mea Shearim, pequeña ciudadela cerrada. Ellos conservan en todo su rigor los
tos hebraicos. Entrar en Mea Shearim es acercarse a otros siglos.

ael es una república moderna, progresista: la Biblia es la historia nacional, la
patria, en donde David aparece como un sagaz jefe de estado que supo vencer a
rilleros filisteos. Las luchas del viejo testamento toman cuerpo y vida dentro de su
geografía como los hechos naturales y las leyendas de toda nación. Los israelitas
al viajero dónde fue derrotado Goliath, como en Bélgica llevan al turista a
o y le explican en dónde cayó Napoleón.

Mea Shearim todo es diferente. En Mea Shearim se han apretado los viejos judíos
os para cantar sus himnos y llorar frente al muro que ya no ven. El muro quedó
del Jerusalén viejo, en manos de los árabes.

os judíos vinieron cuando nadie había soñado en la república de Israel. Fueron los
s desterrados de la Europa Oriental, cuando las purgas del siglo pasado. Son en
un símbolo de la arqueología de las religiones. Conmovió al mundo su gesto de
l mapa para aferrarse a las piedras de Mea Shearim. Eran sombras desprendidas de
da bíblica. De todas partes les enviaron socorros para que no murieran de hambre.
uen viviendo como si los años no hubieran estremecido y reanimado la piel de su
Su ambiente es la sinagoga. Su trabajo la plegaria. Son un montón de humanidad
que se apretuja en las estrechas callejuelas yendo de unas casas desprovistas de
o a las sinagogas por entre vastos mercados de ropa vieja. Sentado en el suelo,
n muro, está un ciego que implora la caridad pública cantando los salmos. Quien
ado el kibutz, en donde se transforman las tierras de Israel, quien viene de la
orosa Tel Aviv, o sencillamente de la ciudad universitaria de Jerusalén, y entra en
earim, tiene la impresión física de venir del siglo XX para llegar a un oscuro
del XV o del V, o de la era anterior a Cristo. En ningún caso la diferencia de nivel
or a cinco siglos.

a entrar en los oratorios me he cubierto la cabeza con un bonete negro, adornado
as hebreas bordadas en oro. He seguido la calle del mercado y he tomado luego un
o que tendrá de ancho poco más de un metro. A lado y lado están los oratorios.

hos oscuros de unos veinte metros cuadrados, donde tiemblan las llamas de luz y
al se agarra a su pasión mística sin cuidarse del resto del mundo. Para iniciar y
er el rezo, sólo es necesario que haya más de diez fieles en el oratorio. Uno de
coloca delante de la Tora y preside la ceremonia. En una cajita de madera, sujeta
correa a la cabeza, y en otra que de la misma manera llevan en el brazo izquierdo,
ue se aprietan contra el entendimiento y la voluntad de algún fragmento de la Tora.
s la plegaria es un murmullo. A veces un canto. Se ven encenderse los ojos de
emblar las barbas de miel, elevarse los brazos entre un paisaje de sombras que
de luces que se agazapan.

nde la religión adquiere una expresión general en Israel es en la fiesta del sábado.
as cuatro de la tarde del viernes comienzan a cerrarse los negocios, se suspenden
s, en algunos casos dejan de correr los buses urbanos. Es difícil hallar en Jerusalén
macia de turno. Sólo acudirá el farmacéutico a atenderle si se trata de un caso de
ncia. Pero el farmacéutico no está en la farmacia, sino en su casa. Las familias
as sillas a la acera *y se* sientan, en traje de fiesta, a conversar. Hay tertulias de
ue hacen el inventario de la semana, dialogando en cuclillas. En los kibutzin de
rtodoxos se presentó en un principio el problema de que el sábado no ordeñaban
as. Se logró convencerles de que esto pondría en peligro la vida de los animales.
eron en ordeñarlas, pero arrojaban la leche al caño. Ya esto no ocurre. El sábado
siendo sagrado, pero no interfiere con la vida normal de una república
ntesca.

Mea Shearim el sábado es para la sinagoga. La religión hebrea es obligatoria para
re. A la sinagoga no es admitida la mujer, sino en una sección secundaria, como
espectadora. Las mujeres se ven en la calle, en los balcones, sentadas, no haciendo
a mujer del rabí se rapa la cabeza, y en su familia las hembras llevan unas medias
—jamás de color de carne—. Es impresionante entrar en una de las sinagogas
de Mea Shearim y ver a un centenar de hombres, de pie, abrazados a los pupitres
en menear como parejas en una danza mística, siguiendo un coro anárquico de
s plegarias, con una pasión histérica que los retiene por horas en el templo. He
también a las escuelas en donde se profundiza el estudio de la Tora. A veces hay
tos, trescientos estudiosos, jóvenes y viejos, que van siguiendo el texto en voz alta,
mpre cantando, porque cuando se lee cantando adhieren mejor las palabras a la
a. Es un canto que cada cual improvisa a su manera, pero que llega a la calle como
e de un mar místico. Un muchacho de Illinois que ha venido a Mea Shearim para
us estudios de la Tora, me muestra estas particularidades del estudio, me lleva a la
ca. En la sala de lectura se ven consumir viejos de cara de marfil o pergamino y
narices transparentes, entre enormes volúmenes forrados en cuero. Muchos de los

arios son de orig*en* español, de los antiguos judíos de Toledo. Olvidado del mundo, ioso de la Tora sigue leyendo hasta las tres de la mañana.

r las calles de Mea Shearim los niños se ven el sábado, llevados de las manos de res, con largas levitas negras, y dos bucles de pelo en tirabuzón cayéndoles sobre llas. Desconcierta, entre semana, ver a estos niños, con semejantes bucles, jugando condidas y sacando gambetas. Todo esto tiene un límite. De Mea Shearim hacia os niños son como todos los niños de Europa o de América. En el kibutz no existe, eneral, la enseñanza religiosa. Una sionista apasionada, que además es la heroína l, Jana Szenes, escribía en su diario: "La religión, en su forma actual, según mi no puede seguir". Esta es opinión corriente. Pero semejante opinión no ye en nada el formidable resorte espiritual que encuentran los judíos en su Y su historia está en la Biblia.

tumba de los mártires y los héroes

pirámide de Egipto fue construida para enterrar a un faraón; el Taj Mahal, para r poéticamente a una persona; las fosas ardeatinas de Roma, para dar sepultura a tos treinta cristianos y judíos que reposan en sus sarcófagos de piedra. Estos entos figuran entre las maravillas del mundo. Pero en Jerusalén hay una tumba que par. Es el Yad Vashem, que quiere decir: El último recuerdo. Ahí están recogidos añuelo de piedra y cemento seis millones de judíos asesinados por los nazis, los e seis millones de hombres. De ellos no quedaron —fueron sus restos— sino unos e cenizas. Poca cosa, poquísima, porque los nazis aprovechaban para hacer jabones s cenizas y la grasa de los sacrificados. Con ese jabón se lavaban las manos, la n las tumbas de todo el mundo se ponen los nombres de las personas. En el Yad no hay sino unos pocos nombres: Dachau, Auschwitz, Bergen-Belsen, Drancy, ka, Babi Yar. . . Nombres de campos que no fueron de batalla, sino de exterminio. mente había enunciado Hitler en "Mein Kampf" la idea que culminó en esos dos: "Tendremos un mundo mejor, si se llevan cincuenta mil judíos a la cámara de l era el mundo concebido por este filósofo, por este poeta del exterminio. En el personal del general Von Stroop, el destructor del Ghetto de Varsovia, de su puño y cribió en la última página: "Ya no queda en Varsovia ni un solo barrio judío". Sí. esto que fue, desde el cerebro de Hitler hasta la mano del general Von Stroop, o man, no quedó sino un poco de ceniza. Esa ceniza se ha llevado a "La colina del lo", en las afueras de Jerusalén. La tumba, gigantesca, es pequeñita. Es la tumba s millones de seres humanos quemados en Polonia, en Rusia, en Alemania. . .

el tope de la colina se ha construido una plataforma, grande como una inmensa Su desnudez la acentúan unos pocos olivos trasplantados, y unas jardineras con uyo perfume no alcanza a percibirse. La vista se pierde en los cerros distantes de de Jordania, de piedras de rosa y oro que forman la verdadera corona al ento. Allí la luz se encarga de mantener vivos los colores. El monumento en sí es o por su simplicidad. Es una plancha de cemento, cuadrada, de treinta metros de enorme espesor, ciega. Reposa sobre unos muros hechos con piedras redondas y por el viento y el agua en siglos y siglos. Son piedras traídas de las vertientes del Galilea. Algunas pesan varias toneladas. Apretadas las piedras en el muro rico, quedan como aplastadas por la plancha de cemento. A la tumba se entra por rta diseñada por David Palombo. Da la impresión de gigantescas espinas de hierro.

a vez entré en la tumba. Iba a depositar una corona de rosas, y a encender el fuego

, vecino al pequeño espacio en donde se conservan las cenizas. Me acompañaban ersonas: el director del museo del holocausto, los guardianes de la tumba, algunos arios del ministerio de Relaciones. Todo adentro es penumbra, y se ve el techo na tienda de piedra levantada para el judío peregrino que ya no se mueve. Un ario leyó una página cargada de emoción. La tradujo al español una mujer. Nos , entre las sombras y los resplandores, temblar.

o la plaza en donde hoy se levanta la tumba, y va a erigirse en el futuro una a o monumento recordatorio, hay un museo subterráneo y un instituto con el de genocidios más grande del mundo. Se han recogido millones de documentos ocausto. En grandes fotografías se ven lo que fueron las sinagogas incendiadas, los de muerte, retratos de sabios, de poetas, de rabinos, y el rostro de Ana Frank, que chos habla más que la misma tumba de Yad Vashem. El poeta Tishak Katznelson todo: "¡Ah!... Aquí hubo un pueblo y ya no existe''. Había en Polonia 3-250-000 fueron exterminados 2.850-000; había en Rusia occidental 2.100-000: se haron 1.500-000; había en Lituania 150-000: fueron exterminados 130-000, etc. s piezas del museo hay algunas referentes a Eichman que dan la medida de este Himmler había tratado sobre la posibilidad de que cinco mil niños judíos de Alemania pudieran salir. Eichman se opuso en principio a esta emigración, consideró la posibilidad de cambiar los cinco mil niños por veinte mil adultos que volver al país "en edad de fertilidad, de menos de cuarenta años, para arlos''. En diciembre de 1942, la embajada de Suecia en Berlín trató de obtener el para que el profesor Meyers, de la Universidad de La Haya, pudiera salir para reunirse con su mujer y su hija pagando por esto la suma de 150.000 francos Eichman respondió: El Reichfürer prohíbe la emigración de judíos. Sólo en casos es, cuando una ventaja especial favorezca al Reich, pueden darse permisos uales para emigrar. En vista de la escasez de divisas, el Banco Central y el rio de Economía han propuesto que algunos judíos obtengan licencia de salir, que paguen sumas apreciables de dinero en divisas extranjeras. . . al menos francos suizos por persona. En el caso particular del profesor Meyers, la oficina man encuentra que la suma ofrecida de 150-000 francos no es suficiente... ''

pasando los archivos, y tomando al azar listas de judíos de ciertos países en donde sistema hitleriano, he encontrado muchos nombres españoles. Son nombres como podemos hallar en cualquier vieja familia de nuestra América. Tomando por este o las dimensiones de lo que se recuerda en Yad Vashem, se ve la universalidad del ue encierra esta tumba.

Con la ayuda del sol

uzando el territorio de Israel de punta a punta, sorprende el remate de las casas. a piso hay un tanque de agua con una plancha inclinada que recoge energía solar. fácil ver una casa sin antena de televisión que sin ese sistema que lleva a cada gua caliente sin usar el calentador eléctrico. Luego supe que la ley lo exige en toda cción.

cosa viene de atrás. Hace veinte años vi los comienzos de esta innovación, y ya en pueblo se empleaba el sistema. A poco, en una exposición internacional en Suiza dió este adelanto de Israel, como un experimento que a lo mejor tendría valor para o. La segunda parte en este caso estuvo en volver para Israel presente lo que los mplazaban para años por venir. A quien ahora pregunto en Tel Aviv o en Nazareth a lo de la calefacción por los depósitos de energía solar, sin excepción me dice: menos el ochenta por ciento de lo que yo con sumo lo saco del sol. El perfil de las aciones que por todas partes surgen es un perfil de tanques y captadores de calor omo por lo general se construyen edificios de seis, ocho, diez pisos, por cada piso tanque y un tragasol. Por esto, los panoramas urbanos en Israel son diferentes de esto del mundo.

ce veinte años gozaban en las casas mostrando cómo al abrir las canillas salía el rviente. Ya hoy es tan natural esto que nadie se atreve a mostrarlo. Sería como ue la casa tiene puerta. Pero sí es común oír cómo se espera que llegará el día en que se está haciendo con el calor, se haga con la energía eléctrica y que los judíos al sol a que alumbre de noche, encendiendo las lámparas. Y si Israel consigue

sí sol de medianoche se burlará de los noruegos. En algún lugar vi un enorme experimental. La explicación de esta planta rarísima conduce simplemente a ver e veinte años a hoy los israelíes no descansan en investigaciones que cualquier día ducirán a ofrecer el sol de la medianoche en bombillos y otros resultados os. Por el momento, el sol está lo mismo en el baño que en la cocina. Antes %6lo a para ver cómo se alargaba o encogía la sombra de los camellos en la arena.

ael, en materia de sol, es autosuficiente. Petróleo, debe comprar, y carece de s hidroeléctricos que hagan fácil su desarrollo industrial. Tiene sol e imaginación. aginación que trabaja bajo el estímulo de necesidades que le fueron impuestas hora misma en que le entregaron la tierra seca y estéril para que hiciera bosques y . Una buena parte de los judíos del mundo que llegaron a poblar, venía de lugares le el hombre que construye una casa tiene agua, luz y calor. Hoy, quien llega a er lugar del Estado sabe que en su apartamento tendrá teléfono, televisión, luz a, agua caliente y agua fría. Cada cosa es un pequeño milagro. Pero es lindo saber ol anda metido por los tubos, que llega al baño y a la cocina, y que en la azotea de lo está metiendo en un tragaluz *mágico* poniendo a su servicio rayos cautivos.

ARENAS DEL DESIERTO

La extraña ciudad de Eilat

at es el puerto de Israel sobre el Mar Rojo. Hace seis años tenía 800 habitantes. 000. De éstos, 2.000 son niños. Hace cinco años no había un niño vivo, ni un niño ir. Normalmente, seis meses al año, la temperatura es de 42 grados a la sombra. El co. Tan seco que no se suda. La gota de sudor se quema antes de aflorar en la piel. seca, no se oscurece, no se quema. Una vez, haciendo experimentos para ver e podría vivir en Eilat, se escogieron seis hombres para que caminaran seis horas as. Sin premura, pero caminando. A uno de ellos no se le dio agua en marcha. Era o. Los otros bebieron. Al final de la marcha, el gordo había perdido seis kilos de on él, al hospital. Entonces pudo determinarse que el hombre en Eilat debe beber arenta vasos de agua en el día. Es agua que se consume sin que brote una gota de La humedad en Eilat es del 8 por 100. En el resto de las ciudades del mundo pasa El guía que nos da estos datos nos dice: "aquí no hay microbios, se queman en la 50 grados. No hay un caso de artritis. No se conoce la sinusitis".

llueve. El teatro no tiene techo sino una celosía. Las casas no tienen ventanas. El quitectónico lo señalaron los árabes: no hacían sino un hueco pequeñísimo en la Una casa con ciegos muros en torno protege del viento, que es el vehículo del Tenemos siempre a la vista el monte Sinaí. Por aquí entró Moisés. Marchó distante erras pobladas por los enemigos —los malaquitas, los filisteos— y caminando por rto se movió de oasis en oasis, hasta llegar a Jericó. Donde había un pozo, ba. El camino hoy sigue la misma ruta, con las mismas paradas. La ciudad más a Eilat está a 110 millas.

at es el gran puerto de Israel. El más cercano para llegar al África. Por Eilat entra eo.

Mar Rojo tiene al norte dos cuernos. En la punta del uno está el canal de Suez. En a del otro, Eilat. Entre los dos cuernos, la montaña del Sinaí. El Mar Rojo es mente azul. En la Biblia, en hebreo, no se le llamó Mar Rojo, sino Mar de los

En las orillas crecían unos juncos: de ahí sacaban los egipcios el papiro. A veces, rde, si las aguas del mar están quietas, si no corre tina brizna de viento, se reflejan guas azules las montañas de Jordania y Siria, que con el crepúsculo se ven rojas. es el mar se enciende como una amapola. Se pone rojo. Cuando estuvimos en la n Eilat, las montañas estaban encendidas: son de tierra metálica. Pero el aire corría, r Rojo estaba profundamente azul.

sde la orilla vemos tierras de Jordania, de Siria, de Egipto. "Este es el lugar más o del mundo", nos dice el guía. Aquí es la Soledad y en la soledad no se pelea. va es, al centro de la república, el límite. De Beersheva al sur está el 60 por 100 de de Israel, y el 2 por 100 de su población. Hace ocho años, cuando alguno de van con nosotros visitó a Eilat, Eilat era dos o tres casas, y el aire seco. Hace seis e establecieron cien israelíes, principalmente matrimonios jóvenes. A los siete no se veían síntomas de que vinieran niños. En Eilat no había ni nacimientos, ni zas. Todo iba bien pero nadie —llegando a Eilat— entendía esta resistencia allí al precepto bíblico de la multiplicación del hombre. Estudiando, se vio que lo aba era una casa para que vinieran los niños al mundo y una escuela para cuando n. Se llevó un doctor, se abrió un hospital y se anunciaron kindergarten y es cuela. siguiente se oyeron pasos de niños que venían. A los nueve meses comenzaron a Hoy, la principal industria de Eilat es la producción de niños. Cada día y medio o.

mo ahora se puede nacer y vivir, la ciudad se prepara a crecer. Se levantan casas cadas, sin ventanas. En 18 días se hacen 10 apartamentos. Ya el puerto es ente, y se construye uno nuevo. Del puerto viejo al nuevo se puede ir en unas de casco de vidrio. Al fondo del mar se ven montes de coral, bandadas de peces peces en forma de rosas y de plumas, árboles marinos que semejan jardines de peces que tienen colores de mariposas, caballitos de mar, esponjas... Todo, como áginas de un libro de colores para niños.

Eilat encontré a Miriam Novitch. Miriam Novitch ha sido la inspiradora del de la destrucción del Ghetto de Varsovia, y ha dirigido la película que relata el e Eichman. En Eilat se le ha ocurrido hacer un museo que reúna la obra de los hebreos sacrificados por los nazis. Con una paciencia vecina a la obstinación ha o, viajando por Francia, por Alemania, por Polonia, por Austria, telas, grabados, ías, que constituyen uno de los más raros museos del mundo, por el trágico fondo da el mismo propósito de la colección. Miriam Novitch ha logrado que le van un estupendo edificio.

hay que sorprenderse si crecen así en esta ciudad imposible, de ocho mil

es, centros de cultura o de arte. Cuando Eilat era aún más pequeña, hace cinco
Confederación de obreros americanos le regaló el centro educativo que surge
l edificio más importante de la ciudad. Ahí se dan conciertos y conferencias.
res de Tel Aviv, de Jerusalén... o de Harvard o de Oxford, se turnan todas las
s en la cátedra. "Porque, nos dice el guía, la idea entre nosotros consiste en
ar por las aulas".

Las Minas de Salomón

Eilat se va por una carretera a las minas del rey Salomón. En esta parte del no se ven ni beduinos, ni camellos. Corremos al pie de las Montañas del Sinaí, rojas, verdes, amarillas, blancas, negras. Los colores cambian con la luz. Nos os entre un reloj de arena y un reloj de tenues anilinas, en que las horas caminan a dromedario. A veces hay tamarindos. Son los únicos árboles que crecen por acá. sagrados: Moisés llevaba los Diez Mandamientos en una caja de madera de do. Cuando las montañas son rojas, tienen hierro. Cuando verdes, cobre. Las del rey Salomón eran de cobre, y según los arqueólogos y los estudiosos de la el poder del cantor de Sulamita estaba más en el cobre que en los cantares. El alía más que el oro. Con el cobre se hacía el bronce, y un ejército con escudos y y lanzas de bronce resplandecía por sobre todos los demás. La reina de Saba tenía amantes, pero en su reino no había cobre. Por eso fue a poner a los pies del rey del us cofres de oro, sus collares de piedras. Sus ojos de almendra quedaron velados pestañas nocturnas, cuando la presencia del maravilloso rey de la barba crespa y tud radiante le hizo sentir la música de sus bronces. La reina de Saba no tenía un El rey miró su frente de lirio, sus pechos de paloma, sus brazos de amor. Lo que adie lo ignora. Pero los arqueólogos quisieron saber dónde estaba el cobre del rey, todo este poema. Y cerca de Eilat hallaron unos americanos, en 1937, las bases del los almacenes, el camino, los hornos. Unos pasos más, y dieron con la mina, a arenta kilómetros de Eilat. Donde la montaña es de verde malva. El cobre está a la asta sacar con palas mecánicas la tierra, reducirla a polvo fino, tratarla con un químico muy simple, y queda libre el cobre. Con quinientos trabajadores que se lía y noche, se sacan hoy veintidós toneladas de cobre cada veinticuatro horas. En en Montana, para dar con el cobre de los filones hay que meterse por socavones hunden tres kilómetros bajo la tierra. Los mineros de Israel se han limitado a r una obra iniciada hace tres mil años por el rey Salomón.

omón montó su industria a unos pocos kilómetros del lugar en donde hoy tienen alaciones los israelíes. El guía que nos lleva al sitio original nos cuenta de manera ncilla la historia bíblica. Saúl primero, y luego David, reyes guerreros, no aron reposo para hacer el templo donde deberían guardarse las tablas de la ley, el avid, ya viejo, entregó a Salomón el cetro con la esperanza de que pudiera, al fin, el templo. Salomón halló la fórmula de la paz. Le pidió a cada uno de sus vecinos bella de sus hijas, y se casó con todas. Este fue el camino de la alianza y el fin de

rras. Pero, ¿dónde construir el templo? Cada uno quiso que fuese en su tierra. ya había previsto el caso, y pensado que desprendiéndose de un pedazo de su reino, y dejándolo como tierra de nadie, quedaría un lugar neutral para levantar el Así lo hizo Salomón. Tal fue, nos dice el guía, la solución adoptada por los nos cuando hicieron la ciudad de Washington en el Distrito Federal. . .

que no avanzó Salomón en el campo de la guerra lo ganó en el de la hacienda. s impuestos. Necesitaba un tesoro público, entre otras cosas para atender a los s errantes, que no participaban en la industria agrícola. Con el tiempo, hubo contra los impuestos, y Salomón, en el ocaso, comenzó a oír a sus mujeres. Oyó a eres, y fue el declinar del reino... A lo menos, así nos lo dice el guía. Para él, la o es sino un capítulo de su historia patria. . .

camino que lleva a las minas del rey es tan maravilloso como la historia de n. El agua, el viento, los siglos y algunos otros accidentes han venido modelando cas rojizas en fabulosas formas de capricho. Hay una que tiene la mayor similitud con la esfinge del desierto egipcio. Otra en donde se ve una cabeza de Jorge gton, muy útil para los norteamericanos que traen el recuerdo de las esculturas en las rocas de Arizona. Los israelíes se entusiasman con la gran roca que semeja el león de Judá. Lo más imponente son los pilares de Salomón, rocas gigantescas ñas que convierten la historia del templo en un templo de la naturaleza. Sus iones están por encima de lo que el hombre puede construir. Nos vemos al pie de ares, pequeños como hormigas.

así la fábula, la leyenda, la historia, la Biblia, la nostalgia, y la esperanza, la a de hace tres mil años y las empresas de estos tiempos, se entrelazan a la sombra í.

El Gadna y el Nájal

veinte kilómetros de Eilat visitamos un puesto del ejército juvenil que en Israel se adna. Son estudiantes, niños y niñas, de catorce a dieciséis años, que hacen unas semanas de servicio premilitar. Son *scouts* que llevan rifle. Ser soldado en Israel ecir ser capaz de plantar árboles, de cuidar las gallinas y el huerto, de hacer vida , y, eventualmente, de disparar. En este campamento las toldas están montadas en pos paralelos. Las niñas a la izquierda; los niños a la derecha. Vemos llegar, o, en formación militar, veinte o treinta chicas que vienen de los ejercicios s. Pasan a la tienda, colocan el rifle sobre el catre, se tiran a descansar, abren un quí se habla hebreo, se come una comida común y hay una sinagoga. Todo Israel, olo libro. Hay niños que vienen de familias del Yemen, otros de polacos, otros de os. Precisa darles un común denominador. A veces, hay quien rechaza la comida r día. "Si no le gusta, vaya usted al restaurante más próximo..." lis decir: a veinte nta kilómetros, en el desierto. Israel tiene que reducir a una misma vida civil a la ás diversa. Una vez se trasladaron en un avión cuarenta yemenitas. El avión no uera de la tradición religiosa del país porque decían que águilas inmensas les n de un lugar a otro. Instalados en el avión, serenos, en la forma más natural, los as se dispusieron a hacer fuego para prepararse una cena. . . En este campamento na, donde se aprende a cocinar y a comer, hablamos en francés con unas chicas. ninguna que, al menos, no conozca dos idiomas. . .

No hace mucho que este campamento viene recogiendo grupos llegados de todo el Ya hay árboles: palmas, manzanos, granados. . . Hacer crecer allí una planta es un gro. Una vez, al ver que los granados daban sus primeras frutas, decidieron los nachos enviárselas como regalo a Ben Gurión. Nada podría ser más grato a ese domador del desierto. En una caja pusieron las frutas, la cerraron y escribieron: Al David Ben Gurión... luego, el nombre de su kibutz e, indicando el contenido, NADAS. La palabra granada, en hebreo como en español, significa lo mismo una que una bomba. Al recibirse en el correo el paquete, lo aislaron, llamaron de ncia técnicos del ejército, detectives y bomberos; se produjo un intermedio de nto con cuidadoso transporte y precauciones especiales, y una pérdida de tiempo sólo sirvió para que se dañasen las granadas. Cuando al fin las recibió el viejo, bió una nota gentil a los niños: "Cuando quieran hacerme otro regalo, me lo traen: onfíen en los correos de este país..."

El verdadero servicio militar es el NájaL Ya ahí, a los dieciocho años, se hacen meses de intensa instrucción militar, y en seguida, se van los reclutas a un kibutz, a colonia agrícola, donde trabajan un año. Así, el soldado que ha salido del campo, n de la ciudad, se hace a una vida agrícola nueva. Aprende a sacarle a la tierra todo ugo, a compartir una vida que acaba por seducirle más que la de la ciudad. En l se produce algo que invierte los términos de la vida de otros países, sobre todo a América Latina, donde el soldado que se reclutó en el campo, después del cio prefiere vivir como un pobre diablo en la ciudad antes que volver a los nes, escenario triste de su infancia. En Israel, el hombre que ha hecho el servicio ar sólo quiere vivir luego en el campo.

El cuartel en Israel ha de ser una escuela. Después de un año de vida agrícola, a aún otro año de "servicio militar". En este año, el soldado estudia historia, máticas, geografía... "Cuando una unidad lleva a cabo maniobras en determinada arca del país —dice un librito sobre el ejército— estudia previamente todo lo ente a la región. Un batallón emprendió una marcha de 200 millas a través del erto. Se dividía en diecinueve clases de acuerdo con el grado de instrucción de los ados. Durante diez días, con películas y conferencias, se les familiarizó con los res que iban a atravesar. Aprendieron la historia desde los tiempos bíblicos hasta tros días, los planes de desarrollo, la flora y la fauna, y cómo son utilizadas. . . nte la marcha, el comandante daba explicaciones, y al hacer alto se dictaban erencias y se respondía a las preguntas de los soldados. Por la noche, las canciones se cantaban eran alusivas a los lugares visitados…

En otro orden de cosas, el ejército ha sido escuela de artesanía. El resultado es o: al terminar el servicio militar, se han encontrado vocaciones que tienen que ver la vida creadora de Israel. Maestros, agricultores, electricistas, enfermeras. . .; he lo que da una escuela militar que se ha hecho para algo mejor que producir meros entos.

Una colombiana en Demona

Una cosa es ver el desierto desde la carretera que va al Mar Muerto, y otra desde ión. Beersheva marca el límite hasta donde se lleva el agua. Es la ciudad de la era. Mirando al norte muestra la conquista cumplida y la riqueza que nace; ndo al sur el vacío, el esfuerzo y la esperanza. De Beersheva hacia Tel Aviv se ven aldeas que surgen, los kibutzim que avanzan con sus manchas verdes. De

sheva hacia el Mar Muerto, las tiendas negras de los beduinos en los arenales, y la tera que corta un paisaje lunar. Luego, el resto es silencio. Un desierto aquí no es llanura ondulada por las dunas, ni el color de azúcar moreno del arenal. La tierra grieta en grandes cañones, y del altiplano al Mar Muerto se ven escenarios en que ocas verduzcas, violetas, rojizas, grisáceas, níveas, negras, fingen uñas de bestias sales, púlpitos churriguerescos, paisajes de azufre, bosques de peñas, mundos de za, nubes de piedra pegadas a la tierra estéril. Así se baja a esa hondura de rocientos metros bajo el nivel del mar en que el agua inmóvil sólo conserva del no el sabor de la sal. Por ahí ya no hay caravanas de beduinos. Lo único que na es una cinta negra —la carretera que va al Mar Muerto— y al lado de la tera —baranda metálica— la tubería del oleoducto.

Arriba está Beersheva, y abajo, mirándose en el Mar Muerto, la ciudad muerta: oma. Entre Sodoma y Beersheva, nació una ciudad: Demona. Yo la vi nacer. Hace ocho meses, cuando pasé por ahí, las tiendas, el café, el correo, la escuela, las s, estaban con la arena a los tobillos. Los hombres bajaban a trabajar al Mar rto, subían de trabajar del Mar Muerto. En Demona había siempre un baile en la : el de la arena llevada en brazos del viento. La gente encontraba natural este er principio de una ciudad israelí. Di con unos ladinos. Me dijeron: "Aquí vive colombiana". Fuimos a verla. Había llegado de Venezuela, y le robaron las maletas n puerto de Italia. La trajeron con sus hijos al desierto. En Venezuela le habían o: "Verás que llegas a un huerto verde y fresco donde ya no hay memoria del erto". La encontré con una hija que se casaba con un cubano, con un hijo que iba al ito, con una niña más pequeña que se iniciaba en una escuela donde se hablaba en hebreo. Nos hablaron diez personas al tiempo. En la pequeña habitación donde reunimos cada voz estridente que se oía, cada mano que se alzaba, eran ecaciones a este desierto de fuego y viento seco que le hacían añorar a la mbiana los jardines de Caracas, del Valle del Cauca, del Paraíso de la novela de es. Tenía una obsesión: regresar a su tierra. Pero, ¿cómo salir de este hoyo? ¿De nfierno?

Yo iba con Rachel Tov, una argentina que llegó de las primeras a Israel, y que ha moverse la república del pedregal al bosque, del peladero a la ciudad, de la nada luta al primer algo. Rachel trataba de oir a los colombianos, pero era imposible. todo caso, dejé en manos suyas el problema. Cuando volvimos a tomar el móvil, camino de Tel Aviv, hasta el automóvil nos acompañaron las quejas de gentes que más que otra cosa estaban heridas en su ilusión. Ahora, cuando desde ión me han señalado en dirección a Demona, he recordado con espanto aquella na de hace ocho meses.

Hemos vuelto a Tel Aviv volando, ya en la noche. Primero, de Eilat a Beersheva, las sombras que arropaban la cara dura del desierto. Luego, de Beersheva a Tel , de cuando en cuando, nidos de luces eléctricas: las aldeas, los kibutzim. Al carnos a Tel Aviv, el gigantesco despliegue de una ciudad enorme, resplandeciente noche lo mismo que una visión americana. Bajando del avión, me dijeron: "hay familia colombiana que ha venido a verle". Era una familia sonriente, segura. El mayor, un mozo bien plantado que había hecho ya parte del servicio militar. La mayor, casada, pronto tendría un hijo. Habría una fiesta, y a la fiesta esperaban fuera Rachel Tov. Era la misma familia que vi ocho meses antes en Demona, ada a la grande aventura de Israel. "La casa que tengo es muy buena: qué lástima no pueda ir a verla usted", me dijo la misma señora de Demona. "Esta mujer es un l", agregó, hablándome de Rachel Tov.

Porque los hombres son aquí como el paisaje: el paso del pedregal al bosque. Y cual, alguna vez, ha sentido, al tropezar en los guijarros de la entrada, que se le an las carnes y le sangran los pies. Luego, el pie se hace más duro y la piedra más da. Hasta la arena la detienen, con sus manos verdes, árboles que parecen parados roca.

Pilatos sale de entre las ruinas

En Cesárea, convertida hoy en uno de los centros arqueológicos del mundo, acaba allarse la única piedra conocida en donde figura el nombre de Poncio Pilatos. No persona en el mundo a cuyo oído no haya llegado el nombre de Poncio Pilatos, que lcanzado nada menos que la celebridad —horrenda, sí— de figurar en el Credo. , por lo demás, dentro de la fronda fabulosa de emperadores, senadores, rnadores, prefectos, oficiales del imperio esparcidos por el mundo romano, Poncio os es el vulgar desconocido. El funcionario anónimo. Escarbando en todas las rias, apenas se le encuentra mencionado en las *Antigüedades Judaicas* de Flavio fo, y en rarísimos documentos. Pilatos fue sólo el quinto procurador romano que rnó la Judea. Ejerció el cargo por diez años. En una carta del rey Agripa se dice era inflexible, tiránico, venal y soberbio, pero su responsabilidad en el proceso de s no le trajo ninguna consecuencia ante el gobierno de Roma. Sólo años más tarde, do por alguna medida administrativa causó daño a los samaritanos, le acusaron el legado romano en Siria, Vitelio, de quien Pilatos dependía. Vitelio le suspendió l cargo, le llamó a juicio y le envió a Roma para que le juzgase el tribunal de rio. Pilatos llegó a Roma cuando ya Tiberio había muerto, y su nombre desaparece historia romana. Se dice que se suicidó lanzándose a las aguas del Tíber. Esto es yenda.

más famosa, o la única mención de Pilatos en los grandes textos históricos es la de Josefo, que se reduce a esto: "Vivió en aquel tiempo Jesús, hombre lleno de a, si es que se le puede llamar hombre. Porque obró cosas increíbles, y enseñó la ueva. Por estas cosas atrajo a sí a muchos judíos y gentiles. Fue Cristo. Bajo la ón de que era peligroso para nuestro pueblo, Pilatos lo condenó a la cruz. Sin o, quienes lo habían amado le permanecieron fieles".

nueva historia, sin embargo, comenzaba a escribirse: era la historia de los ios. Y el pequeño funcionario que se ignoraba y perdía en el mar de la burocracia,

on una responsabilidad, la más grande en el proceso de Jesús. No hay que olvidar un romano quien dijo la última palabra. . . y se lavó las manos. La piedra que se ha descubierto indica que, como todos los funcionarios que hacen de dores en las provincias, se hacía honrar en monumentos que llevaran su nombre, y xcavaciones continúan, no sería extraño que hallásemos alguna estatua suya entre rero arqueológico en donde están encontrándose hermosos torsos masculinos, mágenes de diosas aladas, capiteles con hojas, canastillas, estrellas y volutas. Israel tima novedad que está saliendo a la luz del mundo romano. Templos, anfiteatros, monumentos se descubren lo mismo en Cafarnaúm a orillas del lago de Galilea, que avernas del Mar Muerto. Acaban de hallarse las cartas de Simón Barcohba, el líder ltima revuelta contra los romanos, lo mismo que se hallaron los rollos del Mar En Hazor, los restos de una gran ciudad cananea destruida por Josué, y una sraelita con murallas, entradas y edificios públicos de tiempos de Salomón. En las bas de Beth Shearim, sarcófagos decorados del tiempo de los patriarcas. En da, el palacio del rey Herodes. . . Cerca del famoso hotel del Delfín, en Tel Aviv, allado uno de los mosaicos más grandes que se pueden conocer en el mundo. Y ay estas ruinas romanas y bizantinas, hay los restos de la cultura helénica, y os de obras de los cruzados como San Juan de Acre, que es el mayor testimonio en de la grande aventura de los cristianos medievales.

o en medio de este fabuloso jardín, parque y basurero de la arqueología, lo de es de primera magnitud, porque era el gran puerto de la Siria nacional, y desde mpos de Augusto se llenó de monumentos, templos y edificios públicos que n ahora a revelarse. De Cesárea partió la revuelta contra los romanos treinta y tres spués de la muerte de Cristo. En Cesárea buscó refugio Orígenes, cerca de Pánfilo, r de una escuela de teología, que tenía una biblioteca de treinta mil volúmenes... glo séptimo la destruyeron primero los persas, y treinta años más tarde los árabes... oria pasaba, pues, sobre ruinas, que son su alimento natural, y así fue borrándose e no quedaran sobre sus hombros sino las arenas de las dunas caminantes.

ora, con el descubrimiento de la piedra de Poncio Pilatos, este personaje se echa a e nuevo por el mundo, justamente cuando se publican libros que intentan mostrar lad jurídica e histórica del proceso de Jesús. Nada habrá de mejorar la figura del dor. En las procesiones de Semana Santa, lo mismo en Popayán que en Lima, le mpre par a Judas. Seguirá siendo el personaje legendario que en Italia se recuerda go de Pilatos, especie de aquelarre. En Suiza los campesinos suponen que el del Tíber, arrojado al mar, fue devuelto al interior por el Ródano para tirarlo al e las aguas de sus lagos. Y así, por doquier. Pensemos que ahora son las mareas océano del tiempo las que lo devuelven a la realidad de la vida de funcionario

ado y cobarde.

Los últimos beduinos

e es el mundo de los beduinos. Este es el desierto de Neguev. Al fondo, el Mar
Abajo, muy distante, el Mar Rojo. El escenario todo, familiar a los lectores de la
El camino que seguimos lleva a Beersheva, la ciudad de los siete pozos, que ha
tiempo inmemorial un oasis para los beduinos. Los beduinos llegaban con sus
s y dromedarios a la feria del jueves, veían en la distancia la fina torre del
e, y sus negras pupilas se iluminaban. Beersheva era el bazar, la feria, el diálogo,
ia, el tapetito de colores tendido en medio del vasto arenal de la vida cotidiana.
948 Beersheva no pasaba de dos mil habitantes, que los jueves se multiplicaban
s panes en la historia de Jesús. De 1948 para acá, la ciudad viene creciendo, hoy
-000 almas, pero los beduinos siguen llegando a su feria, con sus mismos trajes de
, el mismo tocado sobre la cabeza, las mismas barbas negras, los mismos ojos
la misma cara de austeros vagabundos secularmente quemada por el mismo sol
e conocieron los padres de los padres de sus padres.

tierra se mueve en el blando oleaje de las dunas. A veces se ven rizadas las
arenas. Las ciudades de los beduinos son de pelo, de pelo de cabra y de camello.
campamentos de negras toldas gitanas, tejidas con esos pelos, que el viento hace
vela desgarrada en un mar de soledades. Se ven los pastores guiando sus rebaños
os y miles de ovejas. Al caer la tarde suben y bajan los rebaños como una espuma
que da vida a las olas muertas del dunerío. Algún dromedario parado a la entrada
ienda levanta las narices, y en sus grandes ojos de caballo enciende las lámparas
il y una noches sin historia.

á, me cuentan, vive el sheik Solimán ben Alí ibn Hussein el Husseyl, el amo de
Ha tenido 46 mujeres. Unas salen, otras entran. Las que salen, salen cargadas. Su
obedece con la respetuosa sumisión que impone la fatalidad. La protesta no podría
evantar la frente delante de este patriarca lúbrico, de este déspota sencillamente
e monta el más fino y nervioso de sus caballos y lo domina apretándolo con las
Los turcos le han regalado una espada con puño de piedras finas, los alemanes un
Ibn Saud una daga, los americanos un rifle automático. . .

mapa original de Israel era sencillo: al norte los pantanos de Hule envueltos en el
el mosquito y la fiebre; al centro las piedras peladas del corredor de Jerusalén; al
arenales del Neguev. El mapa nuevo es igualmente simple: al norte los pantanos
os convertidos en huertos; al centro los pedregales trocados en bosques; al sur el

hecho trigales. Lentamente en el Neguev se va deteniendo la marcha de los , la carrera del viento, con cortinas de árboles. Ya hay vastas extensiones que con el trigal niño, y toman color de pan cuando maduran las espigas. Los s ven que se les angosta el camino para sus rebaños. Israel no da la impresión de do que nace. Es un mundo que nace. Pero que ha nacido sudando sangre. ante que vas a Neguev, recuérdanos", se lee en una columna de piedra a la entrada erto. Es una columna levantada en memoria de los muchachos que cayeron en ese rante la guerra de independencia.

ersheva es hoy la frontera. Marca hasta donde va la conquista del desierto. El viejo e árabe ya no domina como antes sobre el pequeño caserío. La ciudad crece como las americanas en la conquista de California. Aún el tono de la vida, con el Ford, rolet, el Pontiac, el Buick. . . es americano. Nuevos barrios surgen con sus casas uales, de colores claros. Es una conquista del desierto en la mitad del siglo XX. En oteca de la escuela hay una pequeña discoteca. Leo al azar los nombres de los : Beethoven, Chopin, Chaikowski. . . La ciudad está dividida en dos: una parte es agricultura: los grandes molinos, los elevadores, la producción de aceite; la otra ra las industrias químicas, la gran fábrica de productos de cerámica, las plantas piezan a explotar la riqueza del Mar Muerto. Del viejo mundo de Beersheva sólo dos cosas: la feria semanal de los beduinos, y el viento. Es un viento que todas las por tres cuartos de hora, sopla con la boca llena de fuego y de arena. En Beersheva ue levantar un muro, hay que plantar una cortina de árboles. Cada árbol hay que rlo sin tregua ni reposo hasta que definitivamente se ha impuesto contra el viento . Por cada habitante hay diez árboles en Beersheva. Pero así está creciendo el oasis con su imponente zona industrial, sus jardines, su teatro, sus escuelas. El los camellos o los dromedarios miran estas cosas con sus ojos de caballos s. Luego, los beduinos retornan a sus pagos, donde todavía se ara la tierra con de palo tirados por el dromedario, mientras en los campos en torno los tractores en las conquistas del hombre, las carreteras las afirman, y el agua de las ones anuncia fiestas que no soñaron los hombres del desierto.

El camello tiene tres pisos

os son los camellos, y el animal tiene que arrodillarse, doblar en tijera las patas de ara que pueda montarlo, así acurrucado, el visitante. He visto la operación veinte desde la ventana del restaurante que mira al lugar en donde tiene su negocio el . Un caballo, un burro, una muía se montan apoyándose el jinete en un mero y en la guerra de independencia colombiana, los llaneros, de un salto quedaban a Sin estribos. Si el camello no se echara, para llegar al lugar de las jorobas tendría parse por escalera. Al segundo piso. Para hacer más extraña su figura, el camello cabeza en el tercer piso. Es posible que algún pelo tenga sedoso, como en el de Guillermo Valencia, y en efecto sacamos esta idea de los pinceles de pelo de que se usan en acuarela. Vecinos al animal la cosa es distinta. Una lana afelpada r de establo nos descubre los aspectos de esta bestia cuyo encanto mágico está en ervido de transporte a tres Reyes Mágicos que cruzaban el desierto mirando a una Los ángeles arrastraban la estrella por un cielo de vidrio.

ro que los tiempos cambian, y hoy los reyes usan otros medios de locomoción. El se contenta ahora con ofrecer su camello al americano que lo monta para el y agradece el servicio con un billete verde. Desde la ventana del restaurante el negocio del beduino. En un par de horas no ha hecho otra cosa que arrodillar el , subir al míster, darle una vuelta de diez metros, bajarlo y recibir el dólar. La que registraba en su poema Valencia, la de esos grandes ojos tristes, no parece al camello en sí, con su linda enjalma de colores y esta rutina que le sirve de o. Parece más bien gesto de comprensión y lástima por el beduino que ya no mide ertos y por el míster que goza como un idiota poniendo cara de sonrisa para el

o hay otros elementos de juicio para valorar los cambios. Las dos felicidades (la uino recogiendo dólares, y la del míster pasando a la película) son evidentes. Y chas se duplican, cuando el americano vuelve a su tierra y muestra el retrato o el beduino, que monta para volver a su tienda, hace un rollo de billetes y lo mete olsa, y sin más estrella que la suya propia —ahí va en la bolsa—, se aleja en la neciéndose entre las dos jorobas, *y* al paso de la bestia lánguida aprieta el botón del or, oye la rumba lejana que le viene de Jerusalem o Tel Aviv, y piensa en todo lo nás hubieran pensado ni Melchor, ni Gaspar, ni Baltasar. Pero ¡atención! va o tanto que se cree tan arriba —en su casa de tres pisos con mirador— como los ue fueron la rabia de Herodes. Dichoso de llevar una vida tan bien mecida con usical.

Belén, en la tienda de un árabe que tiene sucursales en Cali y en Maicao, y ha ido
es a Venezuela y a Colombia, el negocio es todo un bazar, y no en miniatura.
stupendo castellano, poniendo *b* donde nosotros *p.* Efusivo y cordial, alegre de
os como compatriotas, nos ofrece naranjada o café árabe. . . Lo que les provoque.
tras mi mujer y mi hija palpan lindos chales de seda, imágenes en bronce del Niño
cunita de pajas, cristos y camándulas, las siguen manadas de camellitos de
que acaban por conquistarlas. Por esta misma calle subieron hace dos mil años
es, en camellos de enjalmas tejidas de colores.

El sheik Solimán, algo magnífico

jando por el desierto del Neguev, por horas me contaba el chofer historias del olimán. El sheik ha decidido quedarse en Israel con sus 46 mujeres y sus 148 hijos, ndo, desde su castillo de piedra, su parte de desierto, mitad arena, mitad convertida as de labor. He recorrido con la vista, por espacio de mucho tiempo, sus tierras, y a las mujeres detrás de los camellos seguir sobre los arenales el curso de unas que todo parece estar bajo la sombra, si sombra hay, de este gran señor, que llega, llega, a Beersheva, en su Cadillac resplandeciente. Las mujeres no sólo cuidan las los camellos. Con los camellos, aran la tierra. El hombre sigue siendo lo que vale a, y las hijas mujeres se cuentan como medio hijo. Pero un gran sheik tiene como de su riqueza lo que podría llamarse el mujerómetro. Si el sheik Solimán tiene 46 , este número da los grados de su grandeza.

sheik Solimán ya no es el nómada señor del arenal. De piedra es su castillo. Lo desde la carretera, entre un ruedo de tiendas de trapo de pelo negro de cabra. Son das en donde velan por su vida sus inmediatos servidores: sobre la arena desnuda en tapices de pelo finísimo con dibujos de jardines abstractos. El sheik es un a quien le agrada tener huéspedes insignes. Amigos suyos son astros del cine, es, banqueros. Y la señora Roosevelt, nos indica el chofer. La señora Roosevelt le o varias visitas. El sheik una vez le regaló un camello niño, que las autoridades as no le permitieron entrar en Nueva York. Además, el sheik tuvo una idea sa que hubiera contribuido a estrechar los lazos entre el Oriente y América: Que la e Franklin Delano viniera a ser una de sus esposas. Juran aquí las gentes que esto ró el sheik en la mente y lo propuso con toda seriedad. Correspondería a la señora elt decirnos si a sus oídos llegó la discreta solicitud del sheik pidiéndole la mano.

rque el sheik es el hombre que nada entre dos aguas: entre el Cadillac y las tiendas beduinos, que de trecho en trecho se ven como remiendos cosidos a la tela del En unos lugares de sus tierras se ara con los camellos. En otros con los tractores. hecho construir una represa —la vemos desde el automóvil— para alimentar de riego. Si en torno se va mecanizando la agricultura, enverdeciendo la tierra, do de cultivos el campo, el sheik no es tan tonto que no haga lo propio y busque camino aumentar sus riquezas. ¡Que llegue un día en que, al aplicarle el metro, pueda marcar cincuenta, sesenta, ochenta!

sheik ya no le basta con el reloj de sol. Tiene reloj de pulsera y le agrada regalar

Si al huésped que llega a visitar le tiende las alfombras más ricas y más bellas, le puede mostrar una buena refrigeradora, un bar finísimo, unos lindos zapatos. heik, y no es un sheik. El mundo cambia. Ya ei automóvil que pasa delante de sus y de su palacio no levanta arena. Pero si el viento lo hace, sacándola de algunas ercanas, entre esta cortina del desierto se verá desaparecer su figura, hacerse un rrosa, y quedar flotando entre el polvo como la de un capitán de tierras, cayéndole beza a los hombros el pañuelo blanco, mientras se alejan los lánguidos camellos icas cervices y se acerca el Cadillac espléndido con su cola de esmalte negro y omadas, pulidas por la mano diligente de los criados.

beduina más bella: dos mil dólares

muy lejos del castillo en donde habita el gran sheik, y a unos cien metros de la a, un campamento de beduinos. Nos acogen cordialmente. La tienda de la bella es como todas las otras: de lonas de pelo de cabra, sobre horquetas. Tendrá unos pasos de largo y está dividida en cuatro compartimientos, donde viven cuatro . Al frente, la tienda está abierta. Caerán las cortinas por la noche. Se puede entrar doblar la cabeza. Los otros tres costados de la tolda están bien asegurados a la on estacas. Entre casa y casa no hay más división que una de la misma tela de pelo a. La casa, para hablar en términos ingleses, se reduce a un *living,* y la propiedad horizontal. No hay ni una silla, ni una mesa, ni un estante. El mobiliario se reduce petes tendidos sobre la física tierra: sirven lo mismo para dormir, para comer, para . El fogón es un hueco cavado en la mitad del living, y el servicio no puede ser ni mple ni más directo. Llegamos en un momento en que el beduino hace su merienda.

es algo que recuerda un poco a la tortilla mejicana, un poco al pancake americano. be tener una vara de diámetro, es blanco y flexible, y se tiene doblado, como un erca del fogón. El beduino desgarra un pedazo, lo dobla en cuatro, y con esto hace ara y tenedor para sacar de una taza esmaltada la sopa, y los trozos de carne de . Es un beduino joven, con una beduina de su edad, y un crío de pocos meses, Ella echo pinturas verdes en la cara, las manos y los pies. Como se muestra tan fácil y la invitamos para que salga al frente de la tienda y le tomemos una fotografía. más. Se dejaría retratar cubriéndose el rostro. Y dejaría retratar el crío por unas liras. Aceptamos. Sale frente a la tienda, se cubre de tal suerte que no se le vean ni ni las manos. De carne sólo queda a la vista el delicioso montón de la del niño. na instantánea y le pago las liras hebreas del convenio.

y un aparato mágico que es el corazón de la tienda: una radio portátil. La han con una tela bordada. El beduino nos la enseña, la hace funcionar, y la familia autiva de una música que viene de Tel Aviv. Además, hay un mido de máquina ne de la habitación vecina. Estas gentes van introduciendo lo que les parece útil del moderno. No es raro, pero sí extraño, ver por la carretera beduinos en bicicleta. Lo en la habitación vecina es una máquina de coser. Una Singer. Aquí, en torno a la a, hay más gentes. Las hijas de la beduina costurera, y dos amigas. La costura que iendo de la máquina es de vivos colores y adornos complicados. Cuando los del en un pañuelo de encaje que tiene mi mujer, lo encuentran tan bello que todos tocarlo. La atracción, en una niña, es tan irresistible que mi mujer acaba por elo.

que está cosiendo tiene un tesoro. Lo vemos todos en seguida, y la costurera lo o comprende. Es la beduina de dieciocho años. Su cara ha salido directamente de ma, de un nocturno con recuerdo del Cantar de los Cantares. Sonríe, y son lindos os y sus dientes. Asombra que ni el sol ni la arena ni el viento se hayan atrevido a más leve daño a una piel que quién sabe con qué embrujados aceites se conserva ca y suave. Lo único que se podría descubrir en su

quillaje es una sombra en los párpados que resulta de un arte increíble en este donde no se ve un espejo. Las fórmulas de la química de la belleza deben ser un de la propia brujería. La madre dice a uno de nosotros: "Te la vendo en tantas Es una suma que representaría unos dos mil dólares. La bella beduina, segura de su , y humilde, ahí está, contenta, fresca, graciosa, esperando a que venga el beduino os mil dólares y la haga su mujer. La madre quizá no nos entregaría a su hija por cio. Es el precio que tiene para los beduinos. Habrá mozas de quinientos dólares, o te cabras y un camello. Pero todo el mundo sabe que ésta no bajaría nunca de la

ue nos pide su madre. Es su precio, y vale más.

bella beduina está para ser vista como se merece. Los collares de filigrana y de s que le caen sobre el pecho no son para dar mayor realce a quien lo tiene todo, ra que se vea cómo la estiman en la tienda. A la bella le entusiasman estas joyas, son joyas. Cuando ve los zarcillos que tiene mi mujer, con un ademán de súplica le ue se los quite y se los muestre. Con la misma emoción con que los acarició con , los acaricia luego con los dedos. Esta beduinilla es la negación de la rudeza. ucho pedirle que se dejase retratar, y además, inútil. Pero cada cual se va de la evándose su imagen bien grabada.

uién se quedará con la beduina? ¡Misterios de la esfinge! Vecino está el sheik, demás de que ya tiene cuarenta y tantas mujeres, ahora querría una rubia y . Por otra parte, se cuenta del sheik una historia que se le olvidó a Edipo. Úna vez, có con ímpetu de conquista a una beduina. ¿Quién podía resistir a este señor del ? La beduina le rechazó con una simple palabra de reproche: "Si me tocas, se lo mi padre". "¿Y quién es tu padre?" "El sheik". El buen sheik no lo sabía. De los sus cuarenta mujeres, que le andan cuidando sus rebaños, ¿cuándo podría tener la en la retina?. .. *Se non é vero* . . .

vidamos preguntar el nombre de la beduina. ¿Digamos que se llamaba Sulamita? lá estará Sulamita viendo pasar en sueños la caravana imaginaria de sus ados.

REGRESO A JERUSALEM

Samuel, el Sefardita del gallinero

"Vamos a ver a Sam el Sefardita", me dijo Benno Weiser. Sam tiene su gallinero en un huerto vecino al "cinturón verde" de Jerusalén. El cinturón apenas es un proyecto, pero en Israel se sabe que los proyectos caminan. Ya en las colinas que rodean la ciudad, en semicírculo gigantesco, se han hecho terrazas, se han dibujado bosques y jardines, y los pinos comienzan a crecer. Jerusalén será, en diez años, una ciudad con un cinturón de pinos y flores. En un cierto lugar se ha dejado espacio para construir villas a la italiana. Ya hay las tres piscinas enormes que harán centro a este sitio residencial. Dos kilómetros delante está el gallinero de Sam el Sefardita.

Sam nació en Estambul. La lengua de su casa es el viejo español, el latino de los hebreos turcos. Pero habla lo mismo hebreo, inglés, alemán, holandés. Trabajó primero en un barco holandés y luego en uno griego de Estambul.

En 1934 le tentó la aventura sionista, y se vino a Jerusalén. Entró en un banco inglés. Han pasado, como se ve, muchos años, y experiencias. Ahora Sam es gerente de una sucursal del Barclay's Bank en Jerusalén, pero lo que cuenta en su casa es el gallinero. Tiene tres mil gallinas, que vemos apretadas como libros en biblioteca, poniendo huevos. Ahí van cayendo los huevos lo mismo que monedas en una alcancía. "De las gallinas y los pollos se encarga mi mujer", dice Sam. Cuando llegaron a este sitio, hace cinco años, no había en el contorno otra casa que la suya. Y entonces no sería sino un proyecto de casa. "Todos los días se hace algo —nos dice Sam-—: por ejemplo, este nuevo camino de la casa al gallinero y a la ramada de los pavos, lo hicimos en la semana pasada". El gerente del Barclay's Bank nos lleva por el camino nuevo y nos muestra un centenar de los trescientos pavos blancos espléndidos, grandes cada uno como una oveja. Les grita una palabra en español: "¡Hilera!" y los cien pavos blancos le responden a coro "glú, glú, glú, glú", con sus papadas rojas que parecen prontas a brotar sangre. "Mi mujer —agrega—, se encarga de los pavos. .

"¿Y usted, qué hace?", me atrevo a preguntarle. Sam es un enorme trabajador, que tiene manos campesinas. "Yo —me dice— cuando vengo del banco, trabajo en la huerta". Y nos muestra los olivos donde a palos bajó en la semana pasada la cosecha de aceitunas; los perales y manzanos que una vez al año se cargan de frutas; dos cerezos. . . y el viñedo. Tiene dos clases de uvas: una de negras, y una de blancas. Las negras, ahora, están en una segunda cosecha y nos invita a que nos hartemos como Noé. Deliciosas.

Como es sábado, Sam no ha ido al banco. "Los sábados —nos dice— encontrarán siempre abierta esta casa, de las once a la una —open house— para tomarse un café a la turca". En efecto, nos lo

ofrece en vasos de vidrio ordinario, mientras nosotros vemos una veintena de cuadros al óleo que adornan el salón: paisajes de las colinas, rincones de aldeas árabes, tipos de Jerusalén, payasos del teatro. Porque Sam es, ante todo, un pintor, y como es un hombre que tiene tantas horas libres, pinta. . . Pinta, no más. ¿No más? También es actor. Todos están de acuerdo en que figura entre los cómicos mejor dotados del teatro en Jerusalén. Y lo mismo lo hace en hebreo que en inglés. . . o en alemán. Desde luego, su lengua materna es el ladino. Pero el ladino es un español antiguo que ahora muere, pues lo» hijos de los viejos ladinos sólo hablan hebreo, Y en una patria, propia no se necesita de una lengua extraña para mantener el fuego del hogar.

Samuel es Samuel Béjar (o Behar), como cierto pueblo de España. Samuel Béjar es un judío errante, un español que viene caminando hace cinco siglos, y que ahora tiene una casa propia en Jerusalén y se detiene. Una casa donde pinta, prepara comedias, hace las cuentas del banco, poda los manzanos y conversa con las gallinas y los pavos de su mujer. Como buen español emigrado.

En Jerusalén, una fuente

una pequeña plaza del Jerusalén nuevo hay una fuente. Es muy simple. Diez o urtidores saltan al centro de un pequeño estanque. En la noche se iluminan con

res eléctricos. Una fuente así es posible que pueda verse en cualquier ciudad del Con todo, el extranjero que pasa por este lugar encuentra en ella algo mágico que a a detenerse. Se pasan quince minutos viéndola, y luego uno no querría continuar no. Los niños de Jerusalén vienen por las noches a ver saltar el agua. Ha sido o hacer una pequeña defensa para que no se metan en el estanque. En un hotel que e a la placita hay un salón de paredes de vidrio. Los viejos se sientan allí a ver el e los surtidores. Hasta los ciegos se detienen a oír la música de las espigas líquidas uiebran en el aire.

nvengamos en que la fuente es original. Los surtidores brotan todos de una a isla mecánica sumergida. Un juego de mecanismos caprichosos hace girar, zarse, los surtidores como una ronda de juncos transparentes en una danza que e concluye. Unas veces la fuerza de este ingenioso juguete hace que los surtidores ten varios metros, finísimos y esbeltos, y otras que se agachen y se doblen hasta apenas como las hojas de una planta de vidrio, que se llena de flores de colores s, según las luces cambiantes de los reflectores. Así, unas veces se alzan a las los diamantes en su altiva vara, y otras se inclinan humildes topacios, rubíes, esmeraldas saltando de la canastilla de aguas a la bandeja líquida. Con más gracia mpen las aguas en ningún otro lugar del mundo. Pero fuentes, después de todo, las mismo en una aldea española que en Nueva York sofisticada, las hay en Roma, del Renacimiento, o en Berna metida en su cantón, las hay en Londres brumoso o lla con el corazón traspasado por las espadas del mediodía. Fuentes hay en todas asta en Tunja o en Fontibón. Sólo que en Jerusalén. . .

a Jerusalén nueva es de piedra, lo mismo que la vieja. Cuando dijo el profeta que aría de ella piedra sobre piedra, indicaba que todo se acabaría, porque no hay un ro que no sea así, de piedra. Después de cada castigo, las piedras de la ciudad , y volver a parar a Jerusalén era colocar de nuevo cada piedra en su muralla. Así, tros tiempos, Jerusalén es una flor gigantesca que parece tallada en la roca, en una e tiene color de pergamino y de rosa, dura como los momentos más terribles de su y, al mismo tiempo, con la flor de la resurrección por dentro. Pero flor de piedra, n de roca, y seca, vecina a la leyenda de los cardos, de los espinos y de las espinas. l centro de esta roca brotan las varas de agua, es algo como el milagro de las s. Con todo, la gente que se detiene a ver saltar el agua, a oírla, y a gozar porque llan las luces eléctricas en sus chispas de Bengala, no está haciéndose estas nes. No piensa que asiste a un milagro que no es ni siquiera un milagro. Todo se a que se ha llenado un estanque con los recursos elementales del acueducto, y se ha o en el centro el mecanismo de un reloj de aguas para que salten los chorros y se l tiempo. Total: nada.

al: magia. Una noche, estando al otro extremo de la ciudad, un amigo nos dijo: nvido a que vayamos a la fuente". Lo dijo, naturalmente, como quien invita al al bar o al salón de té. Subimos a su automóvil, recorrimos de punta a punta n, y viendo saltar el agua pasamos una de las medias horas más felices de nuestros os de Jerusalén.

Iconos, vodka y champaña

Mis deseos de visitar el templo de la iglesia rusa ortodoxa de Jerusalén se habían frustrado muchas veces. Sólo hay servicios, muy de mañana, los domingos. Pero bastó una llamada a la casa del patriarca para que nos abrieran las puertas del templo. Eran las ocho de la noche. Nos acompañó el diácono, Nicolai Dimitriev, un hermoso gigante de veinticinco años. La sotana azul le caía tan bien, como el uniforme de un noble de la vieja Rusia, como la capa de un cosaco. Tenía una mirada limpia, casi infantil y una piel fresquísima. Su placidez no alcanzaba a turbarla la pena de tener a su mujer en el hospital, por causa de haber comido algún alimento viejo. "Esto hace un mes —nos dijo— pero en la semana próxima estará de nuevo en casa".

La iglesia hace centro a un cuadrado de edificios que pertenecen al patriarcado. Como los rusos ortodoxos en Jerusalén no pasan de ciento, la iglesia es un lujo casi inútil. Las casas en torno las ha dado en arrendamiento el patriarcado al gobierno de Israel: una buena renta que se cobra con religiosa puntualidad. El templo es imponente. Lo construyeron los zares. Sólo la gran lámpara del centro tendrá cuatro metros de radio. Los iconos que decoran el fondo del altar son riquísimos. Algunos, de un metro de alto, son sólidas láminas de oro finísimo, labradas a maravilla, que muestran en estuche de gran riqueza el rostro de Jesús o de la Virgen, y sus manos, ya oscurecidas por el tiempo. No hay nada más deslumbrante que esta joyería de las iglesias ortodoxas. Los estandartes son de plata labrada. Además de los iconos tiene la iglesia algunas pinturas interesantes. La Trinidad está representada por la visita a Jacob de tres ángeles idénticos. Es una Trinidad tomada del viejo Testamento. No vimos ninguna representación del paraíso, ni preguntamos por

ella. Para el diácono Nicolai Dimitriev, el paraíso es la Unión Soviética.

Contemplábamos la Santísima Trinidad cuando mi mujer vio una araña peluda, diez centímetros de pata a pata, y de una especie que tenemos por muy venenosa. El diácono, gentilmente, la aplastó bajo su bota, sin explicaciones. Luego, agregó: "Vamos a la casa del archimandrita a tomar un refresco..." La vieja que cuida de las luces y el aseo del templo fue restituyendo sus tinieblas a las naves. Salimos. Se echó la llave a las puertas. Cruzamos la plaza camino del palacio patriarcal. Una media luna, turca y blanca, resplandecía en el cielo límpido de azul acero. Varias estrellas.

Nos esperaba el archimandrita, un bello sacerdote de barba crespa de azabache, de veintiocho años —al mismo tiempo frescos y maduros—. A no ser por el celibato impuesto a los monjes, sería el hombre irresistible. Su juventud resaltaba aún más entre los amplios pliegues de la sotana negra. Llevaba una cruz de oro sobre el pecho, del tiempo de los zares. Ancho sombrero de embudo ceñido a la frente, y la cara encuadrada entre crespones. Nos mostró el pequeño museo de iconos del palacio. Luego, con los modales más finos, nos invitó a tomar un refresco. En la pequeña mesa redonda había vinos y licores, vodka y champaña, galletitas cubiertas de caviar y salmón rojo, frutas, golosinas. Y se nos fueron las horas.

Mantiene la iglesia en estas reuniones íntimas el espíritu extremadamente obsequioso de la hospitalidad rusa. Había vinos griegos, israelíes, italianos, españoles, pero lo de rigor, lo que no se discutía, era el vodka. El monje brindaba a nuestra salud, nosotros a la suya, y así pasábamos del caviar al salmón, del salmón al caviar, y del vodka al vodka, en un edificante intercambio de cortesías. El monje nos resultó un admirable catador de las delicias que formaban en la mesa la pirámide de un banquete en miniatura. A la hora del champaña, después de varios brindis, nos enseñó una novedad: agregar a la copa de champaña una pequeña cantidad de coñac. Sólo los rusos conocen estas fórmulas. Me acordaba de un cuento de Gogol, que leí en mi juventud, donde se hablaba de los mujiks que tomaban los vasos de vodka con unos granos de pólvora. En este

caso, nuestra imaginación no fue más allá de los iconos, y el monje nos demostró cómo puede llevarse con todo equilibrio un agasajo de las dimensiones del suyo. Para despedirnos —y trabajo nos costó dejarle— nos ofreció el libro de la Iglesia Ortodoxa rusa, en donde está muy claramente expuesto cómo la iglesia nunca gozó de tanta libertad como bajo el régimen de los soviets. Casi llegamos a convencernos de que Dios aparece en Rusia el día de la revolución, y ese día es el de mayor gloria de la iglesia. Abriendo al azar el libro, encontramos párrafos como éste:

"Las leyes zaristas excluían en absoluto la libertad de conciencia. Sólo con la victoria de la gran revolución socialista de octubre se puso fin a la secular tutela política de la autocracia zarista sobre la conciencia de los ciudadanos. Al instaurarse el poder soviético la iglesia fue separada del estado y la escuela de la iglesia, estableciéndose una verdadera libertad de conciencia y una auténtica tolerancia religiosa".

Nicolai Dimitriev, el diácono rojo de la sotana azul, no quiso que regresáramos al hotel sino llevándonos en su automóvil. Uno de los mejores automóviles que se pueden ver por las calles de Jerusalén. No quería tampoco que llegáramos al hotel sin tener antes las mejores vistas de Jerusalén, desde los miradores mejor situados de la ciudad. Y como la luna estaba muy hermosa, el deambular fue una delicia. Sólo se interrumpió un cuarto de hora mirando saltar los surtidores en la fuente nueva que está vecina al palacio de las sinagogas. En síntesis, hallamos que la iglesia ortodoxa ruso-soviética tiene una atracción irresistible.

Una historia en ladino

a Verdad'' es un diario de Jerusalén que se anuncia así: "El único jornal popular diente en judeo español". Como los diarios ladinos de Estambul, ha adoptado una fía que se aparta de la nuestra al extremo de que el periódico hay que leerlo en voz a darse cuenta de ciertas palabras que desconcierta a la vista. Refiriéndose al costo ida, dice, por ejemplo, "La Verdad": "Los presyos pujan y pujan: todo karo rte de guevos, patatas i pechkado bivo". En Israel, académicamente se estudia el en el Instinto de Filología de la Universidad, que lleva publicadas obras notables s colecciones de romances antiguos en donde se encuentran flores del cancionero conoció Me- néndez Pidal. Pero para el uso popular de la población común, la que do de Salónica o del Ghetto de Londres, de Estambul o de una aldea de Rumania ún se habla el castellano viejo, está "La Verdad". Para que el lector pueda a su proximarse a esta faz de la lengua y de la vida ladina, basta recortar la historia de r que dejó a un pescador de Tiberíades, y del pescador que a toda costa quiere de nuevo con ella. He aquí el texto que aparece en "La Verdad":

a polissia y otros voluntarios se metieron en buchkidad detrás de la nombrada Gila ni mujer de un pechkador de Tiverya.

isde tres semanas ke la polissia esta buchkando a Gila Nahmani eya desparesyo de . Kere dizir de la kaza de su marido. Gila Nahmani esta prenyada de 5 mezes, i polissia la esta buchkando.

ila se kazo antes dos anyos kon el nombrado Chelomo Nahmani denpues de 10 le kazados eya paryo una linda ijika, marido i mujer bivian muy horozos, ansi se mezes de nasinmiento de la tchika, ma un dia la ijika aedada de so lo 8 mezes nazina i malorozamente muryo.

a piedrita de sus unikas ijas regladas de 8 mezes atristo muntcho a Gila i a su Chelomo Nahmani, ma eyos kontunearon a bi- vir en un buen entendimiento i

ila kedo otra una vez preñada y su marido que es un pechkador de Tiverya ava a azar todo por kontentar a su kerida mujer. Antes 3 semanas en lo que Gila a preñada de 5 meses súpito un día eya salvo de kaza y no torno más.

marido konto ala polissia lo sigyente.

ada semana mi mujer salia un dia de kaza dizia ke se va ir a Nazaret para merkar-
dos, ala tarde eya tornava sin kalsados i kon las manos vazias ansi esto serepeto *4*
s. Una semana antes ke eya despareyera la tomi la yevi en un magazen de Tiverya
ki kalsados.

asando una semana eya otra una ves dicho ke kere irse a Nazaret para merkarse
par de kalsados, aksepti, akel dia salyo i mas no torno. No se la razón por ke
- syo i on de desparesyo, no le mankava nada en kaza, tenia todo.

povero marido rogo de los jurnalistos de puvlikar esta yamada i el dize a su mujer

nde keres ke to topes, onde keres ke estes, Gila te rogo no destruygas mi fruto que
n tu tripa, tomate en kaza te vo4 perdonar".

Tres falcones van bolando

ttias ha publicado en el *Romancero Sefardí* romanzas y cantes populares que
recogió de boca del pueblo en Salónica, o copió de viejos manuscritos. Se
uno de los capítulos de mayor encanto de la poesía universal. Al azar, tomo de los
es de su libro, uno: *Tres falcones van bolando,* que ilustra el tesoro de esta obra, de
esonancias para nosotros:

LCONES VAN BOLANDO

ones van volando
menas del rey,
n qué comeres,
n qué beber.
n en un castillo,
e oro es.
o d'aquel castillo
noza gorné,
a la turcuesca
ojica a la sien.
das elguengas
arcañal del pie.
anico curto,
al kafité,
ica delgada,
vea el pie.
durica estrecha,
reventa el pie.
re no la daba
ni por haber,
y al jugo
de ses y bes.
el moro Franco,
ranco aligornés.
a blanca niña

de dos en tres.

é lloráis, blanca niña,
de dos en tres?
por el vuestro padre,
inero es,
por vuestra madre,
ndera es,
por vuestros hermanos,
ti a todos tres.

o por padre y madre,
s hermanos tres,
la mi ventura,
quién ha de ser.
a ventura, mi dama,
o lado la tenéis.

a el moro Franco,
ranco aligornés,
éis vuestro cuchillo,
uchillo del bel,
orto de mis trenzados
mo fina tres,
ndaré a mi madre,
gre de mi bien.

nco sin malicia
uchillo del bel.
con malicia,
jó por el bel.

La víspera del sábado

a vez he llegado a Jerusalén en la no- che del viernes, cuando todo está muerto. En s se ha apagado el fuego, los teatros se cierran, rara vez se oye pasar un automóvil. noche de luna llena. El aire, seco y fino. "Por los cielos silenciosos, infinitos y o, esparcía su luz blanca". Es así como deben verse las colinas en el camino que Aviv llega a la ciudad del rey David. Unas colinas de piedra que toman en la noche calavera. No se inclina la pluma de un ciprés.

salido con mi amiga de siempre, con Rachel, a ver, desde la terraza del Hotel Rey a muralla, la torre. No las veo como la última vez que estuve en Jerusalén. Los ci- del jardín del hotel han subido tanto, que todo lo ocultan. Suben los cipreses y silencio. Rachel me dice: "¿Sabe qué era este lugar, antes de construirse el hotel? egaban las caravanas, aquí descansaban los camellos, los beduinos. Historias. . . abe que detrás de la cortina de cipreses está la torre donde pudo cantar sus as el rey David. Y no muy lejos de la torre, la tumba. Desde el segundo piso viéndose. Si ahora tenemos la cortina de cipreses es porque en Israel siempre los paisajes.

ando alumbra en el cielo la primera estrella, los judíos apagan el fuego. Sacan a la s taburetes y se reúnen, en familia, silenciosos. A ver la calle parada, quieta. En ras de Jerusalén, saliendo por las colinas de la ciudad universitaria, está el Hotel d. Un hotel que tiene servicio regular de helicópteros para los clientes que llegan puerto de Tel Aviv. El edificio, con un gran *hall* de paredes de vidrio, domina rdines, con campos de deportes de bolas y una fuente ornamental. La fuente, en la se ilumina con luces eléctricas de colores. Solitario, este lugar tiene una atracción ble. Vamos a cenar al Holyland. El administrador nos recibe con toda cordialidad nífica lengua española.

s comedores del Holyland están animadísimos. La cadena de los supermercados ha ido la costumbre de ofrecerle a sus empleados fines de semana en este hotel. , se rifan entre los clientes fines de semana. Esta noche, además de estas gentes, familia que celebra los cuarenta y cinco años de matrimonio. Las nietas, que van doce a los quince, lucen diademas de flores naturales. En cada mesa, al final de la entona un canto religioso. En la de las bodas, se cantan coplas a cada uno de los antes.

n las once de la noche. Tornamos a la ciudad. Sólo se ven por las calles grupos de

hos que regresan a los hogares después de una fiesta de viernes. Luego, todo . Amanece el sábado. Silencio. A las ocho, a las nueve, van sacándose los s de las casas a los andenes. A sentarse. A ver la calle parada, quieta. A veces, fuera una máquina de la policía pasando revista, corre un automóvil. El ruido que borra lentamente. El sol resplandece en el aire seco y fino, como en la noche la es todo. Viernes, sábado.

Eichman en la trampa

25 de abril de 1944, este Joel Brand que atraviesa la sala de la corte en Jerusalén y a en el banco de los testigos, se entrevistó con Eichman por primera vez, en una ón del hotel Majestic en Budapest. Ahora, los dos vuelven a encontrarse frente a Eichman ya no está, como en Budapest, ostentando flamante uniforme, sino como a que cayó en la trampa de vidrio. Lo vemos reducido a un pobre ser humano. icante. Viste como vistió cuando no era sino un vendedor de gasolina.

l Brand, ancho de espaldas, fornido, rubio, pecoso, va relatando palabra por cuanto ocurrió hace dieciocho años en el Majestic de Budapest. Repite las duras ones que le imponía Eichman cuando le propuso el cambio de "sangre por cías". Imita los mismos gestos, repite las mismas palabras: "¿Sabe usted quién soy

estado al frente de la Aktionen en Alemania, Polonia y Checoslovaquia. Ahora le curno a Hungría. Sé sus relaciones con el comité judío internacional y veo que con uedo negociar. Sangre por maquinaria, maquinaria por sangre. ¿Qué tipo de judíos ¿Mujeres que puedan criar? ¿Hombres capaces de engendrar?

hman, pálido, inmóvil, sin mirar ni un instante al público, con los labios delgados filo de un cuchillo, tenía ante sus ojos —que no parpadeaban— al mismo pobre quien con esas palabras azotó en 1944. Para Eichman esto tiene que ser como una a. Su convicción de que podría exterminar como ratas a los judíos se ha cido. Ahora lo asalta la imagen de una república que a los trece años de vida es las naciones más admirables del mundo. Una nación que lo ha cazado, lo ha en una trampa de vidrio, y va a juzgarlo con todo el orden de la corte más correcta do.

ando comienza la sesión de la corte —los jueces llegan siempre a la hora exacta— mundo se pone de pie. Eichman es el primero en hacerlo. Se levanta como movido resorte, junta los talones, se cuadra al estilo de un recluta prusiano. Es una ha con servilismo. Hace dieciocho años no era sino el pobre diablo que de repente con traje de oficial, estrenó autoridad, y pensó hacer la grandeza de Alemania ndo judíos. Un nazi, para su mentalidad enfermiza de triunfador envalentonado, ataba lo mejor de Europa y del mundo, y lo que quedara fuera del nazismo, porquería. Le nació esta singular filosofía en el repentino ascenso de vendedor de , a gran oficial del Reich. Ahora, no es sino el fugitivo que huía como una rata, el que camina, a quien obligan a repasar paso a paso la historia de su propia vida.

hman le propuso a Brand en el Majes- tic: "Le cambio judíos por camiones. os judíos tengo? No sé: hagamos un negocio redondo por un millón. Le doy cien or camión. No me interesa dinero, ni cosas fabricadas en Hungría. Váyase usted a ul, conéctese con su gente, y mande camiones. Que sean buenos camiones, os por nosotros. Si agrega a eso ciertas cosas como café, té, jabón, se le aceptarán to. ¡Váyase! ¡Lo llevaremos hasta el avión!''.

e negocio, que dejó pequeñito a Sheylock, tenía su trasfondo. El pobre Joel Brand ropuesta mientras le llegaban noticias de lo que ya estaban haciendo en los campos

concentración. Asesinatos en masa. Su cuñada y la familia de su cuñado, ya caído. A Brand se le dejaba salir, pero dejando como rehenes a su mujer y a su os camiones representarían la esperanza final, y había que intentar en el mundo a salida única.

dos sabemos lo que luego pasó. O se está sabiendo ahora a través de este juicio. En ul los ingleses no admitieron la propuesta. No dejaron que Joel Brand buscara es americanos para salvar judíos. Eichman, enfurecido ante el fracaso del negocio, otar quince veces a la mujer de Brand. Cuando Eichman le decía a Brand: "Si nos un poco de jabón se lo agradeceremos", estaba jugando con la insinuación más a: de la grasa del judío muerto, Eichman hacía jabón para tener limpios a los nazis. el azar y la fortuna, y los designios de Dios, han podido salvar a los dos actores ma del Hotel Majestic y colocarlos otra vez frente a frente, aquí en la corte de n.

cómo! Hay en la sala seiscientas personas que todos los días siguen en silencio, los jueces acepten la más leve manifestación, el proceso. Son judíos cuyos padres n en los campos alambrados. Ni uno solo deja de tener en la historia de su familia erdo de uno que murió por obra del pálido, inmóvil, insignificante vendedor de que está ahí en la trampa de vidrio. Joel Brand, mirando fijamente a Eichman, le tido sus palabras: "Yo le ofrezco vagones de judíos que le despacharé como cía alemana, a cambio de camiones".

Eichman no sale ahora de su asombro al descubrir que los judíos no eran cosas es humanos, y que como seres humanos, le han traído para juzgarle en una forma un nazi jamás pudo concebir que pudiera realizarse un juicio.

Un drama en la Corte

sesión de ayer iba a ser notable en el juicio de Eichman. Por primera vez se a el verdadero nombre de un novelista famoso: "Ka-tzetnick", autor de ndra", "El *tele]* adelantado" y "Casa de muñecas", obras popularísimas, as a varios idiomas. Desde hoy sabemos que "Ka-tzetnick" se llama Yehiel Cuando el fiscal le preguntó por qué había adoptado el seudónimo de tnick", De-Nur se mostró visiblemente inquieto. Ka- tzetnick es una palabra por las dos primeras sílabas de la palabra Konzentrátrio- lager (campo de ración, en alemán) y el sufijo "nick", que en eslavo designa a las personas de con su profesión.

o, señor Hausner —dijo De-Nur—. Ese no es un pseudónimo. Ni yo me tengo por e nada. Ni he hecho literatura. Yo he escrito, simplemente, la crónica del planeta witz... "

-Nur es un sobreviviente del campo de concentración de Auschwitz, y ha lo al fiscal:

sé dos años en el planeta Auschwitz. Allá el tiempo no es como aquí en la tierra. acción de segundo se mueve a una velocidad distinta de la que usted conoce. Los s ni vivían ni murieron de acuerdo con las leyes de la tierra. Se llamaban tnick, número..."

llegar a este punto, el novelista levantó el brazo y mostró su número: "Yo era nick, 135.633".

fiscal trató de producir en este momento un choque en el novelista. Tomó un de rayas azules —el mismo que llevaban los prisioneros judíos en Auschwitz— y "Vestían con esto, ¿verdad?".

ver el traje, el novelista se espantó. Y se vio precipitado dentro de su propia dentro del pavoroso mundo de sus novelas —que no son novelas— y exclamó:

se es el traje del planeta Auschwitz! Y yo creo con la mejor fe del mundo que ntinuar llevando el nombre de "Ka-tzetnick" hasta que la humanidad se subleve crucifixión de todo el pueblo judío, para protestar contra esta maldad, como se por la crucifixión de un solo hombre..."

egar a este punto, ese hombre que ha escrito en silencio, escondido, las cuatro se encontró deslumbrado bajo los reflectores del mundo que asiste al juicio de n. Se sintió frente a frente a ese hombre inmóvil que ve recrear todos los días el el exterminio hebreo, que él perseguía metódicamente.

los veo, los veo, los veo. . .!" Comenzó a gritar desesperadamente De-Nur. Los el fiscal, el público parecían azotados por los gritos del hombre que estaba dose de sus novelas. "Sí —gritó, y se levantó de la silla—: ¡Sí; ahí están los os: vienen a llevarme a la cámara de gas...!"

ó de serenarse. Se llevó las manos a la cabeza, queriendo espantar el vértigo. a sentarse. El fiscal trató de calmarle: "Un momento, amigo De-Nur, quizás usted mitirme hacerle unas preguntas. ..."

Nur hizo un esfuerzo —inútil— para contestar. El juez Landau trató de ponerle en Señor De-Nur, le ruego atienda lo que le pide el fiscal. ¡Señor De-Nur, óigame!"

Nur se levantó de nuevo. Todo el cuerpo le temblaba convulso. Trató de dar un se derrumbó. Como si hubiera muerto. Una impresión de espanto corrió por la e- Nur no volvió en sí sino muchas horas después, en el hospital. . .

un hombre siguió toda la escena sin que el más leve gesto denunciara en él la más emoción: Eichman. Ni siquiera un parpadeo, ni la contracción de una mano. Así

El fin de Eichman

nte muchas horas miré con ojos fijos a Eichman en su caja de vidrio. En las ias me colocaba a poca distancia de su banquillo, y trataba de registrar cualquier or insignificante que fuese, que pudiera indicar una reacción suya. Nada. Cada vez testigo presentaba ante los jueces nuevas informaciones sobre la matanza colectiva udíos en los campos del nazismo, Eichman permanecía inmóvil. Ni ante los hechos máticos le vi nunca parpadear. No se le contraía un solo músculo de la cara, de las De cuando en cuando se llevaba un pañuelo a la nariz. Tendría un leve resfriado, y todo. La película que se desarrollaba ante sus ojos la miraba como un ausente. El sus manos las vidas de unos cuantos millones de judíos, y los mandó al otro porque, para un nazi, un hebreo no era un ser humano, sino una cosa que podía se para hacer jabón. A su modo de ver, concediendo que aquello hubiese sido un no era suyo, sino de los grandes jerarcas del partido. Eichman, hasta cuando le vi, había hablado. Su defensor lo hacía por él, sin promover alegatos. Apenas objetaba en las declaraciones de los testigos. Muy de vez en vez, Eichman pasaba algún al defensor. Para el defensor, Eichman sólo había sido un instrumento, una enta. Ahora bien: como herramienta era duro y frío. Cada vez que un testigo ba sus declaraciones, Eichman escribía dos o tres palabras en una libreta de Como puede hacerlo en la tienda el empleado que registra una nueva partida en de contabilidad. Lo que decían los testigos eran hechos concretos, pedazos de las istorias que nos han quedado de aquellos campos de exterminio en donde un soberbio se constituyó en árbitro del juicio humano más macabro que recuerde la de los hombres. Eichman seguía esas historias que, sumadas, eran la suya, no con ción contenida, sino con la emoción ausente. Era ya un muerto. Entre ese muerto vi, y el que ahora resulte como consecuencia de este larguísimo proceso, no creo a diferencia mayor. De hecho, Eichman ha podido ser uno de esos hombres de que vienen al mundo con un pedazo del alma muerta. Yo le veía escribir en la unas palabras como balance de cada testimonio, y pensaba: Así escribiría en otro "Hoy salieron en el tren que va al campo tal, 20 vagones con 500 hebreos en cada tal: 10.000". Sin una sonrisa de ironía, sin un gesto de asco, sin un error de ía. Siempre con la misma letra exacta, preocupado apenas de que tuviera tinta la áfica, o la punta del lápiz bien tajada. Esto, esto último, sí era importante. Miraría punta del lápiz como su pequeña obra maestra: se pasaría la mano por la cara y aría que estaba bien afeitado; bajaría los ojos a los zapatos, y los hallaría bien

s. Esos pequeños detalles, en la vida de un hombre que extermina, valen más que íos despachados para la cámara de gas.

man trabajó los detalles más refinados de un cementerio tan grande que resultó r a su propia imaginación. En torno suyo, desde la caja de vidrio, veía las cenizas nombres que redujo a jabón, formando un gran desierto. El papel de los testigos a en sacar de esa llanura lunar esqueletos para que hablaran. Hablaron. ¿Cómo rlos Eichman sin inmutarse? Nacido para la obediencia, seguía atado a las sombras " muertos, es decir: las de sus generales muertos. Cogido en la trampa, apenas ó, como justificación, como disculpa, eso: las sombras de los muertos generales. A mbras se acogía respetuoso, sin atreverse, claro está, a agarrarse desesperado. Sin e rompiera la punta del lápiz, sin incurrir en un error de ortografía.

qué masa era este hombre que ni frente a sus crímenes, así revividos, parpadeó?

EL TESTIMONIO HUMANO

Memorias de Moshé Tov

muy lejos de Tel Aviv vive, retirado, con Ruth, su segunda esposa, aquel Moshé uerdo de nuestra vida en Nueva York, cuando él luchaba por el reconocimiento de en las Naciones Unidas, y nosotros —centenares de latinoamericanos— no o hablar en nuestra tierra, allá denunciábamos las dictaduras de nuestras patrias. íos se movían entre la lucha y la esperanza. Los latinoamericanos entre la libertad edo. Algo de común había en todo esto, y Moshé era para nosotros un ejemplo de y de fe. Nacido en Argentina, era orador, el mejor orador de aquellos años, en en hebreo o en inglés. Buena parte de los votos que decidieron la admisión de ueron latinoamericanos, y esos, uno a uno, los trabajó Moshé en circunstancias las íciles. Tenía que tratar con la Argentina de Perón, la Cuba de Batista, la Venezuela z Jiménez, la Colombia de Urdaneta Arbeláez, la Dominicana de Trujillo. . . Le a la desbordante opinión pública, el apoyo popular que sobre todo era patente en ia Argentina, pero se necesitaba ser un luchador, y Moshé lo era como pocos. Hoy entro recobrándose de un choque mortal, pero entero. Acaba de entregar a una de Jerusalem sus memorias. La edición original será en español. Cuando entro a Moshé, como cuando camino por todo Israel, me siento como en mi casa, por el La gente me pregunta en Bogotá en qué idioma hablo cuando voy a Israel. . . No ar en donde no haya quién hable mi propia lengua, ni centro donde no se pueda na conferencia en español. Un español que viene desde el de los ladinos de truje y , hasta el argentino puro de Moshé.

o de Israel hay eso de único. En la mesa del gabinete se encuentran ministros en Kiev, Varsovia, Londres, Colonia, Brooklyn, Montevideo o Santiago de Chile: fueran unas pequeñas naciones unidas por algo más íntimo que lo de los grandes cio de Vidrio de Nueva York. Moshé, que fue amigo lo mismo de Ben Gurión que la, que hace veinte años me abrió el camino para verlos a ellos lo mismo que a Buber el gran filósofo, me mostraba a lo vivo cómo no eran tan grandes las as entre nosotros y ellos. Pero hubo en él algo simbólico. Tuvo, estando en Nueva idea y la pasión de que el español fuera lengua oficial en las Naciones Unidas. Y gró. Quizás le empujó a llenar este vacío la circunstancia de ese Israel que iba a

e una Torre de Babel invertida donde iban a fundirse muchas lenguas, entre las a nuestra era de las mejores. Cuando lo del español que Moshé reclamaba se aquello fue fiesta hispanoamericana.

fiesta la celebramos nosotros en casa de los Radunski, otros argentinos. Rachel, entonces con Moshé —argentina también— era de familia cercanísima a los oin. Entonces Daniel tenía doce años o poco más, y surgió a esa edad como estrella era magnitud en Nueva York. La primera vez que tocó en el Carnegie Hall la a de Toscanini, después de su muerte, fue en un concierto fabuloso en que Daniel piano, dominando a toda la orquesta, en medio de la admiración universal. Había trabajo e ingenio ajustar la altura de la butaca al piano que iba a tocar el niño con sorprendente alarde técnico. Después del concierto celebramos el triunfo donde los ki con champaña. Daniel, tirado en la alfombra, tomó Coca-Cola. En la mañana cierto había ido al cine. Película del West. Enrique, su padre, maestro de música, le nseñado el método de trabajo para el aprendiz a pianista: no consiste en tocar y no trabajar con la memoria. Hoy Daniel es el director de la orquesta de la Opera , y uno de los músicos mayores del mundo. . .

cuerdo todo esto para explicar un poco las cosas de Moshé. Era en esas tertulias e encendía la llama de la otra y nueva Jerusalem liberada, con un sentido de pasión al. Me dijo Moshé un día: Usted tiene que ir a Israel. Por eso fui la primera vez. é un país en donde Ben Gurión estaba entregado a leer el Quijote, Rodríguez gat el uruguayo y Díaz Granados el guatemalteco, se habían ganado la gratitud de elíes por sus intervenciones en las Naciones Unidas. Costa Rica, Venezuela y ia tenían sus embajadas en Jerusalem y no en Tel Aviv como querían los europeos. on sus ladinos al fondo y los latinoamericanos en todas partes era como un pedazo tras luchas. Al fondo de eso estaba ese argentino judío llamado Moshé Tov.

El hombre que inventó una nación

una aldea insignificante de Rusia, en Motol, nació en 1874, de una familia era de judíos, un hombre destinado a discutir frente a frente con Lloyd George, con con Churchill, el más fantástico proyecto de nuestro siglo: la creación material de lo para un pueblo que llevaba dos mil años de andar por todos los continentes con a cuestas. Chaim Weizmann hizo en la aldea la escuela elemental, pasó luego a la técnica de Minsk, y de allí a las universidades de Friburgo, de Ginebra, de Berlín. genio de la investigación científica. A los treinta años le nombraron profesor de ersidad de Manchester, y cautivaba por el maravilloso uso del inglés en sus s. Autores británicos colocan a Weizmann entre los más grandes oradores ingleses siglo. Pero su punto de partida era la ciencia. Cuando estalló la primera guerra, ra encontró en él a un sabio que supo darle con sus descubrimientos buena parte ctoria. Weizmann tuvo entonces la posibilidad de pedir lo que quisiese: pidió hacer stina una república judía. Cuentan que Balfour llegó alguna vez a Manchester en de lucha electoral, y aceptó conversar por quince minutos con Weizmann. Se on en un cuarto del hotel. A la hora y media, Balfour salía poseído por el espíritu de los aldeanos de Motol.

justicia del pedido de Weizmann era inobjetable. Por veinte siglos los judíos,

errantes, echados de la tierra en donde habían hecho una historia que a diario mos lo mismo judíos que cristianos, aferrados a su biblia, vagaban por el mundo, a toda suerte de humillaciones, de discriminaciones, de persecuciones. Pero, darles precisamente a Palestina donde los árabes se movían como por su propia generaciones atrás? Chamberlain propuso una transacción: Ofrecer Uganda a los Lo hizo cuando dentro del movimiento sionista se había producido una división ilitaba la posición de Weizmann. En una conversación con Balfour, hablando en amistad confidencial, le hizo Weizmann esta pregunta a Balfour: "¿No le ía a usted cambiar a Londres por París?". El británico respondió sin vacilar: "No: es la capital de mi patria". Y Weizmann: "Jerusalén ya lo era de la nuestra cuando no pasaba de ser un peladero".

a Weizmann, antes que la república, debería ser la universidad. Un estado está so- a las contingencias de los choques internacionales, de las crisis internas. La ciudad ritu escapa a todos los zarpazos. Peregrinando por el mundo, los judíos sin tierra, no fijo, sostuvieron su espíritu recordando las enseñanzas de los sabios de ia y Jerusalén, de Maimónides y de Gaon de Vil- na. Problemas sociales osos acosaban a los judíos en los días de Hitler y de la invasión rusa de Polonia. o parecía imponerse en primer término. Pero Weizmann quiso hacer primero la dad. Ya la tenía casi lograda antes de la primera guerra: estalló el conflicto y su uedó envuelto en llamas. Vino la paz, se puso en vigor la declaración de Balfour, y eron recursos diversos para levantar la universidad en Monte Scopus. Se decidió la ación. Fue la primera gran fiesta de los judíos en su tierra. Los grandes de ra estaban presentes: el general Allenby, Sir Herbert Samuel, Lord Balfour. a y una universidades del mundo enviaron sus representantes y veinte academias.

bios de Francia y de Inglaterra realzaban el acto y lo vestían con sus togas
icas. El pueblo se apretujaba en la carretera que lleva a la cima del monte. Abajo,
rama era imponente: la vieja ciudad amurallada con sus templos sagrados y su
de los siglos. Lo único que no había de la universidad eran los edificios. Todo se
a montones de piedras y ladrillos. Weizmann decía: "Primero inaugurar, después
ste es el camino indicado por los profetas". Lord Belfour se volvió a Weizmann
terminada la ceremonia, y le dijo: "Lléveme ahora a los edificios". Weizmann
ba más tarde su embarazo cuando salió de brazo con el británico y le fue
do: "En este pedazo se levantará la escuela de ciencias, allí quedará la biblioteca,
es para la escuela de medicina..."

ro que esas palabras en boca de Weizmann no eran broma. Se levantaron todos los
s, la biblioteca se enriqueció con medio millón de obras de valor inapreciable, el
surgió milagrosamente como una construcción monumental. Claro, todo ha
el dramático destino de las cosas judías, que aún siguen estrujadas por las
das de un mundo que no se resigna a dar cuartel. La universidad, el hospital, la
ca están hoy en un terreno cercado de alambre de púas. Son una isla metida dentro
do árabe. Pero como por delante de toda esta empresa prevista por Weizmann está
ntad con sus alas místicas, la otra universidad ya está surgiendo en el Jerusalén
on formidables edificios de piedra, y unas aulas más claras, más abiertas, más
que las más limpias, claras y abiertas de ninguna otra parte del mundo.

Rehovoth, donde Weizmann fijó su residencia al instalarse definitivamente en
está el instituto de investigaciones científicas, donde sabios de todo el mundo
en las ramas más diversas: en los departamentos de matemáticas aplicadas, de
es, de óptica, etc., en los laboratorios de investigación de las substancias
trólitas, de biofísica, de química orgánica, etc. Algunas de las investigaciones más
ntes en materia de cáncer, por ejemplo, se adelantan allí. El instituto, situado en
le un jardín botánico, ya tiene un puesto conquistado en el mundo de la ciencia.
nde el visitante se detiene es en el cuartito donde trabajaba Weizmann, al lado de
ratorio. Un escritorio pobre como el de un oficial inferior en un ministerio
nericano, unos estantes llenos de aparatos, la celda de un sabio. Parece que aún se
trás del escritorio, dejando el cigarrillo en el cenicero para responder al teléfono, o
udar al visitante. Había inventado una república, había cancelado una era de veinte
e destierro, había abierto un hogar, había dado una huerta, había regalado una
a los miserables judíos sacados de la Europa oriental, había hecho flotar una
nueva en las Naciones Unidas, y sólo se había reservado un cuartito para estudiar
lazo de tierra donde ahora reposan sus cenizas bajo la mirada amorosa de su mujer

res que riega el cariño de la gente.

El astuto barón Rotschild

día se acercó al barón Rotschild un hombre misterioso que conocía un gran Había descubierto nada menos que los restos del Arca de Noé. El más formidable arqueológico del siglo pasado. El hombre de semejante descubrimiento era todo ergüenza.

uchó la historia con toda la atención. Le pidió al hombre detalles, cifras. No se le de repente. Una exploración científica requería grandes preparativos y cuidados. turero salió de la casa del Barón, en París, frotándose las manos. El Barón llamó a de sabios, y les entregó las noticias. Los sabios estudiaron el caso, y a poco n con su informe. Todo era un cuento, y el Arca sólo estaba en la Biblia y en la el estafador. El Barón recibió el informe, y dijo a los sabios: "Lo que ustedes me no es un secreto". Y procedió a organizar la expedición científica.

bía que pedir permiso al imperio otomano. Se trataba de una de las más grandes as de la ciencia universal. El Barón logró interesar a los Rockefeller. Con los eller, a la prensa americana. La noticia explotó en París. Se trataba de pedir, con la cortesía, las licencias necesarias al imperio otomano para establecer en un cierto e Palestina grandes campamentos. Irían los arqueólogos, trabajadores, peones, ros, médicos, toda una pequeña población de cuyas manos se esperaba sacar a luz os fósiles del Arca. Los periodistas franceses acabaron por soltar la risa. El Barón aído en manos de un estafador. Pensar en el Arca de Noé era como pretender hallar que le dio los racimos para que se emborrachara. El Barón, sin embargo, se a obstinadamente crédulo, y pensaba: "Ríe mejor, quien ríe el último".

aquella época, pensar en llevar judíos al corazón del imperio turco era absurdo. da más lejos del Barón aquello. Él lo único que pidió fue el reservarse escoger familias, médicos. Las exploraciones no podrían hacerse en menos de dos años, y vertía millones en desenterrar el Arca, tampoco era insensato que confiara ese a quienes no fueran gentes de toda confianza. Las autoridades otomanas ron a todo, sonriendo. Es delicioso engañar a un Barón. Y el Barón tendió así su de puente. Mientras el aventurero sinvergüenza del cuento se alejaba con la bolsa de libras esterlinas, el Barón agarraba la tierra de sus mayores e instalaba en ella a le su raza.

gresaban las excavaciones con lentitud desesperante. Los pobres peones,

os, llamaban a sus familias para que les acompañasen. Cultivaban los campos para mejorar sus recursos, iban echando raíces porque el hombre, naturalmente, iempre por hacerlo. Y no queriendo crear problemas con las gentes en torno, legar a sus parientes. El Barón empezaba a sonreír. Lo hacía con disimulo, porque r creyendo en el Arca era la defensa de su pueblo.

ando se viaja hoy por Israel y se pasa por cierta aldea en donde los árboles son os, las casas más antiguas, el aire de conquista más fino, las gentes hablan del gran que fue el barón Rotschild que hace ochenta años colocó allí su cabeza de puente. nseñó, lo primero, a reverdecer la tierra, a plantar los naranjos, a cultivar las rosas. uso sobre los hombros el Arca. Y el cuento resulta doblemente extraordinario y le, porque las gentes pensaban, y hay quien aún lo piensa, que el Barón no era sino uero, sencillamente millonario.

Visita a Ben Gurión

diario de Jerusalén da cuenta del Congreso bíblico que se inauguró ayer. Ben habló largamente sobre algunos pasajes del Génesis en que se refieren pormenores ida de Abraham. Podría ocurrir que en la vida de Abraham se reflejen muchos as de los judíos de nuestro tiempo, y en este sentido la exégesis de Ben Gurión un alcance político. Esto sería mera coincidencia. A Ben Gurión le apasionaban lemas bíblicos como problemas bíblicos. Desafía con sus interpretaciones a todos os en las Sagradas Escrituras, y esto le produce un goce íntimo.

er se discutió en Nueva York, en todo el mundo, el problema de la responsabilidad l en el incidente de la frontera con Siria. Los Estados Unidos e Inglaterra apoyaron ón de censura en las Naciones Unidas. En Jerusalén los diarios publicaron notas das. Ben Gurión, antes de pronunciarse sobre lo de Siria en el Parlamento, se delante de los sabios a comentar unos pasajes del Génesis. No creo que sea común tud semejante en otro primer ministro de ningún país del mundo. No se trata de a. Si alguien le hace cara a las responsabilidades es Ben Gurión. Su discurso en el nto fue una tremenda requisitoria a las Naciones Unidas. Además, anunció que o va a tolerar nuevos ataques a sus pescadores de Galilea. Pero, hombre de una d avasalladora, le agrada batirse en muchos frentes. Y uno de ellos es el bíblico.

* * *

ido a visitar a Ben Gurión cuando hay dos temas en que él figura sobre el tapete:

ra a Israel en las Naciones Unidas y la cuestión de Abraham en el Génesis. Bajo
ble preocupación voy a verle y conversamos por espacio de casi una hora. ¿De
e Cervantes y el Quijote; de Rojas y la Celestina. El Quijote le apasiona. Hablando
vantes le brillan los ojillos con unas chispas de polemista retozón. Él se ha
do a comparar la traducción del Quijote al hebreo con el original de Cervantes. "La
ón es magnífica, me dice. La hizo un gran poeta. . . que quizá no sabía castellano.
apoyarse más en traducciones al francés y al alemán que en el original de
es. En algunos puntos, me comenta, puede ser hasta mejor que el libro español.
otra cosa. Estos grandes libros hay que leerlos en su idioma, si se quiere sacar de
inas todo su valor". Ben Gurión, para leer a conciencia su Quijote, se adueñó del
español. Lo mismo ha hecho, por motivos semejantes, con lenguas muy exóticas.
os de Jorge Isaacs y de "María". Le complace que se haya colocado el bronce de
n la Universidad, pero no piensa jamás leer la novela. "Yo no leo novelas —me
Sólo he leído el Quijote. . . y la Celestina. En realidad, con el Quijote me basta".
va a leer a Andrés Bello porque de Bello le habló Rafael Caldera, y Bello es un
.

mamos un vaso de jugo de naranja. Hablamos de la América Latina. Me declara:
ido, ni pienso ir a la América Latina, porque no hablo español. No basta leer el
hay que hablarlo". No se sometería a los intérpretes. El necesita el contacto
Por el momento, resuelve ponerme a hablar. Necesita saber por qué hay
as en la América Latina. . . Como puedo, se lo explico, pero se lo explico en

este hombre que, cuando se muestra colérico, hace temblar, hay unas chispas de
ncia juguetona que me hacen recordar los ojillos de Sanín Cano. Como Sanín
demás, tiene una frescura de piel que denuncia su salud de maravilla. Se le ve la
a enorme, sólo porque dos grandes mechones de pelo banquísimo le forman, bajo
socrática, dos alas de ángel. Le duplican el tamaño de la cabeza. De estatura, es
o. Pero mira, y crece. Habla, y crece. La carga de sus setenta y tantos años no le
e sobran energías, y, en parte, por eso acomete con la filosofía. En política le
el combate. No logra nunca, y le fastidiaría tener la unanimidad de los sufragios.
z dejó su cargo de Primer Ministro y se fue al kibutz. A cuidar las ovejas, las rosas
rta. Fue un año y medio de cura filosófica. Otra vez, para darse cuenta exacta del
o, se metió en un monasterio por más de una semana, sometido al régimen de los
es. Y así, unas veces de regreso de Cervantes, otras de regreso de Buda, otras de
del kibutz, o de la Biblia, se le ve timoneando la nave de Israel como un genio
ado, burlón, audaz y fabuloso.

La fe de Ben Gurión

e Ben Gurión, con sus ochenta años y su piel rosada, que encuentro otra vez, de tres años de no verlo, en el nuevo y flamante edificio del ministerio, pero que u tiempo entre esta oficina desde donde gobierna a Israel y el kibutz del desierto

le detiene las arenas con los arbolitos que él mismo plantó..., acaba de llegar de navia. Ha estado en Noruega, en Dinamarca, en Suecia, en Finlandia. Es decir, en íses donde se da la nieve como en Israel las piedras y la arena. Con todo, allí los tas hacen algo parecido a lo que Ben Gurión puso como fundamento de su a. El viejo me habla de la organización maravillosa de las cooperativas en esos como para decirme: Vea usted que el sistema es bueno para todos los climas. Yo rdo que Haya de la Torre, que preconizaba algo parecido en sus primeros años de n el Perú, al venir a Europa y a Israel, encontró eso: que Dinamarca e Israel se a mano en las cooperativas. Y a Ben Gurión le brillaron los ojos. El viejo aún a a Haya de la Torre. Hablaron mucho, cuando se vieron, del Quijote. . . y de las tivas.

otro sentido, le interesaba a Ben Gurión la visita al mundo nórdico. El problema ecindades, y de las vecindades difíciles, se parece un poco en Finlandia y en Israel. urión, con sus irrefrenables aficiones lingüísticas, se complace en buscar los os secretos de esa Finlandia que, una vez desprendida del reino de Suecia, ha al modo de los vascos, una personalidad tan propia. Finlandia, culturalmente, es . Está fuera de la familia lingüística de los escandinavos. Dicen que hay en su ario mucho del húngaro. Ben Gurión ha querido comprobarlo y ha encontrado que sí. La lengua es, sí, eslava, pero distante de las otras eslavas. Moliendo bosque y o papel, y hablando distinto, los finlandeses han resistido. No han caído bajo la oso que les baila al lado. ¿Cómo? Ahí está la gracia de su finísimo juego político, propia voluntad de subsistir.

o no he venido a hablar sólo de estas cosas. Mi visita a Ben Gurión es hoy de da, y me he atrevido a preguntarle algo sobre el futuro de Israel. Para ser más sobre el futuro del kibutz. Cuando vengan las nuevas generaciones, y esta d mística que les ha llevado a sembrar de naranjos el desierto se vea delante de un nos hostil, ¿vendrán esas generaciones a cumplir las tareas casi monásticas de uchachos que pueblan hoy los kibutzim? Y otra duda: ¿Se mantendrá la misma n el kibutz cuando éste se enriquezca? Porque el kibutz nace pobre, en la roca en la arena caminante, pero en cuanto echa raíces, ramas, frutas... en cuanto crece. s visto que en diez años pasan a ser empresas florecientes, que montan industrias, cen ricos, poderosos, sin que el hombre que allí vive, en hermandad rigurosamente sta, saque para sí un centavo. Todo queda de propiedad del kibutz. Y los hombres. re son los hombres.

n Gurión no acepta estas dudas. El encuentra que siempre habrá arenales, rocas, sueltas en este diminuto país que sigue limitando con sus desiertos interiores.

e habrá una naturaleza hostil desafiando al hombre, y hombres de fe que acepten el nce muy poco se reunieron unos cuantos matrimonios jóvenes provenientes de la ía enriquecida de Tel Aviv, y frente a la monótona rutina de la ciudad en donde ultiplicarse sus fortunas, decidieron irse a un lugar cualquiera a fundar otra dad. Hablaron con Ben Gurión y Ben Gurión les dio la respuesta que de él podía e: "¡Ahí está el desierto!". Y en el desierto les señaló unas crestas de rocas a distancia del lugar donde el propio Ben Gurión tiene su tienda. Los matrimonios n el consejo. Hoy, ese lugar del desierto es ya —en meses— la última conquista sraelíes. Ahí se levantan casas para unos cien exburgueses ricos, que ya no vienen tuania, ni de Polonia, ni de América, sino del propio Israel... Es el último kibutz. ra allí, ahora mismo, una exposición de arte internacional.

kibutz, dice Ben Gurión, será lo mismo una solución y un atractivo para los s y mujeres de mañana que quieran aunar sus esfuerzos para una obra de ón social, como ayer lo hicieron para construir la república naciente. En el kibutz r se libera de los cuidados de la casa y puede entregar todo su poder creador a algo ede a la rutina de la vida burguesa. La mujer en el kibutz no tiene que estar a al problema de la cocina, de la limpieza de la casa, del cuidado de los niños. El ocina para todos; de los niños se encargan quienes tienen mayor capacidad para el trabajo colectivo soluciona mejor que la mujer aislada estos pequeños as que en la ciudad la esclavizan.

n Gurión piensa que el kibutz no ha surgido como fórmula de emergencia para ei inicial de Israel, sino como un sistema que asegurará siempre al hombre libre la cial más avanzada. Como él ha alternado su puesto de primer ministro con largas das en el kibutz, y como pasa en su kibutz los días libres, así lo hace el presidente greso, y así otros líderes del país. Y lo que reflejan las palabras de este viejo es vicción que corresponde a una vida de experiencias y de fe, que comparten con él des del país.

El presidente Ben-Zvi

presidente de la república de Israel es un profesor de 77 años. Pasa más horas de en la universidad que en la casa de gobierno. Se llama Izhak Ben-Zvi. Es, con Ben de los veteranos en la lucha sionista. Fue de los fundadores, hace cincuenta y seis e la organización sionista en Rusia y de la primera escuela de bachillerato en n. Estudió primero en Kiev, luego en Estambul. Con Ben Gurión inició hace *y* seis años en Estados Unidos el Hechalutz que propugnaba por la colonización de Palestina. Es un luchador, un periodista. Fundó el movimiento sindical y el socialista, pero escribe libros, como "El Libro de los Sarnarítanos".

elemental en Israel, y lo más extraño, es repasar el origen de los ministros, de los arios. El presidente Ben-Zvi nació en Ukrania; Ben Gurión, en Polonia; el rector niversidad, Bachi, en Roma. El vicerrector de la Universidad es centroamericano, n El Salvador. El jefe del departamento latinoamericano en el Ministerio de nes, antiguo embajador en Grecia, nació en Santiago de Chile. Se conversa con el de Finanzas, y se oye el acento de un lituano; Golda Meir, la mujer que está al el Ministerio de Relaciones, habla el inglés que aprendió en Milwaukee; Abba inistro de Educación, el de su universidad: Cambridge El ministro del Interior, viene de Berlín. El presidente de la corte, Oshan, de Londres. Una reunión de e es el consejo de una sociedad de naciones en donde gentes venidas de todas se juntan para conversar sobre una república que inventaron, sacándola de nes de hace dos mil años.

n el presidente Ben-Zvi he conversado primero en la casa presidencial, que es la opia. Cuando le eligieron presidente, dijo: "Acepto agradecido, pero no me van a le mi casa". La impresión que se recibe es la de llegar a donde un padre de familia on sencillez y dignidad, con decencia, con decoro, sin los palacios del gran mundo Por esto no es grande la transición cuando se conversa con él en la universidad. El nte tiene tanto orgullo de su república como de un instituto en donde se estudian uas que durante los siglos de la diáspora mantuvieron unidas a las gentes de su a de esas lenguas en el ladino, o sefardí. Ese español arcaico que se oye hablar en , en Salónica, en Estambul, en Rumania, en el estado americano de Washington, salén. El presidente me lleva a ver los ficheros donde se está trabajando en el gran ario sefardí. Se han reunido las colecciones de diarios publicados en Europa, en en América en esta lengua que viene a revelarnos voces poéticas, perdidas de n nuestro castellano. Ya se ha editado un cancionero con poesías maravillosas del

V, que se olvidaron en España y se siguen cantando en los hogares de los judíos dos de Sevilla. Esos judíos, como han guardado desde 1492 la llave de su casa, servado, con la poesía, la música de la España que fue su hogar. Millares de libros, uscritos, de periódicos, toda una discoteca se han coleccionado, esta vez sí con elo. El sefardí, como el yidish, son lenguas que, al menos en Israel, van a ecer. Hoy, los niños de familias que por cinco siglos han hablado ladino, se inician ebreo y no tienen ya por qué seguir usando esos idiomas un poco clandestinos y sos, que dentro de las naciones más diversas les permitían entenderse entre ellos entendidos por los otros. Un viejo poema castellano les mantenía el espíritu, así an acosados por la presión de unas ciudades en donde nunca se sintieron tan en pia como cuando vivían en Sevilla, o en Toledo.

instituto del presidente tiene, como toda la universidad, estos fondos poéticos que los milagros de la joven república. Si en estas bibliotecas y estudios se lucha ente por salvar las canciones en peligro de olvido, los formidables edificios -—la universitaria de Jerusalén es una de las más hermosas del mundo moderno— son as de piedra en donde las flores avanzan en oleadas como un mar de jardines que re ser vencido por las rocas. No he visto en el interior de ninguna otra universidad rdura. Se llega a los laboratorios, a las salas de clases, se sube por escaleras, se por largos corredores siempre entre plantas frescas. Esto forma la parte gica de un pueblo que quiere ser como un ruiseñor sobre una rama. Nadie lo imaginado hace trece años, y así se va hoy de biblioteca en biblioteca en la casa tuto de las lenguas que no mueren, caminando entre plantas que allí nacen.

Recuerdo de Ben-Zvi

n-Zvi ha muerto. ¿Cómo recordarle? Weizmann fue el primer presidente de Israel. Weizmann murió, en quien primero pensó Ben Gurión para que le sucediese fue tein. Descartado Einstein, se pensó en Ben- Zvi. Los tres eran de la misma familia: ios, tres judíos que habían soñado con realizar en nuestro tiempo lo que por siglos n la mente de los más antiguos pobladores de las tierras de la Biblia.

n-Zvi, que con Ben Gurión y Golda Meir había tejido, como conspirando, esa tela bó por servirle de cuna a la república, era un humanista, un filólogo, un curioso dor de las más antiguas tradiciones de su patria dispersa. Cuando le anunciaron la tura se negó a aceptarla. No quería desprenderse de su casa: dos habitaciones y ina. Lo forzaron. Los judíos de Suecia le regalaron una casa prefabricada, y en desta y limpísima, algo así como una cabaña de Lin- coln moderna, recibía a los lores. Si ahora hacen en Israel un palacio presidencial, no tendrá esa intimidad de ecogida que tuvo la casa de Ben-Zvi. Ben-Zvi dejó que Ben Gurión hiciera la como en cualquier régimen parlamentario, y él mantuvo, sencillamente, el fuego en un ambiente doméstico. No aceptó que le diesen automóvil. Para ir a prestar el to, le prestó su coche una amiga, Lola Beer, la modista más importante de Israel. móvil era una máquina vieja, que a mitad del camino se apagó. A Ben-Zvi no le otro remedio sino seguir a pie, entre el escuadrón de caballería que le hacía la Después de todo, desde Moisés hasta David, los reyes hebreos fueron los ntes mejores de la historia.

n-Zvi, cuando le entregué mis cartas de embajador, después de que pasó lo de los os y el apretón de manos, me hizo sentar simplemente, como dos amigos, y más o haciéndome saber que "está usted en su casa", echamos a conversar de cosas de ia y de su tierra. Creo que hablamos más de María y de Jorge Isaacs que de Y cuando nos despedimos me dijo: "Nos veremos en la universidad". Ben-Zvi no solo día de ir a la universidad, y el instituto de filología donde trabajaba era tan como su casa, aunque ya dentro del plan gigantesco de la Universidad. Rodeado de , dentro, lleno de plantas vivas. La filología allí era una ciencia dotada de encantos s, muy notables para nosotros, los de lengua española. De esos laboratorios la poesía perdida de las canciones olvidadas de Castilla, las canciones que habían o a la cacería de don Ramón Menéndez Pidal, las viejas leyes poéticas que se en sus morrales los judíos expulsados de España, y que no pudieron requisar en aduana del mundo en cinco siglos. Se recordaban en Salónica, en Estambul, en

, en La Haya. . . hasta en aldeas perdidas de los Estados Unidos.

ael tiene eso, entre sus muchas cosas extraordinarias: que ha nacido del sueño de os y de las canciones perdidas. Un presidente sin automóvil ni palacio, que recoge anciones medievales y las baña con la luz del Cantar de los Cantares, le da a un tal vigor, tal decisión de ser, tal voluntad de vivir, que hasta el desierto se torna ajo las miradas de esos ojos que lloraron por siglos, y ahora se alegran.

cción casi increíble en estos tiempos en que tan de otra manera suelen los golosos l poder. Lección desconcertante del pueblo judío. Y lección de maravilla que os de aquel humilde maestro que dejó en su libro de "Las tribus perdidas" una de s más bellas que filólogo alguno haya escrito en nuestro siglo.

Una hora con Golda Meir

Golda Meir la conocía de tiempo atrás. Varias veces había estado con ella en York, en casa de los Radunsky, y la había visto en las Naciones Unidas, haciendo de madre de la república, que ha sido siempre su papel. Como la visito ahora embajador, y ella es el canciller, tendré que decir "la señora Meir". Pero no hay n Israel que así la llame. Le dicen Golda, y Golda es, después de Ben Gurión, la gura de Israel. No sé si alguna vez en su vida Golda Meir ha alzado la voz: es un donde llega su concesión a la diplomacia. Es discreta, pero infinitamente más ue discreta. Habla con toda sencillez, pero cualquiera puede ver que cuando ella stá hablando un pueblo, y un pueblo que ha encontrado, al fin, el camino que venía o desde hace varios siglos. Indro Montanelli dice que encuentra al canciller como su tía Elvira, una tia que siempre se negó a salir de su aldea y de sus tierras, ólo iba a Florencia una vez a la semana, el día del mercado, para informarse con ndedores y con los negociantes sobre el precio del trigo y las vacas, o para hacer ta a los parientes, llevando siempre consigo una cesta de lana, y tejer mientras s visitas. Golda Meir es así. Una mujer que sabe lo que quiere, que mira sin que sabe encontrar la tierra firme cuando muchos otros vacilan. Pero es una mujer, de ser Ministra de Relaciones Exteriores, lo fue del Trabajo, y fue Embajadora en antes de ser Ministra del Trabajo, y antes de ser Embajadora en Moscú fue la era de luchas de Ben Gurión. Conoció todas las fatigas y secretos de esa larga ue condujo a la creación de la república.

s intervenciones de Golda —dice Montanelli— en las asambleas internacionales, hecho ya famosas por la mirada certera con que afronta cualquier situación y la arandelas en su discurso. Dentro de la ambigua oratoria de la diplomacia mundial, ursos de Golda son los únicos que llevan pantalones. En ella se reconoce a la e un pueblo de pioneros. Por esto les gusta tanto a los americanos, y también ella e los americanos. No es ni Juana de Arco, ni una Pasionaria, ni siquiera, para de la Biblia, una Débora, ni una Judith. Es, simplemente, la madre del ento, que prepara el rancho con el rifle a la espalda".

grandeza le viene a esta mujer de muchas cosas. De haber sido esa luchadora sin i reposo, de haber tenido siempre un buen sentido, y de ser humana, de encarnar el ícil ideal victoriosamente humanizado. He hablado con ella esta vez durante una emos empezado por las cosas internacionales, y hemos terminado por la huerta, por

po, por las gallinas del kibutz. Un hijo de Golda Meir es músico y estudia con
y una hija vive en el kibutz y cuida de las gallinas y los árboles. Estas dos
iones de la propia vida marcan la amplitud de su ser. Cuando la traté la primera
Nueva York, fue celebrando en la intimidad el primer triunfo de Daniel
oim, que a los quince años acababa de llevar, con el piano, todo el peso de un
o en el Carnegie Hall, dirigiendo la orquesta que acababa de perder en esa semana
ector, a Toscanini. Ahora, la veo en Jerusalén y me habla del kibutz.

a quiere hacer partícipes a los demás pueblos de lo que considera las grandes
iones de Israel en la reforma agraria, en la colonización. "No pretendo decirle
dvierte— que no hayamos cometido errores, y grandes errores. Una cosa sí hemos
do hacer: no cometer el mismo error dos veces. Por lo demás, siempre recuerdo
e me dijo un tío cuando yo era una niña, y él un viejo: 'En las únicas cartas en que
e me ha escapado un solo error es en las que no he escrito. .

lda —¿y por qué no he de decirle ya Golda?— me hace una detallada exposición
o se está realizando hoy un nuevo experimento en Israel, que puede ser la
mación del kibutz. Escogida una pequeña comarca para hacer la obra de
ación, se van fijando en círculo una serie de pequeñas agrupaciones que hacen
trabajo de la tierra. Al centro, se forma una pequeña aldea en donde se estudian los
as comunes, se distribuyen las máquinas, se concentran las operaciones del
, se fija la escuela, se hace la suma del trabajo de las pequeñas colectividades. La
con que se promueven los intercambios, la educación centralizada, la distribución
productos desde ese centro de las pequeñas huertas, las diversiones, llenan los
de algo más ambicioso, más grande, más brillante que en otros lugares determina
ación de los campesinos hacia las ciudades.

nuevo plan, la nueva empresa de Israel, se está imitando ahora en muchos lugares
, del África, de Sudamérica. Golda me relata lo que se ha hecho en Burma, y en
de las nuevas repúblicas africanas, con la ayuda técnica, o mejor, con el consejo y
iencia de Israel. Ahora mismo se están estudiando planes para Bolivia y el Brasil.
ombia quiere, me dice —y me lo dice con aire de mujer fuerte, de madre de
le mostraríamos a los colombianos lo que hemos hecho, y les ofreceríamos
partícipes de nuestras experiencias. Traeríamos acá jóvenes de Colombia, les
mos en cambio a algunos de los nuestros".

turalmente, esta mujer que ha defendido, como aquella Inés Suárez que fue con
la fundadora de Santiago, su ciudad y su república, mira sin egoísmo cómo
xtender más allá de las fronteras de su país las lecciones que ha sacado de la más
raña de su tierra.

n recuerdo de la señora Roosevelt

lda Meir, ya está visto, es la mujer más fuerte de Israel, como Ben Gurión el a. En esto hay que usar el vocabulario de la Biblia. Ella y él son dos figuras que do del Viejo Testamento directamente a los pedregales de Palestina. Golda no es ncesa de manos de marfil. Es una mujer duramente trabajada que entiende cierta le aquella que inspiraba a otra mujer de otro hemisferio: a Gabriela Mistral. Quizás vez en Nueva York, se verían las dos, y se entenderían. Sólo que Golda Meir es, si a, práctica, ceñida a la realidad. Sus manos fuertes son de las de la escuela del duro.

y encuentro a Golda Meir más fresca que cuando la vi hará cosa de un año. Viene Naciones Unidas, y antes de una semana tornará a Nueva York. Mañana hablará en mento. Es tiempo de lucha, y en la lucha Golda Meir se crece. Su piel, que ha lo mismo la caricia de la nieve o la del sol, la encuentro sana, casi diría rozagante, os de avellana, brillantes. Me habla largamente de Kennedy, del caso de Cuba, de es rusas que se están desmontando en el Caribe. De los líderes obreros que han en esta semana de la América Latina y de las doscientas becas anuales que Israel ncedido a la Organización de Estados Americanos. De los africanos que estudian Aviv. "El África nos interesa, hemos ayudado a su liberación y ahora a su ón en la vida independiente —me dice— pero claro que la América Latina es primer amor. . .” Sonríe. Es una manera de decir. Lo cierto es que aquí han o a construir la república grupos de argentinos y uruguayos, que ha habido y hay s en puestos eminentes, que por Israel se batieron en las Naciones Unidas altecos y uruguayos, que ahora hay una misión israelí que estudia la reforma en Brasil, en Bolivia, en Venezuela...” Y tenemos en la universidad un instituto de y el busto de Jorge Isaacs”.

blamos largamente del viejo problema de los refugiados árabes, que hace quince tán parados al otro lado de la frontera, recibiendo un subsidio de las Naciones Allá están sin hacer otra cosa que mirar con un ojo nada fraternal por encima de brada de espinos de la frontera. Golda Meir decía en Nueva York hace dos s: "Nosotros hemos recibido en estos años un millón de refugiados: nos han venido tres continentes. A cada uno le hemos dado casa para que viva, tierra para que y le hemos puesto en la mano una herramienta. ¿No podrían hacer lo propio s hermanos los árabes con sus refugiados?...” Para Golda Meir, al otro lado de la

lo que hay es un ejército dormido: velando. Si les abren las puertas, el ejército
entrará en Israel a hacer la revolución por dentro. "Habría otras maneras de
nos, me dice ella, pero si de suicidarnos se trata, quizás escogeríamos una fórmula
. . ."

mo se ve, la variedad y animación de los temas basta para que los ojos de avellana
a Meir brillen como niños. Y así brillaban cuando, cambiando el tema, le recuerdo
ñora Roosevelt. La noticia de la muerte de Mrs. Roosevelt había llegado esa
. No he terminado de nombrarla, y ya están velados los ojos de Golda Meir, que
los párpados. Este sencillo homenaje a su recuerdo me parece que vale por todos
se han tributado a la mujer fuerte y sonriente de Hyde Park, Mil veces vi y oí a la
Roosevelt, pero siempre la recuerdo como la encontré una vez en la cafetería de las
es Unidas, en línea, esperando turno, llevando ella misma su azafate. Aquella ex
ta singular es la gemela de Golda Meir, y por años las dos se confiaron dudas,
s y esperanzas. No hace ocho días, desde el hospital, la señora Roosevelt le
a Golda Meir: "Cuando venga, como aquí en el día no dejan un minuto libre, nos
aremos a la hora del desayuno. . Así lo hacían siempre. Así la encontró Golda un
giéndole por teléfono a Stevenson que mantuviera su candidatura. . . Así la vio
cas semanas, cuando a la infatigable americana aún le quedaban fuerzas para salir
mpaña electoral, a luchar por los demócratas. Sólo en Israel, las dos mujeres se
aban a la hora de la cena. . . Pero aun así, cuando la señora Roosevelt venía a
lo hacía cada tres años, traía su programa bien definido y compacto. Siempre,
ver algo de lo que tres años antes tenía visto, y luego, las sorpresas, las cosas

señora Roosevelt venía de un ya viejo mundo a ver aquí un nuevo mundo. Y las
eres se sentían rejuvenecer viendo cómo nacen esas cosas en que hay un impulso
cia, de libertad. Que las dos se entendían, lo están diciendo los ojos húmedos de
Meir.

Martin Buber, yo y tú

Martin Buber se ha pensado como un candidato al premio Nobel. Así lo dijo rskjold. Es un viejo de barba blanca, como Tolstoi, como Tagore, que ha hecho de encialismo una filosofía mística y poética. Vive en una de las calles más hermosas salén, donde las casas nada ostentosas, discretas, siempre de piedra, están ocultas árboles. Poco ruido. Y ningún ruido en la sala de trabajo del viejo, atestada de e papeles, de historia. La esencia de su filosofía está condensada en un librito: "Yo

mundo del hombre es doble, de acuerdo con su doble actitud. La actitud del es doble, de acuerdo con la doble naturaleza de las primeras palabras que ia. Sus palabras primarias no son vocablos aislados, sino combinados. La primera es la combinación *yo-tú.* La otra palabra primaria es la combinación *yo-eso;* aquí, biar el primer vocablo, él o ella pueden reemplazar a *eso.* Por lo tanto, el *yo* del también es doble. Porque el *yo* de la primera palabra *yo-tú* es diferente de la palabra en *yo-eso.*.

o quiere decir que la base de la filosofía de Buber es el diálogo. Todo lo que es *eso* en que el hombre físicamente se apoya, lo que lo rodea, lo que ve, no es sino ario de su teatro. Pero para que el hombre "yo" sea completo, ha de comunicarse tú", que en una esfera más alta es la comunicación con Dios. Filosofía apasionada, e que ver con el amor. Las cosas se rinden ante la evidencia del hombre que habla n su igual. El encuentro del *yo* y el *tú* tiene tal intensidad, que sólo en ese momento tiene presente. Todo lo demás es pasado, como una muerte inevitable. "El ro presente, dice Buber, sólo existe en virtud del hecho de que el *tú* haga acto de a. El *yo* en la palabra primaria *yo-eso,* esto es, el *yo* que no se enfrenta a ningún que está rodeado por una multitud de contenidos, no tiene presente, sino pasado".

do esto no quiere decir que cuando se llega a visitar a Martin Buber él vaya a tratar quien se le aparece de repente. El hombre con quien él se encuentra puede ser una idad de diálogo, y nada más. Si la gracia del momento no permite que el diálogo mo, Buber colocará al visitante en la antesala, es decir: en vez de decirle *tú* en persona, le dirá *usted* en tercera, y lo pondrá tan lejos como es lejano siempre el Visitar a Buber, por consiguiente, es una de las más grandes aventuras del mundo, y o curioso que lo aborda se queda esperando saber si será un *tú* o será un *usted.* El ha dicho: "Está dentro de la exaltada melancolía de nuestro destino que todo *tú* en do se convierta en un *eso".* Ahí está la parte dura, cruel de esta filosofía que

e un realismo impresionante cuando el *él* o *ella* que se acercan al diálogo y no lo ran, quedan reducidos a una cosa, a un mueble, a un pasado. A un *eso.*

n estos instrumentos de apasionado acercamiento, de relación íntima, y de repudio gente, Buber ha rechazado el existencialismo de Kierkegaard, que encuentra casi no. Kierkegaard veía en los otros hombres individuos aislados que eran más bien áculo que una compañía para ir en busca de la salvación. Yo le hablo a Buber de ticos españoles; de Santa Teresa, de quien Buber publicó hace años parte de sus Me refiero a ese existencialismo que tanto se menciona de los iberos. A él no le e. "En el éxtasis —dice— hay una entrega, un abandono". Buber, no: Buber busca go activo, la comunicación mutua.

todo esto no hay un juego de palabras, sino una tensión de vivas emociones. *ú* en el mundo está por su naturaleza destinado a convertirse en cosa... El *eso* es la risálida. El *tú* la eterna mariposa". En algunos momentos, Buber logra figuras tan s de realismo, que hacen de su discurso filosófico una pieza literaria estupenda. mos al hombre con quien topamos, deseándole bienestar o dándole las seguridades tra devoción o encomendándolo a Dios. ¡Pero qué indirectas son estas fórmulas amente exteriores! ¿Cómo podríamos distinguir hoy el vago '¡Ave!' de su ado original que confería poder? Comparemos estas fórmulas con el siempre aludo de los kaffir, con su directa relación corpórea, cuando dicen: '¡Lo veo!', o dícula y sublime variación americana: '¡Lo huelo!' ".

conversado durante una hora con Martin Buber; le doy las gracias por haberme . El me despide muy atento, así: "He tenido mucho gusto de recibir a *usted* en mi l subrayado es mío. El, sencillamente, me ha dicho usted.

El traductor de “María”

ly Komorovsky es un gordo optimista que nació en Varsovia —¿hará cuarenta
pero que se expresa en un españolperfecto, quizá con un dejo chileno. Me habla
mente de las novelas de Rómulo Gallegos. Para él, mejor sería traducir al hebreo
ima” o "El Pobre Negro” que "Doña Bárbara”. Lo cual indica que, al menos,
bien los tres libros. Y tiene gran entusiasmo por "La Vorágine”. El mundo de
la lucha contra la naturaleza, es un mundo que los hebreos conocen muy bien y
interesa. Pero en lo que se ocupa ahora Roly Komorovsky es en la traducción de
. Encuentra que Isaacs resolvió en su tiempo problemas de la novela moderna. La
como juega con los verbos —el pasado, el presente, el futuro— en un mismo
le hace pensar en escritores cinematográficos de nuestro tiempo. La novela es
desde el nombre, "pero recuerde usted —me dice— que a María la llamaba el
Judía cuando quería decirle algo más íntimo o cariñoso”. Esto, naturalmente, le
Y la manera como sabe alabar Isaacs el valor de los negros, como recoge las
s del África, como recuerda los cantares de los bogas... es aproximarse a la
a contemporánea.

estas cosas, en un rincón de Jerusalén, ver ya los originales de la novela
ana listos para entregarlos a la imprenta —el libro saldrá en mayo— es un buen
de cómo las cosas nuestras se mueven en Israel. Pero ¿por qué ese judío de
a sabe tanto de América? La explicación, siendo muy simple, es la misma que
amos en muchas circunstancias de Israel. Roly Komorovsky —¿se habrá llamado
salió de su tierra natal a los seis años, y luego, hasta los veintiséis, estuvo en Chile.
hileno. El chileno absoluto, total. Ahora, quien se admira de que, puesta "María”
eo, la encuentren magnífica los judíos, es Komorovsky. Ese lírico fondo bíblico de
la de Isaacs coincide con el lado poético de los hebreos, *y* en esta época de
aciones, "María” viene a set un anillo romántico que une a dos continentes.
vsky ha organizado lecturas de los capítulos ya traducidos y sus oyentes han
con esa poesía americana que tiene algo de las bellezas de Ruth o de las mujeres a
cantó Salomón. En el fondo, queda viva esta pregunta: Los españoles que se
cristianos —como pudo ser el caso de muchos de los que vinieron a América—
varon como un recuerdo poético de sus abuelos la rama dorada del Viejo
nto? ¿No se ve en el atisbo de una vida, como la de Isaacs, la persistencia de esa
mántica que más que de Chateaubriand o de Saint Pierre pudo venir de la Biblia?

curioso, pero en una nación tan distante por su alfabeto, por su lengua, de s, como Israel, la gente se familiariza con Gallegos, con Isaacs, con Rivera, con es, con Horacio Quiroga, con Jorge Icaza, más que los grupos literarios de Europa. e está más cerca de la América Latina que en Londres o en París. Roly ovsky, haciendo conferencias, o cursillos, lo ha comprobado muchas veces. Y le ma. Porque, como es un chileno...

El bronce de Jorge Isaacs

Palabras del autor al descubrir el bronce de Isaacs en la Universidad de Jerusalén.

ntro de cinco años va a cumplirse el primer centenario de la publicación de , la novela de Jorge Isaacs, que figura en todas las historias literarias como la on más pura y acabada del romanticismo en la América Latina. Este libro ha sido Cantar de los Cantares. Pero así como el poema de Salomón es una rosa de es y amores que se abre en la mitad de un testamento cargado de profundo o, de luchas fabulosas, de voces proféticas, de dramas tremendos, "María" surge en érica española que después de tres siglos de espera colonial, de una lucha a muerte ndependencia y de medio siglo de anarquía y de violencias, va a pasar por cien

trabajo, de agonías, de ilusiones y desilusiones, en una constante lucha por su independencia y su libertad.

romanticismo entre nosotros es puramente literario. Nace como un principio de ón. A tiempo que la escuela en Europa lo que deja principalmente son obras es, novelas con suicidios, evocaciones maravillosas de héroes medioevales, hechos con personajes de la bohemia, en la América indoespañola el gran autor co es el Libertador, y la obra maestra del movimiento consiste en la fundación de no repúblicas libres donde por trescientos años había dominado un imperio.

romanticismo entre nosotros no es un reflejo de lo que escribieron Scott, briand o Saint Pierre, sino anticipo de lo que serían las noches de Hernani en que ron los apasionados de Víctor Hugo, o de las campañas de Byron por la libertad de o de las gentes de Mazzini y Garibaldi. Nosotros tenemos el romanticismo como ión constructiva que inflama el centro de nuestra historia, y que en un momento de y de ensueños se expresa en la novela de Jorge Isaacs. El romanticismo nericano no es una enfermedad pasajera de la literatura, sino ese fulgor de la ardiente que en todos los siglos ha tenido sus héroes y sus profetas, sus apóstoles y rreros. Después de todo, y hablando en términos universales, un romántico puede n el siglo XV o en el XIX: románticos han sido los constructores en nuestro de la república de Israel, y romántico fue Moisés, que inicia en la historia de los a lucha por la independencia, cortando mares y atravesando desiertos. Y cos serán quienes vengan mañana a saldar las cuentas muertas que nos deje este de hoy —-mundo de fe vacilante— para abrir otra vez a todos las ventanas de la ilusión.

Colombia ha querido ofrecer a la república de Israel este bronce de Jorge Isaacs, a hecho sólo para que se vea ese puente de poéticos encantos que tendió Isaacs mundo de su raza hebrea —la nación que tuvo un rey que tocaba el arpa— y ia, la tierra de su nacimiento y de su vida, con ciudades donde se dice que se los habitantes por el número de sus poetas. No. En un bronce romántico hay, la voz común de una campana que toca a independencia y libertad, lo mismo en ta del Asia que en nuestras distantes tierras de América.

ge Isaacs fue un hombre de acción y de contemplación. Escribió los primeros s de su libro en un campamento, trabajando en la construcción de un camino que cara a Cali con el mar. Se hizo militar en las guerras civiles para empeñarse en a muerte por combatir las dictaduras. Salió de un hogar en donde se acataban las nes, se fue inclinando hacia el partido que representaba los más ardientes

los de libertad, y así llegó a ser miembro del Parlamento. Exploró las selvas y fue el primero que conoció en ciertas comarcas del nordeste colombiano las manchas róleo. Puso su firma en una ley que declaraba ciudadanos de Colombia a los yos, sólo porque los paraguayos habían sucumbido en una guerra internacional dejó desamparados, sin casi un hombre vivo entre los veinte y los cincuenta años. tantas las luchas en su vida, tan duros los golpes de la fortuna, tan contradictorios mentos de su gloria y su miseria, que de él se ha escrito un libro en que se le da el e "Caballero de las Lágrimas". Al final de su vida se enfrascó en lecturas del Viejo ento, como su abuelo lo había hecho en Jamaica durante toda su vida. Jorge Isaacs cristiano, y quizá por esto su novela se llamó "María". Pero no dejó morir en su a los textos de la Biblia. Y tal vez ahora mismo se estremecerá su alma de bronce n cerca de la torre de David.

el fondo del Valle del Cauca, no lejos de la ciudad de Cali, hay una antigua a, y la casa de campo más evocadora a donde no hay colombiano alguno, ni mericano, que no entre con grandísima emoción. El nombre de la casa es un que aquí en Jerusalén, como allá en Cali, tiene el mismo sentido: se llama "El ". Ahí, en "El Paraíso", se desarrolla toda la novela de María. Se puede ver, como en años, la misma alcoba donde dormía Efraín, y a donde llegaba en su ausencia poner unas flores en el florero de la mesita de noche. Ahí está la ventana desde el novio enamorado vio a la novia en el jardín. Ahí la alberca donde María ba las flores. Ahí la piedra en donde transcurrieron los mejores momentos del El corredor a donde llegó la cierva como un dibujo vivo de Walt Disney. "El " es toda la novela. Ahí todo es intimidad. Hay una verdad realística y poética, que po no destruye. Isaacs la dejó escrita para siempre. Los románticos como briand o Saint Pierre eran de imaginación fugitiva. Hacían el romanticismo de lo En América, el romanticismo no se aparta de su paisaje, de sus ríos, de sus Este amor a la tierra, que aquí en Israel ha hecho nacer los montes, saltar de l agua, florecer las rosas y los lirios del campo, lo anticipó Isaacs en nuestro Valle ndo uno a uno los troncos de los árboles, las hierbas de los prados, las flores de los como si por primera vez por el paisaje de América se pasara la mano con amor. El mor en la novela es el de Isaacs y el paisaje. Se puede decir que en "María" hay ios, y este que traslada sus más hondas emociones a la contemplación de los ulos y de los nocturnos misteriosos no es menos cargado de arrobamientos que los de Efraín y de María.

s hombres que han conocido desde sus más remotos tiempos peregrinajes por los s, exilios, sórdidas veladas en las ciudades grandes; y aun los que por fuerza han o sus afanes, cuando triunfan, al comercio y a la banca, lo que llevan en el fondo

almas peregrinas es una nostalgia de los campos verdes, es una sed infinita de es un recuerdo de cedros y de rosas, de trigos y de lirios, que se desatan en la de la tierra cuando la tierra vuelve a estar entre sus manos. No hay que derse si el hijo de aquellos judíos de Jamaica, cuyos abuelos Dios sabe qué áridas de siglos pasaron, al encontrarse en medio del Valle del Cauca, en una casa "El Paraíso", sintiera, como nadie los había sentido antes, el encanto del agua en rada, el perfume del campo, la caricia del aire, la luz filtrándose en los montes Ver y sentir serían para él un mismo acto, un mismo verbo, que engendraba los s como caricias del alma.

de Isaacs es casi otro romanticismo. Sin desbordamientos, aun en los momentos de imas. Sin nada de estridencias ni barrocas elocuencias, con más silencios que os^ todo estremecido por un recogimiento religioso. El deja que fluya la poesía, orre el aire. Ha visto con tal exactitud las escenas violentas en la selva del Chocó, argentino, Anderson Imbert, encuentra en Isaacs al precursor de ese Horacio , que fue en el Río de la Plata el Rudyard Kipling de sus tierras vírgenes. Pero ha mbién, como dice el peruano Luis Alberto Sánchez, la selva antes de la caída, que la hicieran infierno verde los novelistas de nuestros siglos de las vorágines. do la gran novela americana, como lo apunta el belga Edmond Vandecameen al la última traducción de la novela, la traducción francesa, hecha para la O, que la ha ofrecido entre las obras más representativas de la literatura universal. do, como escribe la gran puertorriqueña Concha Meléndez, la posibilidad más a la atmósfera del Nocturno de Silva, el primer gran poema, y el más bello del smo. "María", dice el uruguayo Alberto Zum Felde, es la flor más pura e sible del romanticismo hispanoamericano.

y en Colombia una provincia que tiene el nombre de un paisaje: se llama Valle del En cierto modo, es la provincia de Isaacs. La del Paraíso, la de María. De allí se ha a la Universidad de Jerusalén la cabeza de bronce que hoy descubrimos en esta uando las nuevas generaciones israelíes, que hayan leído la novela, vean este monumento, recordarán hasta qué extremos pueden vibrar las cuerdas en el arpa o rey cuya torre casi tenemos a la vista.

Primer relato de Jana Szenes

a Szenes nació en 1921 en Budapest. Su padre fue el escritor Bela Szenes. Cuando nía trece años comenzó a escribir su diario. La primera línea dice así: "Budapest, re 9. Por la mañana fuimos a visitar la tumba de papá". Diez años más tarde la última página, desde un kibutz, en Israel: "1944. 11 de enero. — Esta semana ara Egipto. Estoy movilizada".

diario de Jana se encontró, con su valija de libros, en el kibutz, cuando hacía la habían fusilado. Entonces conocieron sus compañeros sus versos. Jana era un de carne y hueso, un canto apasionado que no necesitó el certificado de los versos para mostrar su poder lírico. En Budapest había publicado algunos poemas. Pero salió de Hungría, empujada por su ideal aventurero, sólo quiso ser una llama al Y, como dijo nuestro Porfirio Barba Jacob, "el viento la apagó". Hoy duerme en el erio de los héroes de la liberación de Israel. Su tumba es tan sencilla como la de os demás, un rectángulo de tierra del tamaño de un catre de campaña y a la a una almohada de piedra, pulida sólo donde está escrito Su nombre y su fecha. El erio es una colina de piedras labradas. Caminos de piedras, terrazas de piedras. La e Jana forma parte de un grupo de siete, en un alto. Los siete fueron paracaidistas. n mujeres.

visto algunas fotografías de Jana. Instantáneas de Kodak. Primero, cuando era te en Budapest. Está vestida como para un baile. Bailaba con loca alegría. Era a de tenis, de ping-pong. Soñaba saliendo a las orillas del lago en las rondas s de la muchachada. En su diario escribía: "Me puse mi vestido nuevo. Sobre el celeste hice colocar tul y en la cintura una rosa. Quedó muy lindo. Me peiné La fotografía siguiente está tomada en la escuela de agricultura de Nahalal: de campesina, pantalones, la azada al hombro. Había sido una estudiante notable apest. En la mejor de las revistas literarias un crítico severo elogió sus poemas. ía una palabra de hebreo, y era judía". Comenzó a leer del sionismo. La exaltó la llegar a una tierra en donde nadie le preguntara: ¿Es usted hebrea? Se entregó a Tora. Un día se dijo: "¿Para qué estudiar literatura húngara?" Y se embarcó camino . La escuela del trabajo era dura. Un día se confiesa: "A veces siento como si errado. Si en esos momentos me hubiese sentado a escribir, las letras estarían adas por las lágrimas. Lavo, barro, arreglo..." A su patria de nacimiento sólo la dos nombres: el de su madre, y el de su hermano. A Israel, su corazón. En otra

ía está con las gallinas. En la escuela le confiaron seis gallineros, cada uno con gallinas. En otra fotografía está con una vaca. Escribía en el diario: "Cuando una encapricha y no quiere levantarse, ni mover las patas, ni acceder a mis ruegos. . . ho la ocasión de que los que andan por los alrededores no entienden húngaro y s le deseo a ella, a la vaca, todo cuanto no puedo expresar en hebreo, pues aún no ndido a maldecir en nuestro idioma". En la fotografía Jana sonríe entre los cuernos aca. ¿Valía la pena venir a Israel? Sí. "Valía la pena venir y tener la sensación de bre de pensar sobre cada menudencia si es permitida o no a los judíos".

eso es todo en la vida de esta muchacha

e representa el destino heroico de una alma que se tira a todos los riesgos, que hasta que se le rompen las uñas y le sangran las manos por conquistar una sola propia libertad. Aquí ya su figura excede los límites de su pueblo hebreo, y nos odos como símbolo humano. Ahora, en la intimidad de su diario, canta en la fiesta a, porque el agua ha llegado a las tierras resecas, canta a la fiesta de la cosecha. conocemos los anchos campos dorados, Cargados de sol y de oro. Aguardan al Las espigas enhiestas inclinan sus cabezas cargadas. . . Ya han gozado del abrazo erra, del "ioré" (la primera lluvia) y del "malcosh" (la última), del sudor del or, del calor del sol, de la canción del viento. Las semillas están en sazón: se ha do la continuidad de la vida…

ael se tornó en una isla rodeada de fuego. Zumbaban las balas en torno. Hitler a en Berlín. Vino la movilización. Jana tenía formada una decisión secreta. Entró en el cuerpo de paracaidistas. Volvería a su tierra de Europa, a sacar a su madre. un día a su hermano: "Debo prepararte para el instante en que te encuentres aquí, le los límites de este país, aguardando el momento de encontrarnos después de seis cuando preguntes: '¿Dónde está ella?' te contesten: '¡No está!'

ego, escribió a un amigo: "Parto con alegría, en forma espontánea y libre y con onciencia de las dificultades a sobrellevar..."

a dar el salto mortal desde las nubes.

Segundo relato de Jana Szenes

a tenía veintidós años. Vestía de soldado. Todo en ella era encanto femenino, y sión de libertad. Cuando pasó en la fila de los futuros paracaidistas para que le n el equipo, los ingleses la miraron con asombro. Un sargento le dijo a un ero de Jana: "Hace tiempo que trabajo aquí. Es la primera mujer que veo".

asombraban lo mismo los americanos. Jana no se daba cuenta de estas cosas. e en su misión. Al entrar en el avión le dijo al compañero: "Recuerda: sólo quien morir, muere". Dentro del vientre de la máquina los soldados estaban en silencio, aban unos contra otros como si quisiesen experimentar este último contacto con la euben, uno de ellos, miró a Jana. Dice: "Su rostro irradiaba, toda ella despedía y alegría; guiñó un ojo, agitó su mano en gesto de estímulo y sobre su rostro flotó risa cordial, infantil". Y con esto, de todas las caras huyó la máscara de la .

veron en Yugoslavia. Tierra de guerrilleros, de sorpresas escondidas, de adas. La veían con su uniforme de oficial británico, el revólver al cinto. Por donde se levantaban los ojos y la seguían los corazones. Los alemanes habían ocupado a . Jana lloró. Fue la primera vez que se la vio llorar, allá estaba su madre. Dijo nada más: "¿Qué será del millón de judíos de Hungría? Ellos en poder de los nazis, os aquí..."

enas había comenzado el juego entre la vida y la muerte. Jana decidió cruzar la . Ya no tenía ella *fe en* los guerrilleros de Yugoslavia: le decían que pasar la raya der la vida. Lo era, en cierto modo. Una noche, guerrilleros y paracaidistas se reunido en cualquier rincón de una aldea, y llegó una mujer con las cenizas de la en los cabellos. Quería expresar a ese puñado de locos libertadores la historia de tirios de su pueblo. Cuando la mujer volvió a las sombras, Jana se veía como si salido del túnel de la muerte. Escribió estos versos, que hoy están grabados en oro una piedra: "¡Bienaventurada la cerilla que ardió y encendió llamaradas. nturada la 1lamamarada que ardió en lo recóndito de los corazones. nturados los corazones que dejaron de latir con honor. Bienaventurada la cerilla ó y encendió llamaradas!"

a noche salieron en grupo unos pocos. Salieron de la aldea, al revés. Como si no en hacia la frontera. Besando la tierra entre las sombras, agarrándose de la ilusión, la raya. Se encontrarían o en la sinagoga de Budapest el sábado, o el domingo

la iglesia mayor de los cristianos. Y se perdieron por los senderos del azar. Pero ni lo se vieron las caras en la sinagoga, ni el domingo en la catedral. ¿Quién podía la Gestapo? Cuenta Joel que estando en la cárcel, el guardián le dijo: "No te nadie te va a tocar". Le dijo Joel: "Me colgarán". Y el carcelero: "No seas tonto: se procede con tanta prisa. En este propio calabozo estuvo una muchacha de Israel ce ocho días, y sólo la han condenado a cinco años".

habían cazado como a una rata. Golpeado hasta dejarla verde. Le habían dejado sonrisa: sin dos dientes. Descubrieron a su madre. La llevaron a la cárcel. Si Jana ésaba, matizarían a la madre en su presencia, la fusilarían. Jana no confesó, no no cedió. Un día se oyeron dos disparos en el patio. Después se supo que Jana no que le vendasen los ojos.

oy repasando hoy las páginas del libro de versos de Jana Szenes. Parece una ría de la mujer heroica haber escrito páginas tan simples y transparentes. Pero en , con esa manera suya de sondear profundidades, con esas experiencias de una ida sobre la cornisa de la muerte, realmente era simple y transparente. En su diario se ve. Escribía: "Cuando contemplé las olas del mar estrellándose contra la costa ia y cólera, y vi cómo, una vez golpeada la orilla, se aquietaban y tornaban as, apacibles, pensé "tal vez el ruido, el entusiasmo, nuestro enojo no sean otra Cuando las olas llegan, están cargadas de juventud, de impulso: en la costa se y entonces juegan con las arenas doradas como niños buenos".

s compañeros de la cárcel, en la antesala de la muerte, dicen que Jana sonreía n encaje de espuma sobre la arena rubia. Y les contaba historias de niños...

Relato de Ruth, la moabita

ó, ¿hace cuántos años? ¿Cinco mil? ¿Diez mil? Y, sin embargo, lo he visto ahora campesina. Como si hubiera sido ayer. Los bailarines del Yemen, que sacan de la n popular, han hecho de la vida de Ruth un ballet tan fino, tan ceñido al texto el occidente no se hallará espectáculo de danza ni más artístico, ni mejor logrado. a auténtica vida de una aldea.

ea era Belén. Se animaba el mercado más que de costumbre en los días de la siega . Cuando Noemí, por tantos años ausente, que regresaba de los campos de Moab vio a lo lejos su aldea de Belén, le dio un vuelco el corazón. Los campos de tendían en torno como puños de oro. Era cierto lo que le habían dicho: "Jehová ha para darle pan". Pero Noemí regresaba vencida, derrotada. En Moab había perdido a su marido y a sus dos hijos. Ahora, en Moab no encontraba ni pan, ni apoyo. Las as, hermosas. ¿Por qué no regresaban las nueras a los hogares de sus padres? ¿Por con Noemí a Belén? "No me sigáis: volveos, que yo ya soy vieja para varón. Y anza tengo, y esta noche fuese con varón, y aun pariese hijos, habríais vosotras de fuesen grandes. ¿Habríais vosotras de quedaros sin varón por amor de ellos?"

las nueras, besó a Noemí y se alejó. Ruth, la otra, se empeñó en seguirla. Noemí y Ruth. Noemí vieja, inútil. Ruth, joven, útil. Noemí veía, bajo el sol s de las espigas como las armas del desierto. Ruth, los campos dorados, como la mí volvía a su tierra. Ruth era una moabita, una extranjera.

oroso que nunca. Lo hacían rumoroso los pájaros y los hombres. En el verano ndadas de gorriones que despiertan a los segadores trinando a todo trinar. Y muere res que regresan al pueblo soltando esa lengua que en las horas de labor se tragan. en una feria. Bailar, cantar. Contar historias. En eso estaban cuando entraron una bruja, Ruth, fresca como una amapola. Todos los ojos se volvieron a mirarlas. s conocía. Las miraban y remiraban. Un descubridor rompió el misterio: "¡Esa es ! ¿La bella Noemí que una vez salió tan sólida, tan bien plantada, con un marido s hermosos, reducida a este rostro de la miseria? "¡Noemí, Noemí!" —-gritaron y os—. Ella los contuvo: "No me llaméis Noemí, llamadme Mara, porque es grande me ha puesto el Todopoderoso". En hebreo, Noemí quiere decir "placentera".

s cenizas, y se vean, rojas, las brasas del amor. Celebremos el retorno de Noemí. A ailar. A cantar, a cantar, a cantar. A Noemí le volvió a golpear la sangre el corazón.

a, le subió la sangre a las mejillas. Amapola.

oras. La marea de los pájaros trinantes se rompía contra las espigas. Ruth salió al coger las espigas que dejaran perdidas las segadoras. Rastrojear. Booz preguntó al a la siega: "¿Quién es la moza forastera?" "La hija de Noemí: ha suplicado le espigas perdidas". Dijo Booz a las segadoras, en voz baja: "Haceos las descuidadas as en el rastrojo". A la hora de la merienda, Booz llamó a Ruth: "Allégate aquí y o". Comió hasta que se hartó.

on mis criados hasta que hayan acabado toda mi siega". Noemí le aconsejó: "Mejor algas con sus criados, que no te encuentren en otro campo". Y siguieron las siegas. unirse a sacudir las espigas y a amontonar el grano, porque en estos ejercicios se e cruzan las miradas. Y se sabe.

sa, una maestra. Le dijo a Ruth: "Hija mía, ¿no te tengo de buscar descanso que te avienta esta noche la parva de las cebadas. Te lavarás y te ungirás, y vistiéndote cuando él se acostare, repara tú el lugar, e irás y descubrirás los pies, y te acostarás que hayas de hacer". Booz comió y bebió y con el corazón alegre se retiró y se do de una gavilla. Entonces Ruth, calladamente, descubrió los pies y se acostó. A z se estremeció al despertar. Tenía, a sus pies, acostada una mujer. "¿Quién eres?" "Bendita seas tú, de Jehová, hija mía: que has hecho mejor tu postrera gracia que la

a noche más alegre que nunca en el lugar donde se reunían mozos y mozas a as. Había que celebrar las bodas que ya se anunciaban de Booz y Ruth, la moabita. con todas las complicaciones de estos contratos en la aldea: Noemí era otra vez la placentera. ¡Las bodas! ¡Viva Noemí, dos veces suegra! Y como se gritaba en las Viva Booz y Ruth, él tan rico como ella hermosa, y ella la más hermosa de todas un hijo, y Noemí lo puso en su regazo, como suyo. ¡Lo llamaron Obed, padre de d!

ulares de los yemenitas son así: se canta, se baila, al son de la flauta y el tambor, a de la Biblia.

Relato de Joseph Ayalón

e Varsovia, Joseph Ayalón era un zapatero. Martillando suelas, cortando cuero, ajó su padre, y el padre de su padre, y el padre de su abuelo, etcétera. Sórdido era ire, y todo hediondo a cuero. Le quedaba en la boca el sabor de las puntillas que abios apretados como entre un estuche. Callaba. Y soñaba en la tierra. La Biblia le pos en donde espigaba Ruth, de los cedros del Líbano. La Biblia era para Joseph e niños. Walt Disney. El rabí era un niño viejo. Le crecían las barbas y seguía mpos de Ruth, de praderas inexistentes, de una tierra que dibujaba en el aire de la pos fueron haciendo más estrecha la Sinagoga y más cerrado el sórdido taller del que llegaba el tiempo de las lamentaciones. Se hablaba de exterminar s judíos. Comenzaron las matanzas. Joseph Ayalón se fugó. ¿Cómo? No se lo he or entre los alambres de espinas, con angustia en el alma, corriendo como rata, ó a Palestina. Y hace 27 años está en el kibutz Ayelet Hashahar, que quiere decir la ella de la mañana). Uno de los kibutz viejos, que tiene ya 42 años de vida. Joseph todos: a limpiar el establo, a ordeñar las vacas, a cuidar gallinas, a sembrar en la o a Joseph Ayalón por simple casualidad. La casualidad me abrió una de las kibutz de la Corza del Alba.

de la Corza del Alba unas cuantas habitaciones para huéspedes. Se pueden así unos días siguiendo la vida de estos trabajadores, de cuyas manos ha salido la Con los veteranos del kibutz, nos sentamos a la mesa. Nos servía un hombre fino, staba de turno atendiendo al comedor. Por turno, cada miembro del kibutz sirve en ildes: un día limpia los baños, otro día barre el establo. . . Cuando Ben Gurión se obierno, volvió al kibutz de donde había salido, *y* un día limpió los baños, y otro í lo hacen en el kibutz de la *Corza,* del Alba quienes fueron zapateros en Varsovia. o esta vez a la mesa es un teniente coronel del ejército de Israel. Lo he sabido por

ega a teniente coronel en esta república es un hombre que ha ascendido por grados as batallas más bravas que haya conocido la historia de las guerras. El teniente ña hasta la puerta, nos pregunta si hemos estado bien servidos, y torna a retirar los

co años el kibutz, y lo encuentro transformado. Las pobres habitaciones de vertido, por obra de los trabajadores de esta célula de un comunismo ideal, en tos donde ya hay baños privados y cada cual tiene su biblioteca. Hay ochocientos utz, y trescientos son niños. Los campos cultivados se extienden en cosa de 500 omo una mancha de esmeralda desde los cerros vecinos. Los árboles frutales, en ortinas de pinos que, como me decía un ladino, un sefardita, "cortan el aliento". El os viñedos. Los pobres judíos han acariciado la tierra, han acariciado las piedras, y los verdes perdidos, se ha refrescado con el agua olvidada. Pero lo que es más kibutz son las flores. El centro de la pequeña población es un gran parque, con los dados como en un rincón se ledo de Londres. No he visto rododendros más le este kibutz. Y rosas y lujos y verbenas y dalias y azucenas. Se olvida, y es o, que esto antes fue el sitio más seco y árido del mundo. Se piensa que se está en o de Suiza, de Italia. . . ¿Quién ha podido poner tanta pasión en estas flores?

por el jardinero. Querría estrechar su mano. Me lo presentan cuando justamente nuevo jardín frente al comedor de los huéspedes. Le pregunto: "Antes de venir a ido usted jardinero?" "No, señor: yo era zapatero en el ghetto de Varsovia". "¿Su yalón".

LOS LIRIOS DEL CAMPO

El lago de Galilea

de la montaña tres ríos —el Hatzbani, el Dan y el Banias— que unidos forman el ordán, en los pantanos de Hule. Libre el río, corre al lago de Galilea, donde ya es epresión de la tierra. El lago está a doscientos metros bajo el nivel del mar. A la e el Jordán a correr en rápido descenso, para formar el Mar Muerto, a doscientos os por debajo del nivel anterior.

o de Galilea, o Tiberíades, es azul y transparente. Los montes, las colinas que lo n en una lenta variación de verdes y violetas. El teatro de la vida de Jesús es de nto. Me he aproximado al lago por la orilla de Cafarnaum. Recuerdo lo que me uel Romano, el gran pintor que hoy vive en Israel: "Hay en la esplendorosa se mueve sobre las aguas algo sobrenatural que me hace ver la imagen luminosa nzando entre el asombro de los pescadores".

gar invita a esta clase de imágenes, de ejercicios espirituales. Se ha fundado el n Gev en la orilla opuesta a la de Cafarnaum. Sin proponérselo los pescadores y que le han dado vida, se ha convertido en una colonia musical. En cierta época del llí los músicos más famosos del mundo y los conciertos al aire libre reclaman la miles de gentes que acuden a escucharlos. Debe ser muy diferente oir a Heifetz ín bajo estos cielos, frente a estas aguas, con estos montes al fondo, que en el ll. O ver a Toscanini con su blanca cabeza gobernando aquí a su mundo orquestal. isto. . .

s lugares sagrados del cristianismo, éste de los bordes del lago es el que todavía u poesía original sin que hayan podido dañarlo ni los arquitectos ni los es. Aquí todo se reduce a un aire transparente, a una luz pura, al viento que hace lirios y las flores del campo, que hace sonar los trigos dorados, que empuja os rebaños de ovejas. En estas colinas Jesús hizo el milagro de la multiplicación de os peces, en estas orillas pobladas de aldeas de pescadores encontró sus primeros en estas aguas, con una barca por púlpito, les hablaba a unos oscuros hombres, y es tornaba luminosa. Los transfiguraba.

go es caprichoso. Unas veces se ve terso como un espejo. Otras, levanta olas
. La gente suele decir "el mar de Galilea". Este escenario de unas cuantas prédicas
nocentes que le cambiaron de era a los siglos, de rumbo al mundo occidental, no
de los caminos del mundo en tiempo de Jesús. La gran ruta comercial que iba de
Mediterráneo, pasaba por ahí. Se iba y se venía del mundo oriental ai de Roma,
lejandría, y tendrían que detenerse las miradas y contener los pasos ante este
de agua, colocado como por encanto al pie del monte Hermón, cuyas nieves se ven
n en los propios meses del verano. Los griegos fundaron en estos contornos
las fundaron los romanos. Los gobernantes que nombraba el Imperio Romano
tierra conquistada bajo sus sandalias. La historia enseña cómo la conquista se
palabra de Jesús se movió por el mismo camino por donde llegó la tropa insolente,
verso. Un día sus ecos conmovieron a Roma, y la ciudad de los Césares pasó a ser
Vicario de Cristo. Los griegos acudían con el coro múltiple de su vasta familia de
oriente les respondía con el Dios único. Todo, a la orilla de un lago. Todo en la
s colinas idílicas. Todo al margen de unas aldeas de pescadores.

Los ciento setenta millones

n Israel, sembrados y crecidos, ciento setenta millones de árboles. 65 árboles por onvertir un país de arenas en un país de bosques es digno de estudio. Esta es obra del ingenio judío, único en materia de las prestidigitaciones. La idea hacerlo todo sin gastar un centavo. Los seiscientos cincuenta millones de dólares ado la obra no vienen de ningún empréstito, no están grabando con un dólar al món y Sara se casan en Montevideo, y el día de la boda comienzan a recibir así: "Nueva York, etc. Les deseamos mil felicidades con veinte árboles. Judith, otras palabras: Judith y Moisés han enviado cien dólares al Instituto Forestal en omo saludo a Salomón y Sara el día de su boda. Sembrar un árbol, y ponerlo a a al Instituto cinco dólares. El día que de la unión de Salomón y Sara nazca un egarán telegramas de Nueva York, París, Buenos Aires. .. respondiendo a la del niño. Por cada niño que nace de judíos brotan árboles, muchos árboles en las raelíes. Como por cada enlace, en cada aniversario, o al morir un judío. Es la lenar esa manifestación que entre nosotros da lugar a coronas de flores que se le sufragios y misas. Muere Abraham Levy y nacen árboles. Así crecen los el es cada vez más verde, más frondoso.

rdo hace veinte años y más, cuando iba a Israel, primero simplemente invitado, embajador de Colombia. Salíamos a conocer regiones, y veíamos en peñascales el sol a sembradores de árboles haciendo algo difícil de entender. Como el le va dando forma a un vaso de barro, ellos arrimaban guijarros para hacer un aban de tierra y sembraban su pino. Ignoro cómo se las arreglaban para que tuviera nar raíces y crecer. Sólo ahora, viendo los bosques nuevos, lo realizo. El Estado cosas semejantes. Los ríos antiguos de que hablan historia y evangelios de hace , se perdieron, y los descubrieron ahora, a metros de profundidad, bajo la tierra henzaron a brotar las aguas en surtidores para refrescar las piedras, mojar los dar a los árboles niños.

istoria de la erosión al revés, increíble, hay que verla, leerla, sentirla, porque es la dentro de este mundo nuestro que rinde culto al hacha que acaba con los montes, y do las montañas. Todo así. Quienes hacían los nidos de piedra entre peñascos eran graciados zapateros de los Ghettos que nunca tuvieron una flor en la mano, ni una donde sembrar una col.

lo le pregunto a quien me guía por el censo de los árboles, y me dice de los ciento

ones, me está hablando de un milagro que ha visto con sus propios ojos. Como si
y por qué, por amor a Dios, no hemos de hacer milagros nosotros mismos?

El milagro de los bosques

me ha impresionado de cuanto he visto en Israel como unos veinte judíos que
boles para un bosque en el camino que va de Jerusalén hacia Beersheva. Era el
la furia del sol parecía reventar entre las peñas. Pasábamos por un lugar aún
ásperas cuestas retostadas. Sacar la mano por la ventanilla del automóvil era como
e llamas. Y vi a estos judíos, viejos, de luengas barbas, con un pañuelo amarrado a
aciendo nidos en las rocas para sembrar los pinos de un bosque absurdo, como
ontra la realidad. Así han nacido todos los bosques de Israel. Estos veinte judíos,
ueden decir que lo que están haciendo es lo que ya hicieron quienes en trece años
de manchas verdes el más árido rincón del planeta. Su tenacidad no es tan
mo la de los que al llegar no vieron, en leguas a la redonda, ni la sombra de un solo
erlos con las picas quebrando las piedras, al rayo del sol, con sus caras que son las
esos inmóviles viejos de color de cera que en las grandes ciudades, en los barrios
ecen haber nacido sólo para ver cómo se les va arrugando la piel sobre la frente,
antados. Ellos están buscando un verde perdido hace dos mil años, decididos a
l aire que huele a piedra seca el aroma de las resinas perfumadas. En 1948 se
ado cinco millones de árboles. En 1957, treinta millones. Hoy van en cincuenta. El
próximos diez años es de cien millones más.

decirse que cuando hay un matrimonio de judíos ricos en cualquier lugar del
hoy un bosque en Israel. El regalo de bodas se hace en árboles. Quien compra un
co o diez árboles, pone en manos de la novia la lejana visión de los pinos que
recer en las tierras de la Biblia. Los veinte judíos que rompen las peñas al rayo del
estar convirtiendo en realidad el bosque que se ha hecho en torno a la novia
n el Viejo Testamento estaba dicho: "Una tierra buena, una tierra de arroyos y
que brotan en valles y montes, tierra de trigo y cebada, de sarmientos, higos y
rra de oliva y miel, una tierra en que comerán pan sin escasez. .

ntan bosques cuando una nueva criatura viene al mundo, para recordar la memoria
o del hijo, o porque los judíos de Buenos Aires quieren hacer simbólicamente un
encia y "suscriben" el bosque José de San Martín. Para el descanso de los turistas,
dere", en una "bellavista", en el recodo de un camino, se hacen terrazas, donde se
tomóvil y hay asientos y mesas rústicas para merendar. Y un puesto en donde se
jero a dejar un recuerdo: plante usted mismo su árbol. Compra usted su árbol, lo
ablece un punto de contacto que le hace sentir partícipe de los bosques que están
s peñascos.

mero ha sido ordenar las piedras, hacer con ellas muros de contención, terrazas. zas, los árboles contienen la erosión. Las cuestas duras y calvas se visten así de e piedra. Luego, son ruedos de pinos, olivares. En el desierto del Neguev los tienen las arenas movedizas. Ya los eucaliptos están aprovechándose para la papel, los algarrobos para forraje del ganado, los pinos y cipreses para las es. Donde hoy están los veinte judíos con las picas rompiendo las peñas, a la ez años podrán los novios que se casaron ayer en Nueva York sentarse a merendar ra que ellos mismos le dieron a un cierto lugar de su patria ilusión.

Las piedras y los montes

s libros sagrados se habla de árboles que tendían chales de verdura sobre las orno a Jerusalén. De eso no quedó sino la memoria literaria. Todo fue pelándose o se vieron sino rocas calvas. Se talaron los montes, el agua se llevó la tierra, beduinos con rebaños de cabras que royeron las raíces.

edras de Jerusalén son color de trigo maduro. Toda Jerusalén es de piedra. Las ras como la muralla que levantó Solimán el Magnífico. Las piedras de las colinas de calavera. Siguiendo el corredor de Jerusalén, a lo largo de un río seco —arenas —-, en muchos kilómetros, la montaña no parece sino un oleaje de piedra gris. La ia de Israel también tiene su Génesis. Tomando el hilo por la punta de Jerusalén, énesis comenzaría de esta manera: En el principio eran las piedras.

que recuperar el agua y los árboles, la tierra y su verdura. Se sabía que los ríos no os hilos perdidos al pie de la montaña. Llueve a cántaros tres meses al año, pero no e contenga el agua en las vertientes peladas, en los cauces mordidos por el sol. El de las nubes corría veloz al mundo subterráneo. Pegando el oído contra el suelo, ió oir el canto de los ríos tapados. Moisés enseñó el camino: picar la roca. Para bía que hacer que el río corriese al revés, con bombas.

araron el agua de las piedras. Esto lo hizo Israel el primer día. Hoy llueve sobre los os los días. Las llanuras secas comienzan a tornarse verdes huertos de frutales, rigo y maíz, viñedos. Son cientos de kilómetros cuadrados cubiertos por una red de erro galvanizado. Los campesinos no tienen sino que abrir una llavecita y funcionar los surtidores. Es la primera maravilla que desde el avión mira el do llega al campo de Lot: las plumas de agua que van girando al aire sobre los bre los naranjales, sobre los campos de trigo.

eba decisiva —el desafío— estaría en la montaña de piedra. ¿Cómo vestirla?

o lograr que las blandas raicillas de un árbol agarrasen en la roca? El hebreo, siglos contra todos los rincones del mundo, llegó a ser el Sheylock que defendió monedas de oro con las uñas, con las lágrimas, con el corazón seco. Ahora se reconquista de la tierra, con una tenacidad victoriosa. Los libros sagrados enseñan era campesino. La Biblia habla de los campos de trigo, los viñedos, los olivares, . Esa vieja estampa se borró. Durante siglos, y sobre todo en la Edad Media, el

lo tener acceso a la tierra. Se aglomeró en las ciudades. Su riqueza más severa s bienes muebles, en el oro. Se hizo avaro, banquero, usurero. Ahora canta su tierra. El día en que llega el agua a un pueblo trepado a ochocientos metros sobre valle, se celebra la fiesta del agua. La música, las danzas se desatan como un jardín le los siglos revienta de alegría. Eso es Israel.

ro ha habido que ordenar las piedras sueltas en la montaña, para hacer las terrazas. siete años, centenares de colinas han mudado de aspecto; ya tienen todas su falda . Luego, se han recogido los granitos de tierra, y cada repisa se ha convertido en el bosque. El plan consiste en sembrar seis millones de árboles. Cada árbol cuesta s para que pueda surgir sobre este suelo que parecía de maldición. El Fondo Judío strucción vincula desde hace años a todos los hebreos del planeta para devolverle a bosques bíblicos. Cada vez que una persona cumple años, cuando se celebran unas ta, o se quiere festejar a un judío, se le regala una tarjeta de cinco, de diez árboles. encarga de hacerlos sembrar. Los judíos de la Argentina han regalado un bosque: e San Martín, los de Cuba el bosque de Martí, los de la gran Colombia el de memoria de los judíos que murieron en los campos de Hitler se ha plantado una un bosque sagrado. El pino de Jerusalén que. niño, se ve fino y ligero entre las necesita agarrar un poco. Luego, él mismo se encarga de ir metiendo las raíces, de para levantarse seguro y bien nutrido. Y así, el viajero de hoy ya puede ver cómo a ises de la montaña desnuda van sucediéndose los verdes bosques que tiemblan de lén nacidos.

Bolívar es un bosque

lo los judíos quieren honrar la memoria de un hombre le consagran cientos, miles asta formar un bosque. El bosque Bolívar se ha formado así por la contribución de los judíos de América Española han ordenado sembrar en una montaña que hace era un pedregal. Ahora verde desde la cima hasta el último borde de las faldas. abras que en el oído de los pueblos de la diáspora resuenan con la misma eficacia sotros: Independencia y libertad. Son la doble pasión de quienes después de veinte n hallando en ellas la clave de todas sus esperanzas. El latinoamericano que ualquier auditorio de Israel, evoca la figura de un caudillo que en América hizo lo enen pidiendo por generaciones, despierta un brillo de aprobación en los ojos de scuchan. A su turno, el de Sur América se emocionará registrando que la paciencia talló y venció a meros tres siglos de existencia nacional, los judíos la tuvieron a que el mundo les permitió volver a su tierra y gobernarla. Ahora, para celebrar os años del nacimiento de Bolívar, los judíos han ido al bosque, y en medio de sus an estrechado las manos asiáticos y americanos. Había que recordar el verso de er en su soneto a Bolívar, escrito en el Campo de Boyacá, cuando el centenario de or ti todos los bosques son bosques de laurel. . .

o punto de enlace entre la lucha de los judíos y la personalidad de Bolívar lo pe Montilla Ortegana, Ministro de Educación de Venezuela. Para explicar al ecordó el breve discurso del terremoto: "Si se opone la naturaleza a nuestros charemos contra ella y haremos que nos obedezca''. Bastó decir estas palabras y ieron en el empecinado caraqueño una síntesis de lo que ha sido el surgir y imponerse del estado judío en un pequeño ámbito de enemigos que han querido ientras los pobres diablos salidos de los Ghettos miserables donde no tuvieron ultivar un geranio, cubrían de verdura los arenales y hacían de los Kibbutzin os de flores. . . Contra la naturaleza y contra los hombres.

mo es bien sabido, los judíos son reacios a que haya monumentos con ntaciones figurativas del hombre. La república que han fundado sorprende por la a de estatuas. El bronce abre el camino a los mitos, a cultos que están reservados a es. El lenguaje de los árboles es otro, y árboles sembrarán a millares si ha de rse al hombre que hizo la más increíble de las guerras en América. . . "por tí todos ques son bosques de laurel... '' Como el bosque consagrado a Bolívar hay otro para otro para San Martín. En cada montaña que fue árida y desnuda, los árboles que

cubren se truecan en una memoria verde para consagrar el ejemplo de quienes
sus vidas a la sombra de los bosques de laurel. Estas fueron palabras del
lor suramericano en vísperas de una batalla, y de ahí sacó su canto el poeta mexica
marchando por páramos, selvas y desiertos, hicieron una guerra como la de los

independencia, para quien tiene un sentido nacional de dignidad, es la vida.
dencia es la palabra que hay que recordar mil veces cuando se piensa en Bolívar.
n Israel se dice con bosques y jardines. Asi hacen de su mínimo estado el punto
el Asia Menor. Con una fe que es capaz de vencer a la naturaleza y someterla.

Cómo se vive en el desierto

ce cinco años recorrí el desierto de Neguev hasta Beersheva. Entonces el agua de on había llegado a mitad del camino, entre Tel Aviv y Beersheva. Quedaba aún una omarca de arenales por donde los beduinos y sus camellos decoraban para el e un paisaje antiguo. Hoy la carretera llega a la capital del desierto por entre de trigo, viñedos, plantaciones de remolacha, de girasol, de henequén. La a parece italiana, bordeada de árboles: cipreses, eucaliptos, pinos. Un judío o tuvo la curiosidad de traer unas pencas de henequén. Entonces los israelíes mportar las cuerdas, no tenían ni un lazo para ahorcarse. Hoy exportan lazos. La el henequén se ha multiplicado, como se multiplican las cosas en esta república ece establecida sobre las tablas de la multiplicación. El río, el único río de la a, que de la montaña caía a Tel Aviv, fue desviado, entubado, dirigido hacia el . Se hizo un lago artificial, de donde salen los acueductos que van al sur. A todos ones se hace llegar el agua por tubos livianísimos de aluminio, que las mujeres, las ueden remover y llevar del viñedo al huerto de naranjos, al campo de remolacha, la provincia como se riega un jardín. Donde hace cinco años la arena de las dunas día en un oleaje que no detenían los espinos, ahora el amarillo del paisaje es el del se pierden los ojos en un horizonte tostado como la corteza del pan. . . Y así hasta va.

o Beersheva sigue siendo el oasis. Es el oasis grande del Neguev. Los beduinos n caravana al centro de Beersheva, y cuando sopla el hatnsin, que es el viento del , la arena corre por las calles, se mete en las casas. Alcanzan entonces su mayor xpresiva dos maneras de decir que usamos en castellano y que sólo en Beersheva do apreciar bien: eso de "al rayo del sol" y "el aire seco que quema pajaritos". La l levantarse, forma una como niebla que hace ver verde al cielo y blanco al sol. El —¿por qué tendrá este viento nombre casi de flor?— se acuesta en la noche. Se orque no se mueve una hoja en las palmeras, que parecen abrir sus espadas quietas, elador de armas siniestro. Desde la terraza, en Beersheva, por la noche, se oye el de los chacales. Quizás el de las hienas. Disculpe el lector si me tomo una za con él y le digo que en Beersheva hay noches, como ésta, de luna hiena.

ómo viven las gentes del desierto en este oasis de Beersheva? Árabes y judíos se en bicicleta. Las madres sacan a pasear a los recién nacidos en cochecitos de con llantas de goma y radios de metal cromado. Como sacados ayer de la tienda de en Nueva York. Rumanos, marroquíes, polacos, rusos, argentinos, sudafricanos, se

en muchedumbre del café al cinematógrafo. Anoche, la película era "David y
". Dos héroes locales. Las tiendas, atestadas de radiolas tan finas como las que
en Roma o en el mejor centro de Europa. A veces llega un árabe millonario, como
, en un Cadillac. Beersheva crece como espuma. Hace 75 años no era sino una
el mapa. Hoy es una ciudad. Pero cada nuevo bloque de casas —todas tan 1960
s de un nuevo barrio de París o de Méjico-— es un avance sobre el desierto. Y al
esierto que se encoge no le queda otra venganza sino la de empujar con el hamsin
as, dejar el cielo verde, blanco el sol, hiena la luna y cubiertas de arena las casas.

un desierto el de Beersheva donde he oído a cuatro trabajadores hablando en
me he acercado a saber algo de su vida y me han dicho que vienen de Tánger. En
das de libros —se venden libros como pan— hay cantidades de obras en hebreo y
arios hebreo-rumanos. Y lo que hasta ayer no fue sino sed, desolación y vacíos, es
bazar de idiomas y esperanzas en que se agrupan los hombres como moscas a
turrones de almendra y miel, barritas de coco fresco, baclavas y semillas tostadas
ama y de maní, dátiles, higos. . . La cocina de los ángeles de oriente.

El kibutz de Ben Gurión

mitad del camino entre Beersheva y Avdat está el kibutz de Ben Gurión, en el del Neguev. La carretera, una espléndida carretera asfaltada, como todas las de orre por entre un paisaje de arenas y dunas, que lentamente van rompiendo las s verdes de sus conquistadores. A distancia se ven las tiendas de los beduinos, as a la arena. Se mueven, como manchas de tinta, rebaños de cabras. Los cuidan inas de amplias túnicas negras que les llegan hasta el tobillo y que el viento bate anderas de harapos. Inmóviles camellos hacen con la larga S de sus cuellos s para tarjeta postal, y en sus grandes ojos tristes formulan la pregunta de rigor: ieres tomarnos una fotografía?" Son unas bestias proféticas que anuncian, quizás, de las dunas peregrinas. Paralela a la carretera corre una tubería llevando el agua, petróleo. Pero del desierto necesita, tanto como el beduino y el camello, Ben Ben Gurión es un hombre feliz porque tiene asegurado desierto suficiente para final de sus días. Cada vez que busca un reposo, se va al desierto. Es la manera Cuando dejó el gobierno, estuvo de pastor, cuidando de un rebaño de ovejas as. Y así, en este Neguev de sus entrañas, se le refrescan los ímpetus profetices an permitido amurallar su estado de Israel. Ahí, en su kibutz, las diminutas casas olonos parecen ciegas. Sigue soplando contra ellas el viento del desierto que tiene na que aire. Acercándose a estas casas sin ventanas, se encuentra que cada uña patio, y en el patio hay un jardín. La de Ben Gurión lo tiene, y lo tiene con rosas, dos los otros colonos. No hay rosas más rojas ni más grandes en toda la república as rosas del desierto. Las retamas son explosiones de oro. Los cactus, como es stán en su propio mundo, y forman al pie de los muros eras de mariscos vegetales. llegamos al kibutz, el automóvil del Primer Ministro nos indica, frente a su casita, ha venido a pensar en la Biblia el formidable viejo que ayer hacía en el congreso rso sobre Siria. Como Primer Ministro, él piensa que su inmediato antecesor, Macabeo, restaurador de Israel tuvo un paisaje como ese para inspirarse y para

ro Montanelli le preguntaba cómo podía hablar de Judas Macabeo como si ocupado el ministerio de gobierno unas semanas antes, siendo así que la distancia po entre los dos era de milenios. "Tenemos un precedente —le respondió Ben — el de Abraham, que en estos contornos cavó un pozo y plantó un árbol..."

y kibutzim (kibutzim es el plural de kibutz) en las montañas, los hay en las orillas Pero Ben Gurión tenía que hacer el suyo en las arenas de Neguev. "Nosotros —le Montanelli— no podemos ser como los demás, porque si lo fuéramos no seríamos esto querría decir que el mundo no tendría necesidad de nosotros. Si existimos es esta existencia nuestra tiene un motivo de ser, y no tenemos el derecho de arlo. Para darnos cuenta de lo que debemos hacer, tenemos un antecedente to: el de Moisés, cuando vio que su pueblo estaba olvidándose de su obligación de into de los otros, lo condujo al desierto y lo mantuvo allí, pastoreando, por a años continuos, para dar tiempo a que crecieran dos nuevas generaciones y ran que eran los elegidos. También nosotros debemos esperar a que vengan las generaciones, pero, desgraciadamente, mientras llegan no podemos conducir a las pastorear y a morir en el desierto..."

cierto es que Ben Gurión ha introducido algunas variantes en las normas de sus tos antecesores, Moisés y Judas Macabeo, lo mismo en el gobierno de la república la vida del desierto. Como los beduinos plantan sus tiendas negras, Ben Gurión us tiendas verdes. Su kibutz ha dado vida a una plantación de duraznos que ahí, s arenas, forman una tolda de esmeralda. Lo extraño es que no se producen en toda olica duraznos más ricos. Llegan a pesar medio kilo y la miel de sus carnes no er ni más dulce ni más perfumada. Rachel Tov, que nos acompaña, nos dice con un mo que raya en fanatismo: "¿Cómo es posible que las raíces de estos árboles de este desierto semejante miel?"

Un viaje a Tel Arat

nversando una noche con el prefecto de Jerusalén me hablaba con inmenso mo de Tel Arat. A todo lo que dice el prefecto le da un toque de frescura osa con su castellano del siglo XV, que él sigue hablando así como si todavía no muerto Santa Teresa. "Tel Arat es lo último que han topado —me decía— los Está cerca del Mar Muerto, y tuvo que ser, unos mil ochocientos años antes de un centro de encuentro de las caravanas, en donde la vida alcanzó ciertos ientos que corresponden a los de las mujeres de nuestro tiempo. Se han hallado los propios del maquillaje de entonces. Nunca quiso una dama palidecer como za desteñida, sino florecer como naturaleza coloreada. Pero el descubrimiento de at es tan reciente que apenas hace un mes se han tenido noticias de las iones. El jefe del estado ha visto los trabajos dos días antes de que nos hable el . Israel crece lo mismo como república arqueológica que como país moderno. e Tel Arat hay una ciudad ya grande —tiene cinco años de fundada—, Demona. udad nueva ni la arqueológica figuran en los libros. La geografía en Israel «amina ta prisa que los mapas de un año no sirven para el siguiente. Y ni Demona por ni Tel Arat por vieja, se encontrarán en las cartas geográficas, ni en las ógicas. La muerta y la viva han sido sacadas del desierto. Las dos quedan un poco en de la nueva carretera que se construye entre Beersheva y el Mar Muerto. "Si andar a Tel Arat —nos dice el prefecto— tendréis que tomar un jeep en va... " Efectivamente, un automóvil no podría aventurarse por esos arenales.

Beersheva, cabeza de puente tendida sobre el desierto de Neguev, la hemos visto Hace seis años era poco más que un campamento de beduinos; hoy, como eran las s del West en los años de los placeres del oro de California. Y más. Tiene 40-000 es. Su historia es, con todo, más antigua. En Beersheva (o Bersabé) cavó un pozo m. Figura en los mapas bíblicos. . . y ahora reaparece. Beersheva es el lugar de alen por las mismas salidas el beduino con sus camellos, el trabajador en busca de l pionero en automóvil. Nosotros, a las siete de la mañana, en un jeep. . . Nos os al mundo de los beduinos.

guimos el trazado de la gran carretera que unirá a Beersheva con el Mar Muerto en ma más directa que la del camino actual. La obra está cruda, pero la terminarán en . Nosotros seguimos una red de caminos secundarios que bajan y suben por las que se descuelgan por los flancos de las obras de banqueo, o se pierden en la A la distancia, de cuando en cuando, vemos las tiendas de los beduinos, o una fila

ellos. En ciertos puntos de estas soledades, unas banderitas de latón en astas de ndican las paradas de los buses. . . Cómo y para qué corren acá líneas de buses, es as lindas contradicciones del arenal. Después de una hora de rodar, llegamos a un n donde ya hay distribución de agua en tuberías, y unas plantaciones de almendros, emilleros de pinos, eucaliptos. . . Con una manguera el judío va de arbolito en dándoles de beber. Nos dice con enojo: anoche un beduino ha soltado aquí dos s y se han devorado treinta y cinco almendros. . .

ómetros adelante, en una loma, vemos una casa de ladrillos. "Es la escuela", nos l chofer. Trepamos, y estamos en la escuela de los beduinos. En cuatro clases, un r de chiquillos que aprenden a leer, aritmética, geografía... El que vive más cerca á cuatro kilómetros. Para los chiquillos y para los mayores es fascinante esto de scribir. Se les enseña en árabe. Abrimos en cualquier parte la cartilla, y cada uno corrido el trozo que se le señala. Escriben esas bellísimas letras árabes, tan bien l maestro. Cuando un chiquillo de doce años traza con la tiza una frase en el la deja pulida como un encaje. En tiendas viven unos muchachos que tendrían que decenas de kilómetros si vinieran de las de sus padres.

dia hora más y nos encontramos en el cuartel general de los ingenieros. Los que a carretera, los que están construyendo la ciudad de Demona, los que estudian las as químicas del Mar Muerto, los que trabajan en las excavaciones arqueológicas Arat. Aquí todo es limpio, moderno, eléctrico. Los muros, de piedra; verde el Nos sentimos como en una casa de California o de Florida. Acaba de llegar un e canadienses que visitará, como nosotros, a Tel Arat. Pero antes de ir a Tel Arat nsejan echar un vistazo desde un cerro vecino al Mar Muer to, que quedará a s pies.

cerro es un pedregal que parece quemado por la lava. Los guijarros son de color
o, semejantes a trozos de hierro. A la distancia tenemos unas montañas que
de leche y zafiro: al pie quedaron abrasadas Sodoma y Gomorra. Abajo, el Mar
con el agua azul planchada. Ahí, no se levanta una onda. Y aun el tiempo parece
encadenado.

* * *

la punta de un cerro que se eleva a ciento y tantos metros sobre los arenales está
t. Cuando surgen estas eminencias, los arqueólogos saben que basta excavar en la
algo se encuentra. Aquí vemos destapados unos laberintos de muros que, para el
, apenas sirven de base para ejercicios de imaginación, y que el sabio interpreta
en las ruinas lo mismo que en un viejo pergamino. Quizás, antes de que lloviera
obre Sodoma y Gomorra, antes de que la mujer de Lot quedara convertida en
de sal, el Mar Muerto sería un Mar Vivo, y las caravanas hallarían en Tel Arat un
reposo y de comercio. En todo caso, destapada la costra que cubría hasta ayer a
hemos visto el lugar que fue hace cosa de cuatro mil años un fuerte refugio de los
bíblicos. Como únicos puntos vivos de color, al fondo de los fosos, apenas se ven,
todas las ruinas, las cajitas amarillas de las películas Kodak que van tirando los

media hora de Tel Arat está Demona. Hace cinco años Demona era un punto no
ado en el desierto. Hoy es el principio de una ciudad. Viven unos millares de
de trabajo en casas de apartamentos de dos o tres pisos. En la calle del comercio
das, bares, máquinas de café, heladerías, etcétera, y una muchedumbre de gente
ue conversa con las manos y chupa paletas de helado. Unos chiquillos, en el
de correos, que tiene una escalera de cemento tendida al aire, han inventado un
eligroso que les divierte muchísimo: en una tabla que han arreglado como trineo,
a rodar por la escalera, y se creen en un tobogán. Como Demona es un buen
e partida, un campamento para los trabajadores de las industrias químicas del Mar
se explica que haya crecido súbitamente, a la estampía.

a regresar a Beersheva tomamos otra ruta del desierto. Ya hace una hora que se
borrado entre el polvo la imagen de Demo na, es mediodía y vemos a la distancia
de cabras, manadas de ovejas, filas de camellos que convergen a un mismo punto.
, No es un espejismo. Cuando llegamos al lugar, aquello es como una feria de
que encuentra su explicación el mundo de los arenales. Sin premura, seguros de
mpre, al mediodía, tendrán allí su asamblea de toda la vida pastores y animales, el
de cada beduino va llegando a su bebedero, y el beduino, sacando agua del pozo, a
, sirve a sus bestias con ininterrumpida diligencia. Los camellos, indiferentes,

su turno, se echan, paseando por encima del hombre sus anchas miradas
ntes. Una camella amamanta a su cría. Las ovejas se apretujan, y no hay una negra
parte ahora del rebaño. Los pastores que, concluida esta faena, se alejarán dentro
hora para volver a sus soledades, no se hablan entre ellos. Su familia son esas
que caminan con ellos por las dunas. Entre ellos poco tienen qué decirse. Se miran,
ntes, como los camellos. Hemos quedado prisioneros de un mundo que sólo
mos en poema, o en fotografía, y nos parece poco el deslumbrante sol para
r la escena que radiante nos circunda en estos arenales.

Los guerreros de los Ghettos

la Galilea occidental se ha formado el kibutz de los luchadores de los Ghettos,
ado a la memoria del poeta Yitzhak Katznelson. Quienes viven en él, son los
res sobrevivientes de los Ghettos de Polonia y de la Europa oriental, guerrilleros
mbatieron en los bosques de Polonia, Lituania, Ukrania y la Rusia blanca. Están,
odo, quienes promovieron la revuelta del Ghetto de Varsovia, entre ellos un
ante y unos cuantos líderes del movimiento clandestino. Dos de ellos han ido a
n a declarar en el juicio seguido contra Eichman. Cualquiera de los otros sería un
de excepción. Acercarse a este kibutz es acercarse a la entraña humana que no
a aniquilar la mano de fuego del nazismo. Cada uno de estos campesinos tiene al
na epopeya. Es un sobreviviente heroico a quien no es fácil ponerlo a hablar de sus
s miserias. Es cierto que en este kibutz se ha formado el museo más completo de lo
ron las atrocidades de Varsovia y que cada año 20 000 judíos se reúnen acá para
r su lucha y gozar de la victoria contemplando este campo abierto, sin muro de
sin cerco de alambre, sin ojos espías. Pero el héroe que nos muestra el kibutz
de los 160 fundadores— se empeña en hablarnos sólo de las plantaciones de

y de naranjos. Otro, que se ha convertido en experto en bananos, nos enseña la a. Y como el campo —son mil acres— se extiende hacia el mar, y se ven girar los es refrescándolo y hay un trozo del gigantesco acueducto romano que atraviesa uente de cien ojos, se podría pensar que aquí la tierra no es sino un pedazo de Italia or los dioses a Galilea. Hoy, de los 160 polacos que comenzaron a trabajar en n nacido 180 hijos. Se diría que aquí no hay sino una república infantil, que surge mirada paternal de unos hortelanos.

a cosa es entrar al museo. Un sobreviviente que hoy tiene 75 años ha logrado r el modelo de lo que fue el campo de concentración en Treblinka, donde on 700 000 judíos. Si ese hombre, que salvó la vida de milagro y habita hoy el no hubiera hecho esta maqueta, se habría perdido la espantable imagen de un del cual no ha quedado fotografía. Están los planos de Varsovia con la sección del que hicieron amurallar los nazis para que los judíos que trabajaban de albañiles an su propio corral. Las hojas clandestinas que llevaron la voz de la revuelta. De la que se prendió con la ciudad vencida hay las fotografías sacadas de los archivos.

puede ver, recreada, la risa satánica de los oficiales nazis cuando se tomaba a un en la calle, se le quemaban las barbas con alcohol, a la vista y presencia de los ntes. Los que cavaban su propia tumba. Los bultos de cabellos cortados a las para aprovecharlos en la industria. . . Esa era la última idea de los verdugos: que ran de esta vida los vencidos sin contribuir hasta con el último pelo a los bancos ojos humanos que aprovecharía la química nazista. Los pergaminos sagrados, dos en cajas armónicas de instrumentos de música de cabaret. Sólo hay una ía que brilla por su ausencia: la de Eichman. A Eichman no le entusiasmaba e. Le bastaba ordenar la carnicería y oír los gritos de la desesperación

s últimas voces, las cartas pidiendo auxilio se enviaron a donde pudo ingeniarse el cosado. Veo en el museo dos tarjetas postales dirigidas a Samuel Lubelchik, o 1-511, Bogotá. Tienen fecha de 1941. Serían las últimas que se pudieron enviar. o por Lubelchik, y sé que se vino a Israel. Vive ahora en un pueblo de inmigrantes es, no muy lejos de Tel Aviv. Trabaja en una fábrica. Colecciona estampillas.

a Eichman se le trajera a ver el museo del kibutz tendría un buen material para r la memoria. Dudo que alcanzara a conmoverse. Dudo que alcanzara a tirse. Y quienes fueron sus víctimas, sólo quieren pensar en los bananos, las s, las vacas y los pollos. Para quienes el museo es un recuerdo espantable, pero o, es para nosotros. Y quizá para las nuevas generaciones que no supieron lo que parte de la historia contemporánea. Lo que el visitante saca en limpio, al ver el de tierra verde que han convertido en huerto y jardín 168 que escaparon a la

es la comprobación de lo que representan como humanidad perdida seis millones humanos que Eichman envió a la muerte.

Viaje submarino en seco

Jerusalem hacia el Mar Muerto lo primero que sorprende es el desierto sembrado
as. Aldeas que han surgido en estos veinte años como satélites de la ciudad. Una
onsiste en bloques y bloques de edificios uniformes, sólidos, con capacidad para
einte mil aldeanos que tienen en cada apartamento, desde el día de su ocupación,
z, teléfono y televisor. Se movilizan en automóviles, en bus. Hace veinte años,
e alza cada una de esas aldeas —ya son decenas—, ni cabras. En una escuela de
preguntaba un niño al maestro: —¿Qué es un desierto? —Un lugar a donde no han
los judíos, contestó. Nosotros mismos confundimos la idea de desierto con las
anuras del Sahara, cuando pueda ocurrir que los desiertos sean, como en este caso,
rros y colinas secos, cubiertos de piedras o arena donde no crece el brote de una
Insensiblemente bajamos kilómetros. En un cierto lugar, en la pendiente de un
n letrero: Nivel del mar. Y el mar ¿dónde está debajo de esa raya? Es un mar seco,
nchido de aire caliente. Hay que recorrer kilómetros para llegar al mar de agua a
entos metros por debajo de la raya. Un Mar Muerto. Vamos a hacer, como se ve,
submarino en seco. Nos empuja la curiosidad de los rollos. . .

una altura en que normalmente viven en el fondo del mar pulpos y langostas, se
ciudad más vieja del mundo: Jericó. Ahora los arqueólogos excavan y excavan en
e los muros derruidos al son de las trompetas. Se han hallado evidencias que
n a pensar que todo ocurrió como lo dice la Biblia, pero ya comienzan a pensar los
que lo de las murallas pudo ser simbólico. A la Biblia hay que creerle, pero sin
que todo ocurrió literalmente como se dice. Con unos escritores tan imaginativos y
cos como los del Antiguo Testamento, ¿no podría ocurrir que se tratara de una
de dificultades? Son los riesgos que se corren al entregar a los poetas asuntos tan
omo la historia.

evidente, para el visitante, es mejor que lo de las murallas. En la ciudad
na de Jericó, son pocas las manzanas de casas, y verdes los huertos, frondosos los
sombreadas las calles. Es un remanso en medio de las peñas donde la tierra
se asentó y alternan con palmas de dátiles, ciruelos. La tienda del camino es un
o de frutas rojas, doradas, carmesíes, como los mercados de nuestra América del
. . . A dos o trescientos metros bajo el nivel del mar.

fondo, ¡el Mar Muerto! Entre jorobas de cerros color de camello, donde rueda la
or las peñas. La arena es el agua en estos pagos. Sólo una maldición bíblica pudo

r este charco de agua pesada, donde el hombre flota sin poder hundirse, con un olor a diablos. Hace infinitos años en esas honduras había dos ciudades, mucho tadoras que el *Jericó* que está más alto. Dice así el relato de su suerte: "Los dos llegaron a Sodoma por la tarde. . Llegamos pues al horizonte de una historia que za como si nada, así (pero cuyo título es: "Destrucción de Sodoma y de Gomorra") l no puede mirarse, sin tener al lado los Testamentos). Se lee enseguida: "Lot sentado a la puerta de Sodoma. Al verlos, Lot se levantó a su encuentro y dose rostro en tierra, dijo: —Ea, señores, por favor desviaos hacia la casa de siervo. Hacéis noche, os laváis los pies, y de madrugada seguiréis vuestro camino. jeron: —No: haremos noche en la plaza. Pero tanto porfió Lot con ellos, que al fin edaron en su casa. Él les preparó una comida cociendo unos panes cenceños, y n...” De tan sencillo panorama ¿qué vio Abraham dos días después? "Dirigió la en dirección de Sodoma y Gomorra y de toda la región de la vega, miró, y he aquí ía una humareda de la tierra, semejante a la humareda de un horno”. Hoy la vega ar muerto. En el Génesis se sabe cómo murió un mar.

beduino, por estas orillas, buscando una cabra extraviada, en el 47, trepó por las dio con un vacío. Tiró una piedra, y oyó como el ruido de una tinaja que se Al otro día volvió. . . Así comienza el cuento de los rollos del Mar Muerto.

Sodoma, en el Mar Muerto

Beer Sheba al Mar Muerto se sigue una carretera que atraviesa en buena parte el . Vemos una aldea de 10-000 habitantes que se ha formado en pocos años. La han judíos venidos de Sudáfrica. Ayer era un arenal; hoy un centro con inmensas de tejidos. Una plantación de olivares y pinos indica hasta dónde llegan los tubos abuloso acueducto que, por miles de kilómetros, han tendido los israelíes. Aún se ado y lado del camino, rebaños de ovejas y grupos de camellos, cuidados siempre uinas. El camello decora el paisaje del desierto, como el cuello de la góndola los de Venecia. Con el camello camina el desierto. La joroba que lleva a cuesta —su e— es una carga de huesos y pelo sucio que corresponde a la vida miserable del El camello tira el arado primitivo del beduino, cuando el beduino se decide a arar rena. A distancia se ven las tiendas como telas de araña tendidas sobre palos en desorden. Adentro, los beduinos se tiran a dormir sobre alfombras, mientras uinas cuidan del rebaño. Acercarse al camello para fotografiarlo no es difícil. se a la beduina es aventurado. Ella quiere y no quiere —teme— que la retraten. . Se cubre el rostro y lo destapa. Hace que le vean los collares, y los esconde. Una rto amigo mío se colocó a cinco metros de la beduina y sacó el retrato en el

to mismo en que ella le lanzaba una maldición. Del rollo Kodak fue esa la única
ía que se veló.

Demona, hacia el Mar Muerto, la carretera baja y baja. Baja por extraños paisajes
pasando del color de las arenas tostadas a un beige claro, casi blanco. Es un
lunar con un ardor infernal. El Mar Muerto está a 460 metros bajo el nivel del
Es el hoyo más hondo de la tierra. La carretera va por un cañón en donde las
orman figuras de nubes convertidas en monumentos de sal sucia. Las gentes
en en las gigantescas moles pórticos de catedrales, pulpitos, troncos de una selva
da, monstruos, narices de elefantes. . . todo lo que se ve en las nubes. No hay nada
itado que la imaginación del hombre. Siempre ha sacado de las nubes las mismas

Mar Muerto a la vista! Ahí han venido a detenerse, para cocinarse, las aguas del
Allá, en un pedacito aún verde de la orilla, el sitio mismo en donde una vez fueron
y Gomorra. ¿Cómo se le pudo ocurrir al hombre hacer una ciudad en semejante
? Sobre el agua del mar, densa, el cuerpo flota. Se mete la mano en el lago y se la
itada, con un aceite que, no se quita sino lavándose en agua dulce. El agua dulce
rdaban, si podían guardarla, en sus cántaros, las pecadoras gentes de la ciudad
, las pecadoras de labios salados.

s israelíes han montado grandes fábricas a orillas del Mar Muerto. Ellos han visto,
ente, en la olla podrida -de esas aguas químicas, un tesoro de sales y energías
as que comienzan a explotar. Han encontrado que en los niveles más bajos del
nde la temperatura llega a 90 grados, se conserva hirviendo un capital perdido que
onvertir en elementos de trabajo para la industria. Por la playa, no caminamos
rena, sino sobre sal. Los bañistas reumáticos flotan, sin lograr sumergirse, como
es convertidos en muñecos de corcho.

unas rocas de sal, fabulosamente trabajadas por el agua, el viento y el sol, la gente

seleccionado una para ver en ella a la mujer de Lot. Debajo hay un café que se
Bar de la mujer de Lot. El camarero, un muchacho trotamundos venido del
que sirvió primero en el hotel de una colombiana en Tel Aviv, nos invita a escribir
postales para que las despachemos "de la oficina postal más baja del mundo". Nos
sobre la vida en este hoyo: "hay nueve meses duros, como hoy, pero en los tres
e invierno éste es un lugar ideal. Y no lo olvide usted: las aguas del lago curan el
smo". Yo sigo pensando cómo pudo ocurrírsele a Lot salir de Zoar con sus dos
ra llegar a Sodoma. Sodoma fue tres meses del año un paraíso nacido de nueve
e angustias infernales. El pecado nefando fue el producto de ese paraíso.

n un arqueólogo venido de Rusia, entramos en las cuevas. El Mar Muerto está
anillo de rocas —paisajes arqueológicos, imágenes de cataclismos— y cuevas de
camina por entre oscuras galerías en que rara vez se puede andar con el cuerpo
hasta llegar a la gran tronera, al maravilloso embudo de luz, donde los pliegues
erra caen de una altura de cien metros en una prodigiosa demostración de belleza
.

hebreo, que traduce para nosotros Rafael Dascal, el excelente cónsul de Colombia
Aviv, nos dice el arqueólogo: "En el fondo de estas cuevas pueden hallarse
dos los grandes secretos de la tierra y de la historia. Por ejemplo, los rollos del
uerto. .

Poesía e historia en tinajas

ce veintitantos siglos vivían en el desierto del Mar Muerto unos como ermitaños. nentaban de dátiles y langostas y un poco de historia y poesía. Escribían. lidos entre la soledad y la fe, allá donde el sol es implacable, espesa el agua del re las peñas y el cielo azul resplandeciente, los solitarios no tienen otro punto de ia sino Dios. En el rollo escribía el solitario con una caligrafía perfecta. A dos mil años de distancia no ha perdido la claridad de sus rasgos nítidos y firmes: No soy lvo y cenizas, ¿Qué puedo hacer a menos que Tú lo hayas querido?, ¿Qué rar sin que Tú lo quieras? ¿Cómo podré sostenerme a menos que Tú me apoyes?... el solitario comentarios a los salmos. Historias que nos dan ahora una imagen de y las creencias en el fondo misterioso de donde iba a surgir Jesús de Nazaret. y enrollaba la tira de ese extraño papel primitivo o pergamino que ahora blamos en el museo de Jerusalem. Como cada verso tomaba para el solitario el de un misterio sagrado, escondía el rollo en una vasija de barro y lo metía en el más oscuro de su cueva. Debió tener el presentimiento de que llegaran al desierto anos groseros e irreligiosos. Tenía que poner las tinajas llenas de poesía donde malditas no las tocaran. Hizo más: metió las tinajas en zurrones de piel de cabra, y ó con cordones de cuero. Quien llega ahora a las cuevas, y se mete en ellas, y ve ones de los escondrijos, se explica cómo hubieron de pasar dos mil y tantos años que nadie llegara a las alacenas de la historia perdida.

1947 Elázar Sukenik, el arqueólogo, llegó, como siempre a su estudio en la idad Hebrea de Monte Scopus. Era en los días en que se jugaba la suerte del udío en la Liga de las Naciones, en Nueva York. La frontera entre Israel y los un rollo de alambres de espinas. Pasar al otro lado, una aventura mortal. A poco de ser los bombardeos de Tel Aviv por los egipcios. Por el momento todo estaba sperando el fallo de Nueva York. Sukenik repartía su mente- entre lo que estaba en la torre de vidrios de Nueva York y las edades del Génesis. Llegó a su estudio, puerta, y encontró sobre la mesa un mensaje que parecía venir del otro mundo. nes. Un anticuario armenio, que con cierto misterio, le decía: Tengo algo raro que . Sukenik conocía al armenio, hombre serio. Tendría que encontrarse con él, le teléfono, en el alambrado de la frontera, puerta B de la Zona Militar. . . La cita era día siguiente. Sukenik, en su clase, tuvo que hacer inauditos esfuerzos para rarse.

e contó el anticuario la historia del beduino de Jericó, que andando entre las peñas

cabras había descubierto en el laberinto de una cuerva el zurrón de la tinaja. Ahí los rollos —luego se hallaron tinajas y tinajas de historia y de poesía, pero lo que incrédulos el comerciante, beduino, y el arqueólogo era algo que nadie entendía. que el beduino había querido vender el cuero del zurrón a un zapatero. . . tuvo el presentimiento, y algo pudo leer. Había que salvar los rollos y los. Todo el mundo estaba pegado a la radio, pendiente de las votaciones en York. Cuando Sukenik subía al bus de los árabes, era el único pasajero judío. entre el estado judío que iba a ser reconocido en Nueva York esa noche —o — y la historia perdida encontrada de dos mil años atrás.

nsé reunirme con el armenio el 28 e ir con él donde el anticuario árabe, pero mi ra opuesta terminantemente a un viaje de tantos *riesgos. Yo* vacilaba. En la tarde Tel Aviv mi hijo *Yigael,* le hice cuento y se apasionó. . Quedó cerrado el negocio la gente saltaba de entusiasmo en Jerusalem por el reconocimiento, y los árabes an los cañones. Al fin, se salvaron Israel y las tinajas. Hoy el asombro está en el de Jerusalem. Nadie puede creer que tanta poesía y tanta historia se hubieran ado en vasijas de barro metidas en zurrones cocidos hace más de dos mil años.

Avdat, otra esfinge en el desierto

mitad del camino entre Tel Aviv, sobre el Mediterráneo, y Eilat, sobre el Mar Rojo, o es sino un punto de referencia en medio del desierto. Durante catorce siglos olvió a saber de esta ciudad que fundaron en el II antes de Cristo los nabateos. En VI alcanzó su momento de mayor esplendor. Las especias, los tapetes, las piedras s que de la India y Arabia traían las caravanas a Pietra y a Eilat, llegaban a este de allí los nabateos, pasando el desierto del Neguev, las llevaban a los puertos del ráneo en el Asia Menor. Esa historia quedó escrita, más que en los libros antiguos, ena. Avdat era el recuerdo perdido. Alguna vez un viajero británico, Palmer, visitó as, en 1871. Pasaron más de sesenta años, y unos arqueólogos otra vez llegaron al Cuando, no hace mucho, los israelíes emprendieron los trabajos de la carretera ilat, Avdat surgió un poco a la manera como fue descubierto Machu Picchu, en el os ingenieros vieron con pasmo, subiendo al tope del cerro, que allí estaban las le una fortaleza, un monasterio, dos iglesias cristianas. Así reapareció Avdat. Y pando a ese mirador formidable, abajo, si se ven a veces las filas de camellos, lo prende son los automóviles que viajan de Beersheva a Eilat.

s arqueólogos han venido descubriendo al pie del cerro cuevas que fueron amplias

aun baños termales. Han restaurado un camino, o escalera labrada en las peñas gar a las alturas de los templos. Han puesto a la vista inscripciones de hace quince Han realizado esas maravillas que hacen en todo el mundo los arqueólogos, pero este caso vienen a poblar de imágenes lo que parecía el corazón de la soledad o en medio del arenal.

gar a la plataforma de los grandes monumentos en la cima del cerro, es una de las mpresionantes experiencias que pueden tenerse en Israel. Toda una ciudad ada, con su amplio recinto para refugio y bazar de los mercaderes, las columnas s de los templos, los restos del antiguo monasterio, la terraza que sirve de mirador l desierto, son como un gran foro, con sus basílicas, levantado a la altura en que as águilas sus nidos. Primero los nabateos, con Avdat, su rey, contemporáneo de s el Grande; luego los romanos, y por último los bizantinos, le fueron dando al a grandeza que ha quedado como una nueva sonrisa de otra esfinge, para que el de nuestro tiempo explore los misterios del desierto.

n hallado los arqueólogos en la base de las columnas objetos de los nabateos, es a la conquista romana; luego, bronces romanos, como una preciosa estatuita de a; y, por último, en las dos iglesias cristianas, inscripciones como éstas: "Germano, Alejandro, de santa memoria, que vivió diecisiete años y siete meses, y murió, el noveno día del mes del Señor, el año 445, catorceavo de la indicción". El rio es notable, porque es una alberca en forma de cruz, revestida de finas lozas de . Los siete u ocho siglos de la historia de Avdat desfilan así en un calendario que la cerámica, el bronce, el mármol, los reinos y los imperios desaparecidos, y el r del cristianismo, todo frente a un reloj de arena, todo bajo un reloj de sol. Ahora ro descubre que también para él, en una época de máquinas y reconquistas, hay en rto sus oasis. Y éste no puede ser mejor.

Los Derechos Humanos

l autor al recibir el premio israelí como defensor de los Derechos Humanos en nérica.

e la nación judía de Israel venga a la casa de este cristiano viejo, con palabras de n las manos una rosa de Jericó y un papel honrándome como defensor de los s humanos, me conmueve y abruma. Actos como éste van más allá de un símbolo l, son puentes tendidos sobre abismos que por siglos han separado a quienes una historia común en el Antiguo Testamento. De nosotros todos son el Cantar de tares y los Salmos y las palabras de los profetas que resuenan en los dos templos. é si el decálogo nos une, la historia nos separa? Para mí, hay algo entrañable que rca a los judíos: la enconada persecución de veinte siglos. Se les despoja de sus sus bienes, se les segrega en las ciudades de Europa. Se les trata como si no fueran al resto de los seres humanos. . .

enas ahora, en este siglo de todos los diablos, comienza a igualársenos. Tan tables fueron para Hitler los judíos de Prusia, Austria o Polonia, como ahora son dos para el Zar de los Soviets los cristianos de Polonia. Fastidia, aíra a quienes n un poder total que haya pueblos que ponen por abogado de la justicia una za llamada Dios.

bleva y desconcierta hoy que no se haya denunciado, que se tolere en silencio una a como la que aplauden los tambores de lucha contra el analfabetismo, en que a as gentes nacidas en el santo temor de Dios se las inicia en una cartilla que sólo a odiar. ¿Cómo es posible que la primera palabra que aprenda a descifrar el no, sea la consigna del partido que propugna por la violencia? ¿Cómo se están ando las raíces de los pueblos encaminados a la paz?

cusadme, si como complemento a esta cena y a este premio, pido unos momentos xión sobre los derechos del hombre. Suele decirse que ellos vienen de Filadelfia, Filadelfia los copiaron los franceses, y que ahora los refrescan las Naciones Eso es olvidar el derecho original. La libertad de pensar, de decir y comunicar lo piensa, de discutirlo en reuniones abiertas, de moverse por el ancho mundo, nació o día en que el hombre tuvo conciencia de su dignidad. Lo de Filadelfia, lo de o de Nueva York no son sino tardíos reconocimientos determinados por el oso desconocimiento de lo que el hombre tuvo por un derecho que le venía de la . Es apenas concebible que lo revolucionario en el mundo haya sido volver por un

elemental. Y menos concebible aún que otra vez vuelva a ser riesgo mortal en países que se llaman revolucionarios y están reclamando censuras que eron a épocas oscuras. Descartes abrió, hace cuatrocientos años, el capítulo más o y aventurado de la filosofía moderna, diciendo sencillamente: Pienso, luego Esta protesta hirió en tal forma los intereses de los retardatarios, que el libro del se incluyó en el Índice. Aquí era prohibido enseñar ese método en vísperas de la dencia. De esto han pasado doscientos años y estamos viendo vastas regiones del más civilizado en donde quien dice "yo existo", hay que traducirlo así: Yo no Se han formado los más grandes partidos, y los más alevosos, con el programa e que nadie piensa con libertad. Lo han sostenido así sabios profesores de la dad. Se ha condenado a veinte años de prisión a un poeta por haber escrito veinte nocuos.

judío es ejemplo único del hombre que tiene la tozudez de reclamar el derecho a la tierra donde levantó su templo y sembró sus árboles y flores, desde tiempos del omón. Se empeña él, y esto es digno de admiración, en rendir culto al Dios de sus más remotos. Quiere seguir cantando como lo hicieron los suyos al amor, a la luz, o y al viento, como lo hizo David. Carlos García Prada era un poeta colombiano eñaba en Seattle, sobre la Costa del Pacífico, cerca del Canadá. Una vez oyó en el de la universidad, a una de las gringas de su clase, cantando en ladino romances Supo entonces que en ese extremo del mundo americano existía una colonia . Con la gringa cantadora recogió un centenar de romances, cuya belleza escapó a rías literarias de Menéndez Pidal. Quinientos años se había sostenido en el aire ese de los irreductibles nostálgicos de su patria nueva española. Sevilla había sido generoso para los peregrinos judíos desterrados. A empujones los había sacado de a Tito, el Emperador Romano, doce o quince siglos atrás. Basta mirar hoy los del Arco Triunfal en los Foros para verlo todo. Los vencidos llegan encadenados. os tirados por bueyes venían amontonados los despojos, con los candelabros del entre la basura de la victoria.

e García Prada a la casa de la gringa. Le enseñaron en una cajita de madera una a de la casa en Sevilla. Son testimonios de amor que despiertan —y se nde— rencor en quienes se sublevan contra estos sentimientos. Algo de eso a los nazis a encerrar a seis millones de judíos en las cámaras de gas. Stalin a cifra y arreció la ira. Ahora se hace lo mismo con los que purgan el delito de su los Gulags para judíos. Se trata de cancelar otro derecho que no se menciona en s oficiales: el de amar. El buen ciudadano, dentro de una ley totalitaria que piensa rse más allá de los límites que conocemos, es de cerebro lavado y corazón de

stianos hay que no sólo ven tranquilos estos renacimientos de la esclavitud, sino consideran herederos de la Inquisición. No se dan cuenta de que cuanto ha ocurrido díos, mañana ocurrirá a los cristianos. Está ocurriendo ya. En la misma Polonia del de Auschwitz, ahora el nazismo soviético trata de reducir cristianos a la cia. Los maestros soviéticos en Centro América gradúan a sacerdotes en el smo para hacer una religión católica, apostólica, soviética. Estamos ya dentro del saco los de la Tora y los del Nuevo Testamento.

rá cosa de treinta años un escritor suizo, Dennis Rougemont, escribió un libro en ía: El diablo existe. No es, explicaba, el viejo de los cuernos y las chispas, sino un je que siembra las flores del mal a nuestra vista. Era la vera imagen de Hitler. Es no el tiempo transcurrido desde la aparición del libro de Rougemont y la ación de aquel diablo bajo los escombros de la Cancillería de Berlín, y el mundo a cuenta de cómo sus herederos están construyendo nuevos infiernos. Hoy mismo Márquez dice que Juan Pablo II ha hecho una visita al infierno. Es correcto. ha sido el autor de ese infierno? No hay nada más triste que la historia de los del Caribe. Washington había montado en sillas presidenciales a unos luciferinos ieron buen negocio en sus destinos. Cuando los diablillos cayeron, un respiro de enó todos los pechos. De pronto vino de otro imperio la iniciativa. Donde eran e quetzales se hicieron de ametralladoras. Así ha resonado, en las repúblicas que ada una por escudo tres o cuatro volcanes, la profecía de Che Guevara, cuando os anunció en Europa: Haré el nuevo Vietnam en América. Y apareció el infierno.

de Centro América es como lo del Cercano Oriente. Hace años visité dos naciones el fondo se sentían hermanas: Israel y Líbano era como una Suiza. Echando por el de Damasco hacia Baalbek —aquella ruta donde un soldado romano tuvo la visión que le llevó a predicar en Grecia, al martirio en Roma— se veían los rebaños con as de cedros al fondo. El cielo radiantemente azul era un pabellón de paz. Los los mismos de donde sacó Salomón maderas para el Templo. Del otro lado en e desenterraban ríos perdidos de veinte siglos, los bosques nuevos cubrían los s, avanzaban praderas sobre los arenales y volvían a verse rosas de Jericó, lirios po, trigales como en tiempos de Jesús. Mano a mano con los libaneses fui a ver la le Noé, mano a mano con los judíos la tumba de David, la casa de Nazareth. . . to ha pasado a la historia.

sterrados de Jordania, los palestinos belicosos, pasaron al Líbano. Se les recibió brazos abiertos. Se les dieron tierras, refugios de paz. Y comenzó el infierno. amente construyeron fortalezas subterráneas. Llovieron aviones y máquinas para etralla, todo apuntado al ideal del caudillo que una vez habló ante las Naciones

y ahora pedía borrar del mapa a quienes habían sacado de las entrañas de la tierra
perdidos, llenado de flores el Kibbutz, cubierto de bosques los pedregales.
n las llamas del nuevo infierno, y bajo su resplandor se vieron rojas las ciudades
eirut hasta Jerusalem.

s años que he vivido cuentan por las cosas que he visto. Una vez en Acapulco,
llegué invitado como observador para asistir a una asamblea de maestros del
Mundo. Era importante, *y* tentadora la expectativa sobre cuáles serían los
as para las escuelas. Dos escenas me dejaron perplejo. Al inaugurarse el
o, en la mesa de la presidencia ocupó el centro una personalidad de un mundo
del anunciado: el representante de la Unión Soviética. Luego los discursos. El del
ano me ha quedado en la memoria. Este —dijo— es un día doblemente glorioso
í: primero porque en este 7 de agosto se selló en Boyacá la independencia
ana; segundo, porque vamos a pactar aquí la lucha en las escuelas contra el
ismo yanqui. . . Entre los puntos aclamados estuvo el de exterminar el sionismo
mpre.

paz. . . ¿qué ha sido de la paz? La paz es para negociarla. La negocian quienes
ostrar su poder montan industrias que no soñó el más delirante fantaseador del
Se secuestra, se asalta, se asesina, se retienen en cuevas las hijas de los ricos para
partidos millonarios que dan color a sus banderas con sangre de inocentes. Tal vez
empos más crudos del puñal envenenado no se montó sobre bases tan repugnantes
del poder. Viendo así las cosas nuevas de este mundo, me asalta el recuerdo de la
a de Seattle, cantando por los campos de la universidad sus canciones viejas.
volvía a la casa, abría el cofre escondido, miraba la llave, y sus ojos de niña se
agua de lágrimas de siglos. Ponía el oído para escuchar las voces más íntimas del
, y resonaban en ella los cantos de David.

¡Señores y señoras! Dejemos muy atrás la comedia y vamos al fondo del cofre que guarda las canciones y tiene el perfume de los cedros del Líbano y la llave. Saquemos del fondo de la tierra los ríos escondidos. Salgamos al camino a saludar a quienes claman por la libertad desde hace siglos. La paz no es un negocio, ni ha de ser solamente para los muertos.

Gracias, mil gracias por haberme escuchado.

Índice

9 Latinoamericanos y palestinos

LA MANO DURA DEL JUDIO

31 La mano dura del judío

35 Los fanáticos

LA NUEVA JERUSALEM

LIBERTADA

41 Jerusalem reunida

44 Aquí ocurrió la última cena

49 El monte Sión

52 Las piedras de Jerusalem

57 La torre de David

60 El extraño mundo de Mea Shearim

66 La tumba de los mártires y los héroes

67 Con la ayuda del Sol

ARENAS DEL DESIERTO

77 La extraña ciudad de Eilat

82 Las minas de Salomón

86 El Gadna y el Nájal

91 Una colombiana en Demona

95 Pilatos sale de entre las ruinas

100 Los últimos beduinos

105 El camello tiene tres pisos

108 El Sheik Solimán, algo magnífico

111 La beduina más bella: dos mil dólares

REGRESO A JERUSALEM

119 Samuel, el sefardita del gallinero

123 En Jerusalem, una fuente

127 Iconos, vodka y champaña

132 Una historia en ladino

135 Tres faleones van bolando

138 La víspera del sábado

141 Eichman en la trampa

146 Un drama en la Corte

150 El fin de Eichman

EL TESTIMONIO HUMANO

157 Memorias de Moshé Tov

161 El hombre que inventó una nación

167 El astuto Barón Rotschild

171 Visita a Ben Gurión

175 La *fe* de Ben Gurión

180 El Presidente Ben-Zvi

184 Recuerdo de Ben-Zvi

188 Una hora con Golda Meir

193 Un recuerdo de la Señora Roosevelt

198 Martin Buber, yo y tú

202 El traductor de "María

205 El bronce de Jorge Isaacs

213 Primer relato de Jana Szenes

218 Segundo relato de Jana Szenes
222 Relato de Ruth, la moabita
227 Relato de Joseph Ayalón

LOS LIRIOS DEL CAMPO

233 El lago de Galilea
237 Los ciento setenta millones
240 El milagro de los bosques
244 Las piedras y los montes
248 Bolívar es un bosque
252 Cómo se vive en el desierto
256 El kibutz de Ben Gurión
260 Un viaje a Tel Arat
267 Los guerreros de los Ghettos
271 Viaje submarino en seco
275 Sodoma, en el Mar Muerto
280 Poesía e historia en tinajas
284 Avdat, otra esfinge en el desierto
287 Los derechos humanos

Editorial *EALON*

Calle 56 (Zea) N’ 52-72

Teléfono No 245 11 58
Medellín - Colombia

Mayo de 1989

COLECCION LITERARIA

SIMON Y LOLA GUBEREK

1.Jorge Gaitán Duran: *Amantes.*

2.Pedro Gómez Valderrama: *Los infiern del Jerarca Brown.*

3.Emilia Pardo Umaña: *La letra con sang entra.*

4. Ramón Illán Bacca, Roberto Burgos Cí tor, Julio Olaciregui, Carlos Gustavo Ab rez: *Cuatro narradores colombianos.*

5.Rafael Escalona: *La casa en el aire.*

6.Jaime Jaramillo Escobar: *Los poemas la ofensa.*

7.Germán Vargas: *Sobre literatura colo biana.*

8.Ana María Cano: *Entrevistas.*

9.Ramón Cote: *Poemas para una fosa comí*

10. Santiago Londoño: *Delirio del inmortal.*

11. Miguel Iriarte: *Doy mi palabra.*

12. Rafael del Castillo: *Canción desnuda.*

13. M. García Herreros: *Lejos del mar. Asalti*

14. Carlos Lleras Restrepo: *De ciertas dam<* (2 tomos)

15. Daniel Samper: *Balón y pedal.*

16. Nicolás Suescún: *3 a.m.*

17. Darío Jaramillo Agudelo: *Poemas de am*

18. Simón Guberek: *Yo vi crecer un país.* (2

19. María Mercedes Carranza: *Vainas.*

20. Santiago Mutis Durán: *Soñadores de 1 jaros.*

21. Carlos Framb: *Antínoo.*

22. Raúl Gómez Jattin: *Retratos. Amanecer el Valle del Sinú. Del amor.*

23. J. G. Cobo Borda: *Tierra de Fuego.*

24. Lenito Robinson-Bent: *Sobre Nupcias y í sendas.*

25. Jotamario: *El Profeta en su Casa. Par Menores.*

26 Edgar O'Hara: *Agua de Colombia.*

27. Amira de la Rosa: *Prosa.*

28. Carlos José Restrepo López: *Para subir cielo.* Cuentos.

29 Joaquín Mattos Ornar: *Páginas de un d conocido.*

30 Eduardo Mendoza Varela: *El Mediterrán es un mar joven.*

31 Germán Arciniegas: *Entre el Mar Rojo y Mar Muerto.*

32 Amílcar Osorio: *Vana Stanza.*

33 Mario Rivero: *Vuelvo a las calles.*

Juan Manuel Roca: *Ciudadano de la*